CIENCIA-FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Cuarta generación



11

ESPA PDF

El gusto por la paradoja, un ácido humor que arranca de sus raíces chestertonianas, la lucidez y un fondo crítico que contrasta con el esquematismo —que no es más que una prueba de conservadurismo intelectual— de la novela de anticipación en sus versiones más comerciales, se manifiestan de nuevo en esta serie de relatos de Isaac Asimov, que es hoy, sin duda, la figura más renovadora dentro de un género que no siempre se ha caracterizado, pese a sus planteamientos de origen, por su

eficacia revulsiva. La historia de *El brujo al día*, empeñado en hallar un producto capaz de solucionar químicamente las desavenencias matrimoniales, o el juego de lo absurdo cotidiano en *Eso llamado amor*, exposición pintoresca de los hábitos de relación sexual en un planeta insólito, son ejemplos de la peculiar concepción que Asimov tiene de la fabulación científica.



Isaac Asimov

Cuarta generación

Antologías de Ciencia Ficción

Caralt - 11

ePub r1.0

Titivillus 29.01.15

Título original: *Nightfall and Other Stories*
Isaac Asimov, 1977
Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

CUARTA GENERACIÓN

PRESENTACIÓN

No mucho después de la aparición de El brujo al día[1], *Mr. Boucher se retiró como editor de F & SF y fue sucedido en el puesto por Robert P. Mills.*

Mr. Mills procedió a hacerme el más grande favor que me aconteciera en toda mi vida de escritor desde que Mr. Campbell pulsara las cuerdas que dieron lugar a Anochecer[2]. *Mr. Mills me instó a colaborar con una columna mensual para F & SF y yo así lo hice. Desde el número de noviembre de 1958, en que apareció mi primera columna, he venido haciéndolo mes tras mes y,*

mientras escribo estas líneas, estoy próximo a celebrar mi décimo aniversario como columnista mensual de la revista.

Todo cuanto he escrito, ficción y no ficción, para público adulto o juvenil, lo he hecho siempre con gusto y siempre que me he referido a Mr. Mills en tales artículos lo he hecho como el «Editor Bondadoso».

Como fuere, un día, mientras comíamos, Mr. Mills me dijo que había visto el nombre Lefkowitz en diferentes lugares y momentos de la jornada, lo que le parecía una curiosa coincidencia. ¿Podría yo fabricar una historia sobre ello? Con mi habitual

desenvoltura, dije: «Claro», lo que ya me dio una pequeña idea.

El resultado fue un relato que sirvió al mismo tiempo como homenaje a Mr. Boucher. Mr. Boucher fue un católico ferviente. (Debo decir «fue» porque Mr. Boucher murió en abril de 1968, para la aflicción de todos cuantos lo conocimos. Fue un hombre tan amable que mereció el cariño hasta de los autores que rechazó, incluso mientras los estaba rechazando, lo que ya supone una buena prueba de afecto). Y porque Mr. Boucher fue un católico sincero, hubo muy a menudo un ambiente de catolicismo en torno a F & SF mientras se mantuvo ésta bajo su

liderazgo; ambiente de amabilidad y liberalidad, empero, que mostraba la clase de hombre que era.

De modo que pensé que, al tiempo que rendía tributo a la figura editorial de Mr. Boucher, podía probar fortuna con esa clase de ambiente. Claro que yo no soy el más indicado para plasmar un espíritu católico pues no lo soy. De manera que hice lo único que podía hacer y fue escribir un relato judío… la única historia judía que se me ha venido a las mientes escribir.

Así, la observación de Mr. Mills sobre Lefkowitz se convirtió en Cuarta generación.

A las diez de la mañana, Sam Marten pugnaba por salir del taxi intentando abrir la puerta, como siempre, con una mano, sujetando su cartera con la otra y buscando su monedero con la tercera. Pero como sólo tenía dos manos encontró la tarea demasiado trabajosa, de modo que, también como siempre, presionó la puerta con la rodilla y todavía peleaba por sacar su monedero cuando puso un pie en tierra.

El tráfico de Madison Avenue le pasó rozando. Un camión rojo deceleró de mala gana y arrancó con brío una vez la luz del semáforo cambió de color. Una blanca inscripción en su costado informaba a un mundo irresponsable que

pertenecía a *F. Lewkowitz e hijos, Roperos al por mayor*.

Levkowich, pensó Marten sin darle mayor importancia y entonces pudo atrapar su monedero. Miró de soslayo al contador del taxi mientras sujetaba su cartera bajo un brazo. Un dólar con sesenta y cinco centavos; añadiría veinte centavos como propina, lo que le dejaría con una sola moneda de diez para cualquier emergencia: mejor partir un billete de cinco dólares.

—Tenga, cóbrese uno ochenta y cinco, compadre.

—Gracias —dijo el taxista con mecánico e insincero agradecimiento y devolvió el cambio.

Marten metió el cambio en el monedero, se guardó éste, cogió su cartera con una mano y se abrió paso entre el río humano que poblaba la acera hacia las puertas de vidrio del edificio que tenía ante sí.

¿Levkowich?, pensó de pronto y se detuvo. Un transeúnte arrugó el entrecejo mirándolo.

—Perdón —murmuró Marten, echando a andar de nuevo.

¿Levkowich? No era esto lo que la inscripción del camión decía. El nombre que había leído era Lewkowitz. ¿Por qué había él pensado Levkowich? Pase la confusión entre w y v, producto de sus clases de alemán, pero ¿de qué otro

lugar podía haber sacado el «ich»?

¿Levkovich? Se encogió de hombros finalmente, considerando que le estaba dando demasiada importancia.

Concentrarse en los negocios. Había ido allí por una cita-comida que tenía con un hombre, Naylor. Estaba allí para sacar provecho de un contrato y comenzar, a las veintitrés, el delicado asunto que culminaría, según su plan, con su matrimonio con Elisabeth en el plazo de dos años y que lo convertiría en padre de familia en la zona residencial en el plazo de diez.

Cruzó el vestíbulo decididamente y se dirigió hacia los ascensores, al tiempo que echaba una ojeada a los

rótulos de la conserjería.

Uno de sus hábitos era contar las firmas del edificio que visitaba, lo que, sin entorpecer la marcha de sus asuntos, pensó para sí, le confería una impresión de propiedad, de conocimiento del entorno, cosa importante para un hombre cuyo trabajo se relacionaba con otros trabajos y otros hombres.

La que buscaba era Kulin-etts, palabra que le divertía. Una firma especializada en la producción de artilugios menores para la cocina que había luchado virilmente por la obtención de un nombre que fuera significativo, femenino, coquetón… todo a la vez.

Su mirada siguió recorriendo los rótulos a medida que caminaba. Mandel, Lusk, Lippert Publishing Company (dos plantas para ella sola), Lafkowitz, Kulin-etts. Allí estaba, departamento 1024. Planta décima. Perfecto.

Se encaminó hacia la puerta del ascensor, se detuvo de pronto, dio media vuelta y regresó a la conserjería, quedándose boquiabierto.

¿Lafkowitz?

¿Qué clase de ortografía había ahora?

Estaba claro. Lafkowitz, Henry J., 701. Con «a». Mosqueante. Inútil.

¿Inútil? ¿Por qué inútil? Propinó una violenta sacudida a su cabeza como si

deseara despejar alguna obnubilación. Maldita sea, ¿por qué se preocupaba ahora de si era correcta la ortografía o no? Se dio la vuelta, arrugó el entrecejo con ira y se apresuró en alcanzar la puerta de un ascensor, que se cerró justamente ante sus narices, proporcionándole cierto sinsabor.

Otra puerta se abrió al lado y se precipitó en el interior. Colocó su cartera bajo un brazo y se aprestó en adoptar la apariencia de un joven ejecutivo en su mejor momento. Se había hecho ya una idea de cómo podía ser Alex Naylor, con el que sólo se había comunicado a través del teléfono. Si se iba a preocupar por Lewkowitzes y

Lafkowitzes…

El ascensor se detuvo en la séptima planta, se abrió la puerta y penetró un joven en mangas de camisa balanceando lo que parecía un cajón de escritorio lleno con tazas de café y bocadillos.

En aquel momento, justo cuando la puerta comenzaba a cerrarse, un vidrio decorado con negras letras centelleó ante los ojos de Marten. Decía: 701 - Henry J. Lefkowitz - Importador, palabras que desaparecieron progresivamente ante el inexorable advenimiento de la puerta del ascensor.

Marten se inclinó hacia delante, excitado. Estaba en un tris de decir: «Por favor, bájeme a la séptima planta».

Pero había otras personas en la jaula. Y, a fin de cuentas, no había el menor motivo para hacerlo.

Sin embargo, una sensación de intranquilidad se había adueñado de él. El rótulo de la conserjería estaba equivocado. No era con «a» sino con «e». Alguna imbecilidad propia de empleado analfabeto que había colocado las letras sobre el tablero con los pies.

Lefkowitz. Aunque todavía no estaba bien del todo, pensó.

De nuevo sacudió la cabeza. Dos veces ya. No estaba bien, ¿para qué?

El ascensor se detuvo en la décima planta y Marten salió de él.

Alex Naylor, de Kulin-etts, resultó

ser un tipo canoso y desgalichado de mediana edad, complexión ruda y sonrisa condescendiente. La palma de su mano era seca y rugosa y la chocaba con considerable fuerza, al tiempo que ponía la izquierda sobre el hombro de Marten en algo que parecía acercarse a una ostentación del sentido de la camaradería.

—Estoy con usted en dos minutos —dijo—. ¿Qué le parece si comemos aquí en el edificio? Hay un excelente restaurante y un camarero que prepara los mejores aperitivos. ¿No le parece perfecto?

—Eficiente. Eficiente —dijo Marten, dando rienda suelta a un

entusiasmo que se asemejaba a bailar un zapateado sobre una charca.

Fueron más bien diez que dos los minutos de espera y Marten aguardó con la inquietud del que se encuentra en un lugar extraño. Se puso a mirar la tapicería de las sillas y el pequeño cuchitril donde un joven operador telefónico se sentaba. Repasó los cuadros de las paredes y estuvo incluso tentado de hojear un periódico que había sobre la mesa cercana a él.

¿Qué pasaba que no pensaba en Lev…?

¡Al cuerno!

El restaurante era bueno, o habría sido bueno si Marten hubiera contado con toda su desenvoltura. Afortunadamente, no tenía necesidad de llevar el peso de la conversación. Naylor hablaba rápida y pesadamente, repasando el menú con ojos avisados y recomendándole los Huevos Benedict o bien comentándole la miserable situación del tráfico.

De vez en cuando intentaba Marten cambiar de posición para eludir así los imprevistos riesgos a que se abocaba su mente. Pero cada vez que lo intentaba, volvía de nuevo. Algo estaba

equivocado. El nombre estaba equivocado.

Con un esfuerzo intentó romper aquella locura. Con un repentino giro verbal quiso llevar la conversación hacia el objeto de la llamada telefónica. Algo imprudente, sin embargo. No había una base apropiada; la transición resultó demasiado abrupta.

Pero la comida había sido buena, el postre a punto de servirse y Naylor aceptó el cambio amablemente.

Admitió su insatisfacción con los contratos existentes. Sí, había estado pensando en la firma de Marten y, ciertamente, le parecía que, bueno, que era una oportunidad, una buena

oportunidad y pensaba que…

Una mano se posó sobre el hombro de Naylor mientras un hombre pasaba tras él.

—¿Qué tal te va, Alex?

—Hola, Lefk —saludó sonrientemente Naylor—. ¿Qué tal los negocios?

—No me quejo. Ya puedes ver… — La voz desapareció en la distancia.

Marten no había escuchado. Sentía que sus rodillas le temblaban mientras se levantaba a medias.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó con ansiedad. Su voz sonó más perentoria de lo que deseara.

—¿Quién? ¿Lefk? Jerry Lefkovitz.

¿Lo conoce usted? —Naylor observó con moderada sorpresa a su compañero de comida.

—No. ¿Cómo se deletrea su nombre?

—L, E, F, K, O, V, I, T, Z, creo. ¿Por qué?

—¿Con una «v»?

—Con «f»… Oh, claro, también hay una «v» —El rostro de Naylor había perdido parte de su buena compostura.

—Hay un Lefkowitz en el edificio —prosiguió Marten—. Con una «w». ¿Sabe?, Lef-COW-itz.

—Vaya.

—Departamento 701. ¿No se trata del mismo?

—Jerry no trabaja en este edificio. Lo hace al otro lado de la calle. No conozco a ése que me señala usted. Como usted ve, es un edificio muy grande. No conozco a todos los inquilinos que lo habitan. ¿Qué ocurre con todo esto?

Marten sacudió la cabeza y se echó atrás en su asiento. Tampoco él sabía lo que estaba ocurriendo con todo esto. O, al menos, si lo sabía, no se atrevía a explicárselo. Podía decir: hoy me siento acosado por toda clase de Lefkowitzes.

—Estábamos hablando por lo de la llamada —dijo en cambio.

—Sí —dijo Naylor—. Bueno, como le he dicho, he estado considerando su

compañía. Tengo que hablar con los muchachos de la producción, ya me comprende usted. Le haré saber los resultados.

—Perfecto —dijo Marten, profundamente deprimido. Naylor no le haría saber ningún resultado. Todo había salido mal.

Sin embargo, en medio y más allá de su depresión, todavía sentía aquella intranquilidad.

A la mierda con Naylor. Todo lo que Marten deseaba era romper esa intranquilidad y arreglarlo todo. (*Arreglar, ¿qué*? Pero la pregunta era apenas un susurro. Quienquiera que formulara la pregunta en su interior, su

voz se iba diluyendo, apagando…)

La comida llegó a su término. Si se habían encontrado como camaradas, ahora se separaban como extraños.

Marten sintió únicamente alivio.

Sentía el latido de su corazón y, tambaleándose por entre las mesas, salió del fantasmal edificio para introducirse en la calle fantasmal.

¿Fantasmal? Madison Avenue a la una y veinte de la tarde, el sol todavía brillante y resplandeciente y diez mil hombres y mujeres poblándola.

Pero Martin experimentó la presencia de lo fantasmal. Apretó la cartera bajo su brazo y se dirigió desesperado hacia el norte. Un retazo de

sentido común le advertía que tenía una cita a las tres en punto en la Calle 36. Pero nada importaba. Siguió adelante. Hacia el norte.

A la altura de la Calle 54 atravesó Madison y se dirigió hacia el oeste. Entonces se detuvo secamente y alzó la vista.

Había un rótulo sobre una ventana situada a la altura de tres pisos. Podía leerlo con toda claridad: A. S. LEFKOWICH, CONTADOR COLEGIADO.

Tenía una «f» y una «w», pero era el primer sufijo «ich» que veía. El primero. Giró sobre sus talones y se

dirigió de nuevo al norte por la Quinta Avenida, apresurándose a través de las calles irreales de una ciudad irreal, lanzado a la caza de algo, en tanto el bullicio que había en torno a él comenzaba a desaparecer.

Otro rótulo, esta vez sobre una ventana de una planta baja: M. R. LEFKOWICZ, DOCTOR EN MEDICINA.

Luego, otro en doradas letras semicirculares y foliáceas sobre el escaparate de una tienda de dulces: JACOB LEVKOW.

(Medio nombre, pensó abruptamente. ¿Por qué tiene que fastidiarme con medio nombre?

Las calles estaban ahora vacías de

todo lo que no fuera el clan de Lefkowitz, Levkowitz, Lefkowicz, destacándose en el vacío.

Advirtió el parque que tenía ante sí, sobresaliendo a medias por sus verdes inmóviles. Torció hacia el oeste. Un trozo de periódico flotó en una esquina de sus ojos, movimiento único en un mundo muerto. Amortiguó su marcha, se agachó, lo cogió y recuperó su paso.

Era una media página arrugada y estaba en yiddish.

No podía leerlo. No podía descifrar los manchados caracteres hebreos, ni habría podido leerlos aunque hubieran estado nítidos. Sin embargo, una palabra aparecía clara. Sobresalía en oscuros

caracteres en el centro de la página, cada letra emergiendo con toda limpidez. Decía Lefkovitsch.

Abandonó el periódico a merced del viento y penetró en el vacío parque.

Los árboles todavía existían y las hojas pendían en extrañas actitudes. La luz del sol era un peso muerto sobre él que no le provocaba el menor calor.

Iba muy aprisa, aunque sus precipitados pies no levantaban la menor nube de polvo ni se inclinaban los tallos de la hierba que crecía a su alrededor y sobre los que pisaba.

Había un viejo sobre un banco; el

único ser vivo en aquel parque desolado. Se cubría con una oscura gorra de paño con visera. Sobresaliendo bajo ella, se destacaban irregulares guedejas de pelo gris. Una barba canosa le llegaba hasta el primer botón de la raída chaqueta. Sus viejos pantalones exhibían remiendos y un pedazo de arpillera podía verse por entre lo que aún quedaba de sus zapatos.

Marten se detuvo. Tenía dificultades para respirar.

Sólo una palabra afloraba a sus labios y con ella formuló su pregunta:

—¿Levkovich?

Permaneció inmóvil mientras el viejo pugnaba por levantarse; sus ojos

oscuros lo observaron detenidamente.

—Marten —suspiró—. Samuel Marten. Has venido.

Las palabras sonaron con el efecto de una doble exposición, pues al ser pronunciadas en inglés sintió Marten que lo que se vocalizaba era una lengua extranjera. Y cuando «Samuel» fue enunciado creyó distinguir oscuramente una remembranza de «Schmu-el».

El viejo extendió sus manos y luego las retiró como si temiera tocarlo.

—No he visto sino infinidad de personas en el salvajismo de una ciudad efímera. Y había tantos Martin y Martine, tantos Morton y Merton. Mi fe comenzaba a resquebrajarse cuando

finalmente cesé de buscar. Y entonces apareciste.

—En efecto, yo soy —dijo Marten —. Y usted es Phinehas Levkovich. ¿Por qué estamos aquí?

—Yo soy Phinehas ben Jehudah, llamado Levkovich por el ucase del Zar que decretó nombres familiares para todos. Y estamos aquí porque he orado por ello. Cuando yo era ya un viejo, Leah, mi única hija, el único retoño de mi vejez, partió para América con su marido, dejó los *knuts* de lo viejo por la esperanza de lo nuevo. Y mis hijos murieron, y Sarah, la esposa de mi corazón, les siguió a la tumba y yo quedé solo. Y vino el tiempo en que

también yo debía morir. Pero yo no había visto a Leah desde su partida hacia lejanas tierras y sus cartas nos llegaban muy raramente. Mi alma anhelaba poder ver a sus hijos; hijos de mi estirpe; hijos en los que mi alma descansaría y no moriría.

Su voz se mantenía uniforme y la sombra insonora que reptaba bajo sus palabras aparecía como el imponente oleaje de una antigua lengua.

—Fui escuchado y me fueron concedidas dos horas para contemplar al primer hijo de mi estirpe que nacería en una nueva tierra y un nuevo tiempo. Hijo de la hija de la hija de mi hija, ¿te he encontrado, pues, en medio del

esplendor de esta ciudad?

—¿Por qué esta búsqueda? ¿Por qué no reunimos de una vez?

—Porque hay placer en la esperanza de toda pesquisa, hijo mío —dijo el viejo, radiante—, y también en todo encuentro. Se me dieron dos horas en las que yo podría ver, dos horas en las que yo debía encontrar… y he aquí que te he encontrado cuando ya parecía que no iba a verte en vida. —Su voz se volvió acariciante—: ¿Estás bien, hijo mío?

—Estoy bien, padre, ahora que te he encontrado —dijo Marten y cayó de rodillas—. Dame tu bendición, padre, que me acompañará por todos los días de mi vida y también recaerá sobre la

mujer que tome por esposa y sobre los que nacerán de mi semilla y tuya.

Sintió que una anciana mano descansaba sobre su cabeza y escuchó a continuación un suave murmullo.

Marten se levantó.

Los ojos del anciano parecían mirar anhelantemente en su interior. ¿Perdían su poder de concentración?

—Ahora estoy en paz y me marcho junto con mis antepasados, hijo mío —dijo el anciano, y Marten quedó solo en el vacío parque.

Hubo entonces una instantánea revivificación de las cosas, el sol pareció retomar su fuerza, el viento su ímpetu, y todo pareció retroceder al

primer momento, al momento inicial…

A las diez de la mañana, Sam Marten salió del taxi y forcejeó por sacar su monedero mientras el tráfico le pasaba rozando el costado.

Un rojo camión se detuvo y luego siguió avanzando. Un blanco rótulo anunciaba a un lado de la caja: *F. Lewkowitz e Hijos, Roperos al por mayor*.

Marten no lo vio. De algún modo sabía que todo estaba en paz con él. De algún modo, como nunca anteriormente, sabía…

SOBRE LOS ÁNGELES

PRESENTACIÓN

El estallido de la bomba atómica, en 1945, hizo que fuera un poco más respetada la ciencia ficción. Después del horror de Hiroshima, nadie pudo volver a decir que los escritores de ciencia ficción eran sólo unos soñadores y unos chiflados, pues muchos de los motivos de sus relatos aparecieron entonces sintetizados en los titulares de los periódicos.

Supongo que tanto escritores como lectores de ciencia ficción se sintieron halagados, no por el efecto de la bomba atómica, por supuesto, sino por la cristalización, al menos, de un hecho

que había sido hasta entonces tan científicamente ficticio.

Mi posición era también ambivalente. Aparte de los espantosos efectos de las explosiones nucleares y del sentimiento irracional de que cosas tales como las bombas atómicas estaban sólo en nosotros y no en el mundo real, llegué a creer también que la realidad debía operar sobre el género con algún efecto insensato.

Pienso que, hasta cierto punto, así fue. La nueva realidad desató la tendencia a crucificar a los escritores de ciencia ficción. Antes de 1945, el género había gozado de entera libertad. Todos sus argumentos y

variantes temáticas permanecían inmaculados en la esfera de la fantasía y nosotros podíamos hacer lo que nos placiera. Pero, después de 1945, pareció hacerse necesario hablar sobre la tremebunda contemporaneidad, así como adaptar todo el infinito espectro de nuestros pensamientos a la reducida porción que había coincidido con la realidad.

De hecho, se asistió al nacimiento de lo que yo llamé tomorrow fiction: relatos de ciencia ficción que no pretendían ir más allá de lo que sería efectivo en los periódicos de la mañana siguiente.

Créanme, nada puede ser más

aburrido que esos titulares en medio de la ciencia ficción. Como ejemplo, véase On the Beach, de Nevil Shute. Sin duda, en contraste con el público en general, para un verdadero adepto a este género debe ser como vino aguado. Uno se lo piensa y tal vez escriba una historia sobre una guerra nuclear… pero ahí se acaban los temas.

Me resistí a basar un relato en el presente, hasta que llegué a la consideración de que podía hacerlo sin parecer un devoto de la gacetilla tremendista y de sus tópicos. Quise escribir una historia que introdujera los elementos del mañana de modo que no quedaran anticuados para pasado

mañana.

El resultado fue Sobre los ángeles, que, a pesar de su actualidad, es hoy día más ciencia ficción que en 1951, cuando fue escrita.

Mankiewicz, sargento de policía, hablaba por teléfono sin el menor entusiasmo. Su conversación se parecía a las detonaciones de un triquitraque.

—Entiendo —decía—. El tipo entró y dijo: «Métanme en chirona porque quiero suicidarme».

»…Es lo mínimo que podía hacer. Ésas fueron sus palabras. También a mí me sonó a chifladura.

»…Oiga, el tío responde a la descripción. Usted me pidió información y yo se la estoy proporcionando.

»…Exactamente, tiene esa cicatriz en la mejilla derecha y dijo llamarse John Smith. Aunque no dijo que era doctor, ni nada parecido.

»…Claro que es una farsa. Nadie se llama John Smith. No al menos en una comisaría.

»…Ahora está encerrado.

»…Sí, eso mismo.

»…Resistencia a un oficial, asalto y violencia, peligrosidad manifiesta. Éstos son los tres cargos.

»…Me trae sin cuidado quién pueda ser.

»…De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

Miró al oficial Brown y cubrió con la mano el emisor del teléfono. Más que una mano parecía un pie que pudiera cubrir totalmente el teléfono entero. Su cara hinchada parecía rojiza bajo una mata de pelo amarillo claro.

—¡Problemas! Sólo problemas en una comisaría de barrio. Acabaré reventando. Preferiría estar de ronda.

—¿Quién está al teléfono? —preguntó Brown. Acababa de entrar y no lo sabía. También pensaba que el mejor lugar para Mankiewicz era la ronda callejera.

—Oak Ridge. Larga distancia. Un tipo llamado Grant. Jefe de un departamento de no-sé-qué-logía, que ahora se dedica a buscar a alguien por setenta y cinco centavos el minu… ¿Oiga?

Mankiewicz volvió a centrarse en el teléfono.

—Oiga —dijo—, déjeme terminar.

Quiero que usted lo entienda, pero si no le gusta puede enviar a alguien para que me lo cuente. El tipo no quiere ningún abogado. Lo único que desea es estar entre rejas y, hermano, eso es justo lo que he hecho.

»Bien, ¿me escucha? Llegó aquí ayer, se me acercó y dijo: "Oficial, quiero que me encierren porque quiero suicidarme". Y yo le dije: "Señor, siento mucho que usted quiera suicidarse. No lo haga, porque si lo hace lo lamentará el resto de su vida".

»…Se lo digo en serio. Le estoy reproduciendo con toda fidelidad lo que dije. No digo que fuera cosa divertida, pero, fíjese, yo ya tengo aquí bastantes

problemas, si es que usted puede comprenderme. ¿Acaso cree que no tengo más que hacer que atender a los chiflados que entran y…?

»…"Deme esa oportunidad, ¿quiere?", dijo el tipo, y yo le contesté: "No puedo ponerle a usted entre rejas porque quiera suicidarse. Eso no es un delito". Y él me repuso: "Pero si yo no quiero morir". Así que le dije: "Mira, macho, lárgate de aquí". Quiero decir que si un fulano quiere cometer suicidio, cojonudo, y que si no quiere, más cojonudo aún, pero lo que no aguanto es que me venga a lloriquear en el hombro.

»…Lo hago lo mejor que puedo, oiga. Entonces dijo él: "Si cometo un

delito, ¿me encerrarán?", a lo que repliqué: "Si le pescamos, si alguien le demanda y no paga usted fianza, claro que sí. Ahora, lárguese a cometerlo". Así que, antes que pudiera pararle, cogió el tintero y me lo volcó por encima de la mesa.

»…¡Eso es! ¡Premio! ¿Por qué cree usted que uno de los cargos que tenemos contra él es "peligrosidad manifiesta"? La tinta se desparramó y resbaló hasta mis pantalones.

»…Sí, asalto y violencia también. Esperaba que tuviera bastante, pero luego me arreó una coz en la espinilla y me dio un sopapo en un ojo.

»…No estoy exagerando. ¿Quiere

venir y verme la cara?

»…Irá ante el juez uno de estos días. El jueves, quizá.

»…Noventa días por lo menos, a no ser que los psiquiatras digan otra cosa. Para mí, que está en la lista de locos.

»…Oficialmente se llama John Smith. Es el nombre que dio.

»…No, señor, no puede salir sin las oportunas gestiones legales.

»…Como quiera, hágalo si quiere, compañero. Yo me limito a hacer mi trabajo.

Puso el brazo del teléfono sobre la horquilla, aguardó medio segundo y volvió a cogerlo, al tiempo que comenzaba a marcar un número.

—¿Gianetti? —dijo. Recibió la respuesta esperada y comenzó a hablar —: ¿Qué es la CEA? He estado hablando por teléfono con un tipo y decía…

»…No, no me estoy choteando, cara de mono. Si me estuviera choteando te lo diría. De verdad. ¿Qué? ¿Qué es una sopa de letras?

Escuchó un rato, dijo «gracias» y colgó otra vez.

Ahora parecía haber palidecido.

—El primer tipo —le dijo a Brown — era el jefe de la Comisión para la Energía Atómica. Todo el camino entre Oak Ridge y Washington debe estar cubierto de insultos.

Brown estiró los pies.

—Tal vez el FBI vaya tras ese tal John Smith. Quizá sea uno de esos científicos de ahora. —Se sintió motivado a filosofar—: Hay que proteger los secretos atómicos de esos tipos. Las cosas fueron de puta madre mientras el general Groves se guardaba para sí lo que se sabía sobre la bomba atómica. Pero luego se metieron por medio los científicos esos, con que…

—Ah, cállate ya.

El doctor Oswald Grant mantenía los ojos clavados en la línea blanca que dividía la carretera, mientras conducía

el auto como si se tratara de su enemigo. Siempre lo hacía así. Era alto y seco, con una eterna expresión de retraimiento en el rostro. Cada vez que giraba bruscamente, pegaba las rodillas al volante y los nudillos de sus manos se volvían pálidos como la leche.

El inspector Darrity, con las piernas cruzadas y la suela del zapato izquierdo contra la portezuela, permanecía sentado en el asiento contiguo. Cuando apartara el pie, dejaría una grosera mancha. Jugaba con un cortaplumas pasándoselo de una mano a otra. Poco antes, lo había utilizado para rectificar las casuales irregularidades de sus uñas, pero en una repentina curva estuvo a punto de

cortarse un dedo, de modo que acabó por desistir.

—¿Qué sabe usted sobre ese Ralson? —dijo.

Los ojos del doctor Grant se apartaron momentáneamente de la carretera para volver en seguida a ella.

—Le conozco desde que se doctoró en Princeton. Es un hombre muy brillante.

—¿Sí? ¿Brillante? ¿Por qué será que ustedes, los hombres de ciencia, siempre se describen los unos a los otros como «brillantes»? ¿Acaso no los hay mediocres?

—Muchos. Yo soy uno de ellos. No ocurre lo mismo con Ralson. Pregunte a

quien quiera. Pregunte a Oppenheimer. O a Bush. Era el más joven de los observadores de Alamogordo.

—De acuerdo. Un tipo brillante. ¿Qué hay de su vida privada?

—Nunca supe nada.

—Usted le conoce desde Princeton. ¿Cuántos años hace de eso?

Se dirigían hacia el norte por la carretera de Washington y durante dos horas apenas habían cruzado la palabra. Grant sentía ahora el cambio de atmósfera y la tenaza de la ley en tomo a su cerviz.

—Se graduó en el 43.

—Entonces le conoce desde hace ocho años.

—Exacto.

—¿Y no sabe nada de su vida íntima?

—La vida privada de un hombre es asunto de él, inspector. No era muy sociable. Muchos son como él. Trabajan bajo presiones y, cuando tienen tiempo libre, no se preocupan por desarrollar los conocimientos del laboratorio.

—¿Perteneció a alguna organización que usted conociera?

—No.

—¿Dijo algo en alguna ocasión que pudiera considerarse como deslealtad?

—¡No! —exclamó Grant. Hubo un rato de silencio.

Luego, dijo Darrity:

—¿En qué medida es Ralson importante para la investigación atómica?

Grant se encorvó sobre el volante.

—En la medida de cualquier hombre. Puedo asegurarle a usted que nadie es indispensable, pero, al parecer, Ralson ha sido siempre único. Posee mentalidad de ingeniero.

—¿Qué es eso?

—Es un matemático a fin de cuentas, y sería inútil buscar en él otra cosa que no fueran matemáticas. Pero es capaz de resolver incógnitas que llevarían la vida entera de cualquier otro matemático. En su terreno no hay nadie como él. En cierta ocasión tuvimos un problema que

debíamos resolver contra reloj. Todos estuvimos en Babia hasta que llegó Ralson, se puso a cavilar y dijo: «¿Por qué no lo intentamos de tal y cual manera?». Luego se marchó. Ni siquiera le interesó ver si daba resultado su fórmula. Aunque siempre daba resultado. ¡Siempre! Quizá hubiéramos encontrado la solución nosotros mismos, pero con seguridad nos habría llevado meses de trabajo extra. Ignoro cómo lo hace. Ni siquiera vale la pena preguntárselo. Te mira y dice: «Era obvio», y a continuación se marcha. Claro que es obvio, pero sólo después de que él te lo demuestre.

El inspector le había dejado hablar

sin interrupción y, cuando advirtió que había acabado, dijo:

—¿Diría usted que, mentalmente, era un tipo extraño? Excéntrico, vaya.

—Cuando alguien es un genio, ¿espera usted que sea normal?

—Quizá no. Pero ¿qué dosis de anormalidad poseía este genio en particular?

—No solía hablar mucho. Y a veces no quería trabajar.

—¿Se quedaba en casa o se iba de pesca, en su lugar?

—No. Siempre acudía a los laboratorios, pero se quedaba sentado en su escritorio. A veces se pasaba semanas en esta actitud. Cuando te

acercabas y le decías algo, no te respondía, e incluso, ni te miraba.

—¿Abandonó alguna vez, en el sentido amplio de esta palabra, su trabajo?

—¿Antes de ahora? ¡Jamás!

—¿Proclamó en alguna otra ocasión su vocación suicida? ¿Que sólo entre rejas se sentiría a salvo?

—No.

—¿Está usted seguro de que John Smith es Ralson?

—Casi seguro. Tiene una quemadura química en su mejilla derecha que no deja lugar a dudas.

—Muy bien. Veremos eso y luego hablaré con él para juzgar por mí

mismo.

En esta ocasión, el silencio abandonó la suspicacia y el agobio. El doctor Grant continuó persiguiendo la serpeante línea de la carretera y el inspector Darrity arqueando levemente el cortaplumas entre sus manos.

El carcelero escuchó por el audífono y luego alzó la vista hacia sus visitantes.

—Podemos traerle aquí, inspector.

—No —dijo el doctor Grant moviendo la cabeza negativamente—. Vayamos nosotros hasta él.

—¿Sería eso normal en Ralson, doctor Grant? ¿Esperaría de él que atacara a un guardia que intentara sacarle de su celda?

—No sabría decirle.

El carcelero abrió la mano, mostrando la palma callosa. Su delgada nariz se arrugó un poco.

—No hemos hecho nada con él a causa del telegrama que vino de Washington, pero, francamente, no tiene por qué estar aquí. Me sentiré muy contento cuando desaparezca de mi vista.

—Le veremos en su celda —dijo Darrity.

Echaron a andar por el abrupto pasillo. Su paso fue acogido con miradas vacías y desprovistas de interés.

—¿Ha permanecido aquí todo el

tiempo?

Darrity no respondió.

El guardia, que caminaba delante de ellos, se detuvo.

—Ésta es la celda.

—¿Es ése el doctor Ralson? —dijo Darrity.

El doctor Grant observó la figura que yacía en el catre. Cuando llegaron, el hombre permanecía inerte, pero ahora acababa de levantar una ceja y parecía querer arrinconarse contra el muro. Su cabello era fino y rufo, la cara menuda y los ojos eran de un tono azul pálido. En su mejilla derecha se podía ver una mancha rosada que se extendía un poco hacia abajo.

—Es Ralson—dijo el doctor Grant.

El guardia abrió la puerta e hizo ademán de entrar, pero el inspector Darrity le hizo desistir con un gesto. Ralson les miraba en silencio. Había encogido las piernas y puesto los pies sobre el catre. Su nuez de Adán se agitaba como si tragara saliva.

—¿El doctor Elwood Ralson? —dijo Darrity.

—¿Qué quiere? —La voz resultó de un sorprendente barítono.

—¿Querría usted venir con nosotros, por favor? Tenemos algunas preguntas que hacerle.

—¡No! Déjeme en paz.

—Doctor Ralson —dijo Grant—, he

venido hasta aquí para pedirle que se reincorpore al trabajo.

Ralson se quedó mirando al científico. En sus ojos pareció relampaguear algo más que el miedo.

—Hola, Grant —dijo, y se puso en pie—. Escuche, he estado pidiendo mi traslado a una celda acolchada. ¿Podría usted interceder por mí en esa gestión? Usted me conoce, Grant. No me atrevería a pedir nada que no considerara necesario. Ayúdeme. No puedo permanecer entre estas duras paredes. Me inducen a… reventar… — Golpeó con la palma el muro que se levantaba Iras el catre.

Darrity le miró pensativamente.

Sacó su cortaplumas y exhibió su brillante hoja. Morosamente, repasó con la punta la uña de su pulgar.

—¿Aceptaría ver a un médico? —dijo.

Ralson no respondió. Su mirada seguía el brillo de la hoja metálica, mientras sus labios se entreabrían. Su i espiración se volvió agitada.

—¡Aparte eso!

—Apartar, ¿qué? —dijo atónito Darrity.

—El cuchillo. No lo ponga delante de mí. No lo soporto.

—¿Por qué no? —dijo Darrity, sin cumplir los deseos de Ralson——. ¿Qué tiene usted que decir al respecto? Es un

buen cuchillo.

Ralson avanzó. Darrity retrocedió y, blandiendo el cuchillo en el aire, sujetó de un zarpazo la muñeca del otro.

—¿Qué le ocurre, Ralson? ¿Qué persigue?

Grant inició una protesta, pero la voz de Darrity la interrumpió.

—¿Qué es lo que quiere usted, Ralson?

Ralson intentó avanzar, pero el otro le tenía sujeto.

—Déme el cuchillo —dijo Ralson.

—¿Para qué, Ralson? ¿Qué quiere hacer con él?

—Por favor. Tengo que… —Su voz se hizo suplicante—. Debo dejar de

vivir.

—¿Quiere usted morir?

—No. Pero no tengo otra salida.

Darrity le soltó. Ralson retrocedió y se tumbó en el catre, quedando inmóvil. Lentamente, Darrity comenzó a introducir la hoja del cortaplumas en su estuche. Ralson se llevó las manos a la cara. Sus hombros temblaban, aunque ninguna otra parte de su cuerpo se movía.

Desde el corredor llegó ruido de voces, como si los otros presos estuvieran haciendo alguna protesta. El guardia salió a la puerta y gritó hacia el pasillo: «¡Basta!».

—Esto es todo, guardia —dijo

Darrity.

Se secó las manos con un gran pañuelo de color blanco.

—Creo que debemos traer un médico —añadió.

El doctor Gottfried Blaustein era pequeño y sombrío y hablaba con acento austríaco. Sólo le faltaba la perilla para completar la usual caricatura de un psiquiatra. Sin embargo, iba correctamente afeitado y pulcramente vestido. Contemplaba atentamente a Grant, como almacenando algunas observaciones y deducciones. Solía hacer esto automáticamente con todo el

mundo.

—Usted me proporciona una especie de retrato. Me describe a un hombre de gran talento, tal vez incluso un genio. Me dice que siempre se sintió a disgusto con la gente, que nunca encajó del todo en el ambiente del laboratorio, pero que, a pesar de ello, obtuvo grandes éxitos. ¿Existe algún otro ambiente donde hubiera encajado?

—No comprendo.

—No siempre tenemos la suerte de toparnos en el trabajo con el tipo ideal de compañeros o con la disciplina donde necesariamente se desarrolla nuestra vida. A menudo nos resarcimos de ello tocando un instrumento, o yendo

de viaje, o asociándonos a algún club. En otras palabras, uno crea un nuevo tipo de sociedad en el que sentirse más como en casa. No es necesario que mantenga afinidad con la ocupación ordinaria. Es una forma de escapismo y no precisamente anormal. —Sonrió y añadió luego—: Yo, por ejemplo, colecciono sellos y soy miembro muy activo de la Sociedad Americana de Filatélicos.

Grant negó con la cabeza.

—Ignoro lo que él hacía fuera de sus horas de trabajo. Y dudo que se dedicara a lo mencionado por usted.

—Ya. Bien, eso sería más bien triste. Uno encuentra en ello descanso y

diversión que, por otro lado, uno debe encontrar en alguna parte, ¿no le parece?

—¿Ha hablado ya con el doctor Ralson?

—¿Sobre sus problemas? No.

—¿No va a hacerlo?

—Oh, sí. Pero sólo ha estado aquí una semana. Hay que darle ocasión para que se recupere. Cuando llegó se encontraba en un alto grado de excitación. Casi deliraba. Déjelo a su aire y verá cómo se acostumbra a su nuevo ambiente. Entonces le haré preguntas.

—¿Cree usted que será capaz de reintegrarse al trabajo?

—¿Cómo puedo saberlo? —

Blaustein sonrió—. Ni siquiera sé cuál es su enfermedad.

—¿Podría usted apartarlo al menos de esa obsesión suicida que le arrastra y continuar la cura mientras normaliza su trabajo?

—Quizá. Pero no puedo aventurar una opinión sin haber tenido antes varias entrevistas.

—¿Cuánto cree usted que durará esto?

—En estos asuntos, doctor Grant, nadie puede decirlo.

El doctor Grant juntó sus manos como en una ruda plegaria.

—Haga entonces lo que le parezca mejor. Esto es bastante más importante

de lo que usted pueda imaginar.

—Tal vez. Pero ¿sería tan gentil de ayudarme, doctor Grant?

—¿Cómo?

—¿Puede usted proporcionarme cierta información que sin duda se considera alto secreto?

—¿Qué clase de información?

—Me gustaría saber la incidencia suicida entre los científicos nucleares, a partir de 1945. Asimismo, cuántos han cambiado su disciplina por otra de la misma gran área científica, o bien cuántos han abandonado la ciencia por completo.

—¿Tiene eso que ver con Ralson?

—¿No piensa usted que pueda

tratarse de un malestar laboral?

—Bien… hay muchos que han dejado sus empleos, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente, doctor Grant?

—Debe usted saberlo, doctor Blaustein. La atmósfera en las modernas investigaciones atómicas está salpicada de urgencias y papeleo. Se trabaja con el gobierno; se trabaja con los militares. No se puede hablar sobre el trabajo; hay que estar al tanto de lo que se dice. Naturalmente, si uno obtiene la posibilidad de ingresar en una universidad, donde tú mismo te fijas horario, haces el propio trabajo, y puedes escribir en los periódicos contra

las subvenciones a la Comisión de la Energía Atómica y contra las convenciones a puerta cerrada, entonces la aceptas.

—Y en tal caso, abandona para siempre su especialidad.

—Siempre hay aplicaciones fuera de las militaristas. Claro, se puede marchar uno por muy distintas razones. En cierta ocasión, me dijo un hombre que no podía conciliar el sueño por las noches. Afirmaba que, nada más apagar la luz, escuchaba cien mil aullidos provenientes de Hiroshima. Lo último que oí de él fue que estaba de dependiente en una tienda de camisas.

—¿Y nunca oyó usted unos cuantos

aullidos?

—No es nada grato saber que al menos una parte de la responsabilidad ante las destrucciones atómicas está sobre uno mismo.

—¿Qué sentía Ralson ante eso?

—Nunca hizo el menor comentario al respecto.

—En otras palabras, si Ralson sentía alguna responsabilidad, no gozó jamás, como el resto de ustedes, de una válvula de escape.

—Sospecho que no.

—Y por entonces ya se hacían investigaciones nucleares, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Qué haría usted, doctor Grant, si

sintiera que *tiene* que hacer algo que *no puede* hacer?

—No lo sé.

—Algunos se matan a sí mismos.

—Usted quiere decir que es eso lo que le ocurre a Ralson.

—No sé. No lo sé. Hablaré con el doctor Ralson esta noche. No puedo prometer nada, claro, pero le haré saber a usted lo que sea posible hacer.

—Gracias, doctor. —Grant se levantó—. Intentaré suministrarle la información que me ha pedido.

El aspecto de Elwood Ralson había mejorado durante la semana que llevaba

en el sanatorio del doctor Blaustein. Su cara había engordado y algo de su decaimiento había desaparecido. Iba sin corbata y no llevaba cinturón. Sus zapatos no tenían cordones.

—¿Cómo se siente, doctor Ralson? —dijo Blaustein.

—Descansado.

—¿Ha sido bien tratado?

——No me quejo, doctor.

La mano de Blaustein tanteó en busca del abridor de cartas con el que solía distraer su abstracción, pero sus dedos sólo hallaron el vacío. Había sido escondido, naturalmente, junto con aquellas otras cosas cortantes. Sobre el escritorio sólo había papeles.

—Siéntese, doctor Ralson —dijo Blaustein—. ¿Cómo encuentra usted sus propios síntomas?

—¿Se refiere a lo que usted llamaría mis impulsos suicidas? Su empeoramiento y su mejoría dependen de mis pensamientos, creo. Pero están siempre sobre mí. No hay nada en lo que pueda usted ayudarme.

—Quizás esté usted en lo cierto. Hay muchas cosas en las que no puedo ser útil. Pero me gustaría saber la medida de mi influencia en lo que respecta a usted. Usted es un hombre importante…

Ralson bufó.

—¿No lo considera usted así? —preguntó Blaustein.

—No. No hay hombres importantes, sólo bacterias individuales importantes.

—No le entiendo.

—No esperaba menos de usted.

—Sin embargo, me parece que tras su declaración debe haber algo más. Sería realmente del más grande interés el que me dijera usted algo de eso.

Por vez primera, Ralson sonrió. No era una sonrisa complacida. Las ventanas de su nariz estaban pálidas.

—Es divertido observarle a usted, doctor —dijo—. Maneja usted su terreno con tanta minuciosidad. Está usted obligado a escucharme con ese aire de interés y atención simpática tan característicos. Sin duda podría decirle

el absurdo más rematado, contando por su parte con la más cordial de las atenciones.

—¿No piensa usted que mi interés puede ser real, aunque sólo sea por pura profesionalidad?

—No, la verdad.

—¿Por qué no?

—No tengo interés en discutirlo.

—¿Preferiría volver a su habitación?

—Si no le molesta… ¡No! —Había comenzado a levantarse, pero la repentina negación rechazó lo que su propio gesto indicaba. Se sentó de nuevo—. ¿Por qué he de rechazar servirme de usted? No me gusta hablar

con la gente. Es estúpida. No ve nada claro. Observa lo evidente durante horas y no consigue averiguar nada. Si hablara con ella, no me entendería, perdería la paciencia, se reiría. Sin embargo, usted debe escuchar. Es su trabajo. Aunque lo crea, no puede usted interrumpirme para decirme que estoy loco.

—Me será grato escuchar cuanto tenga a bien decirme.

Ralson aspiró profundamente.

—Hace un año ahora que sé algo que muy poca gente sabe. Tal vez, algo que no sepa ninguna persona viva. ¿Sabía usted que los avances de la cultura humana tienen lugar de manera brusca? Una ciudad de treinta mil

hombres libres suministró más genios artísticos y literarios en el curso de dos generaciones que una nación de millones en un siglo bajo circunstancias ordinarias. Me refiero a la Atenas de Pericles.

»Hay otros ejemplos. La Florencia de los Medici, la Inglaterra isabelina, la España de los emires de Córdoba. El auge de los reformadores sociales entre los israelitas de los siglos octavo y séptimo antes de Cristo. ¿Sabe a lo que me refiero?

Blaustein asintió con la cabeza.

—Veo que la historia es lo que le interesa.

—¿Por qué no? No creo que haya

nada que restrinja mi interés y lo obligue a detenerse sólo en las investigaciones nucleares y mecánicas.

—Por supuesto que no. Por favor, prosiga.

—Al principio pensé que, acerca de la verdadera interioridad de los ciclos históricos, podía aprender más si consultaba a un especialista. Tuve algunas discusiones con un historiador profesional. ¡Qué pérdida de tiempo!

—¿Cómo se llamaba ese historiador profesional?

—¿Qué importa eso?

—Seguramente no importa si usted prefiere considerarlo confidencial. ¿Qué le dijo?

—Me dijo que yo estaba equivocado; la historia parecía caminar sólo en espasmos. Dijo que tras intensos estudios sobre las grandes civilizaciones de Egipto y Sumeria nada emergía repentinamente de la nada, sino, por el contrario, sobre las bases de una subcivilización hiperdesarrollada. Afirmó que la Atenas de Pericles se había levantado sobre una Atenas prepericlea, de menores logros, pero sin la cual la edad de Pericles no habría tenido lugar.

»Le pregunté por qué no había surgido una Atenas postpericlea de más elevadas cumbres todavía y me dijo que Atenas había sido arruinada por una

plaga y una larga guerra con Esparta. Le pregunté sobre otros brotes culturales y siempre apareció la guerra como causa de su destrucción o, por lo menos, como su complemento. Y era igual en todas partes. La verdad estaba allí; no había más que verla y tomarla, pero no lo hizo.

Ralson miró al techo y añadió con voz cansada:

—A menudo, vienen al laboratorio y me dicen: «Ralson, ¿qué diablos harías tú con estos o aquellos elementos?» Y me muestran los instrumentos y los intrincados diagramas, y yo les digo: «Parece fácil. ¿Por qué no hacéis así y así? Hasta un niño lo entendería». Y entonces tengo que marcharme porque

no puedo soportar la expresión atónita de sus estúpidas caras. Más tarde vienen y me dicen: «Funcionó, Ralson. ¿Cómo te las ingeniaste?» No puedo explicárselo a ellos, doctor; sería como explicarles que el agua es húmeda. Pues bien, yo no podía explicárselo al historiador. Y tampoco puedo explicárselo a usted. Es una pérdida de tiempo.

—¿Le gustaría regresar a su habitación?

—Sí.

Una vez salió Ralson, Blaustein se sentó pensativo. Automáticamente, sus dedos corrieron al cajón superior de la derecha de su escritorio y encontraron el

abrecartas. Jugueteó con él.

Por último, cogió el teléfono y marcó un número.

—Aquí Blaustein —dijo—. Hay un historiador profesional que fue consultado por el doctor Ralson en el pasado, probablemente hace poco más de un año. No sé su nombre. Ni siquiera sé si estuvo conectado con una universidad. Si usted puede dar con él, me gustaría verlo.

Thaddeus Milton, doctor en filosofía, se pasó la mano por su cabello grisáceo.

—Estuvieron aquí y yo dije que, en

efecto, había tenido un par de encuentros con ese hombre. Sin embargo, mi conexión con él fue muy pequeña. De hecho, no pasó de unas cuantas conversaciones de índole profesional.

—¿Cómo vino hasta usted?

—Me escribió una carta; por qué a mí en lugar de a otros, es algo que ignoro. Yo había escrito una serie de artículos para un periódico semipedagógico y de factura semipopular. Sin duda, aquello llamó su atención.

—Ya… ¿Sobre qué trataban los artículos?

—Consideraban la validez de la aproximación cíclica a la historia. Esto

es, si uno puede afirmar con propiedad que una civilización particular debe seguir leyes de crecimiento y decadencia en sentido análogo a los términos que aplicamos al desarrollo de los individuos.

—He leído a Toynbee, doctor Milton.

—Bien, sabe entonces a lo que me refiero.

—Y cuando el doctor Ralson consultó con usted, ¿hizo referencia a esa aproximación cíclica a la historia?

——Bueno, en cierto modo, quizá sí. Claro, él no era un historiador y algunas nociones suyas sobre las tendencias culturales eran más bien

dramáticas y… lo que yo llamaría… sensacionalistas. Perdóneme, doctor, si le hago una pregunta tal vez impropia. ¿Es el doctor Ralson alguno de sus pacientes?

—El doctor Ralson no se encuentra bien y está a mi cuidado. Esto, y cuanto digamos aquí, es confidencial, por supuesto.

—Claro. Lo comprendo. No obstante, su respuesta me aclara algo. Algunas de sus ideas rayaban lo irracional. Siempre permanecía penosamente absorto, según me pareció, en la relación entre lo que él llamaba «brotes culturales» y calamidades de uno u otro tipo. Tales relaciones han

sido observadas con frecuencia. La mayor vitalidad de una nación puede tener lugar junto a la mayor inseguridad nacional. Holanda es un ejemplo típico. Sus grandes artistas, estadistas y exploradores pertenecen más o menos al siglo XVII, cuando estaba enzarzada en lucha mortal con la mayor potencia europea de la época, España. En aquellos momentos estaba construyendo un imperio en el lejano Oriente y había seguido las costas nórdicas de Sudamérica, el extremo sur de África y el valle del Hudson de Norteamérica. Sus fletes competían con los de Inglaterra. Y luego, una vez estuvo asegurada su salud política, declinó.

»Bien, como le digo, esto no es anormal. Los grupos, al igual que los individuos, escalarían extraños riscos en respuesta a un desafío lo mismo que vegetarían en ausencia de reto. Donde el doctor Ralson pareció abandonar el camino de la cordura, sin embargo, fue al insistir en lo que no era sino confusión de causa y efecto. Declaró que no eran los tiempos de guerra y de peligro los que estimulaban los «brotes culturales», sino más bien lo contrario. Proclamó que en cada ocasión un grupo de hombres mostraba excesiva habilidad y vitalidad y la guerra devenía necesaria para destruir la posibilidad de un desarrollo extremo.

—Entiendo —dijo Blaustein.

—Me temo que opté por reírme de él. Hacia el final de la última de nuestras entrevistas, me preguntó si no consideraba curioso el hecho de que una especie tan improbable como la humana estuviera dominando sobre la tierra, toda vez que sólo la inteligencia contaba a su favor. Entonces me eché a reír. Quizá no debí haberlo hecho, pobre tipo.

—Fue una reacción natural —dijo Blaustein—, pero no debo robarle más tiempo a usted. Ha sido usted de una gran ayuda.

Se dieron la mano y Thaddeus Milton abandonó el despacho.

—Bien —dijo Darrity—, he ahí los informes sobre los suicidios recientes entre personal científico. ¿Ha deducido usted alguna cosa?

—Debería preguntarle eso a usted —dijo Blaustein—. Seguro que el FBI no ha dejado ese terreno por cubrir.

—Puede apostar la deuda nacional si lo desea. Esos tipos son suicidas. No hay error al respecto. Otra gente ha estado investigando lo mismo en otro departamento. La proporción es cuatro veces mayor de la normal, tomando en consideración edad, posición social, posición económica, etc.

—¿Y con los científicos ingleses?

—Exactamente lo mismo.

—¿Y los de la Unión Soviética?

—¿Quién podría decirlo? —El investigador se inclinó hacia delante—•. Doctor, usted no irá a pensar que los soviéticos disponen de una especie de rayo que obliga a la gente a suicidarse, ¿no? Ciertamente es sospechoso que los únicos afectados sean los hombres dedicados a la investigación atómica.

—¿Usted cree? Quizá no. Los físicos nucleares deben tener sobre ellos tensiones peculiares. Es difícil de decir sin un estudio completo.

—¿Se refiere usted a los complejos resultantes? —preguntó Darrity cautelosamente.

—La psiquiatría ha llegado a ser demasiado popular —dijo Blaustein—. Todo el mundo habla de complejos y neurosis, de psicosis y compulsiones y qué sé yo qué más. Mientras unos duermen tranquilos, otros sienten complejos de culpabilidad. Si pudiera hablar a cada uno de los que intentaron suicidarse, tal vez sabría algo.

—Ha hablado con Ralson.

—Sí, he hablado con Ralson.

—¿Ha acabado con complejo de culpa?

—No en particular. Con su historial, no me sorprenden sus mórbidas relaciones con la muerte. Cuando tenía veinte años, vio morir a su madre bajo

las ruedas de un automóvil. Su padre se consumió lentamente a causa del cáncer. Aunque el efecto de aquellas experiencias sobre sus problemas presentes no está claro.

Darrity cogió su sombrero.

——Bien, espero que consiga algo masticable. Hay algo grande, más grande que la bomba de hidrógeno. No sé cómo puede haber algo más grande que eso, pero así parece.

Ralson insistió:

—He pasado mala noche, doctor.

—Espero —dijo Blaustein— que las entrevistas no le molesten.

—Bueno, quizá se trate de eso. Me han obligado a pensar de nuevo sobre mi objeto. Y cuando lo hago, las cosas se vuelven malas. ¿Puede usted imaginar lo que es sentirse parte de una cultura bacteriana, doctor?

—Nunca lo he pensado. Para una bacteria, supongo, debe tratarse de lo más normal.

Ralson no pareció haberle oído. Lentamente, estaba diciendo:

—Una cultura en la que la inteligencia está siendo estudiada. Estudiamos toda clase de cosas tanto como nos permiten nuestras relaciones genéticas. Cogemos moscas frutales para ver qué ocurre al realizar cruces

genéticos, por ejemplo, las de ojos rojos con las de ojos blancos. No me preocupa en absoluto la cuestión del color de los ojos, pero a partir de aquí elaboramos nuestros principios genéticos. ¿Entiende lo que digo?

—Por supuesto.

—Incluso en los seres humanos podemos seguir ciertas características físicas. Están los labios de los Habsburgo y la hemofilia que comenzó con la reina Victoria y se propagó entre los Borbones españoles y los Romanov. Podemos, incluso, descubrir la debilidad mental de los Jukeses y los Kallikaks. Se puede aprender algo al respecto en las altas escuelas de

biología. Pero no se pueden criar seres humanos de la misma forma que moscas fruteras. Los humanos viven demasiado. Llevaría siglos obtener conclusiones. Es una pena no tener una raza especial de hombre capaz de reproducirse en semanas, ¿eh?

Esperó alguna respuesta, pero Blaustein se limitó a sonreír.

—Pues bien. Creo que eso seríamos nosotros para otro grupo de seres cuya vida se midiera por milenios.

Para sus conceptos, nuestra velocidad de reproducción sería alarmante. Nosotros seríamos seres de vida corta y ellos podrían estudiar en nosotros cosas como la aptitud musical,

la inteligencia científica, etc. Ninguna de estas cosas les interesaría más que otra, de la misma manera que a nosotros no nos interesa más el ojo azul que el rojo, ni tampoco les interesaría por la cosa misma, como tampoco nosotros nos interesamos por los ojos blancos de las moscas en tanto que ojos blancos.

—Eso es ciertamente interesante —dijo Blaustein.

—No sólo interesante. Es verdadero. Es obvio para mí y no me preocupa lo que pueda parecerle a usted. Mire a su alrededor. Mire el planeta Tierra. ¿Qué clase de animal ridículo es el hombre, que se proclama señor tras la caída de los dinosaurios?

Seguro, somos inteligentes, aunque, ¿qué es la inteligencia? Pensamos que es algo importante porque la poseemos. Si el Tirano-sauro hubiera seleccionado las cualidades que, según él, eran necesarias para asegurar el dominio de las especies, ésas serían el tamaño y la fuerza. Y tendría toda la razón.

»La inteligencia en sí misma no es más de lo que puede atribuírsele después de considerar el conjunto de los valores de la supervivencia. El elefante, aunque más inteligente, es un miserable si lo comparamos con el gorrión. El perro puede salvarse, siempre que se lo considere bajo la dirección del hombre, pero ni remotamente es tan autoeficaz

como la mosca casera, contra la que toda mano humana tiende a levantarse. Tomemos los primates como un grupo. Los pequeños se encogen de miedo frente a sus enemigos, en tanto que los grandes arrastran una cadena de fracasos cuando intentan algo más que sostener apenas sus propios cuerpos. Los babuinos son los mejores, no en virtud de su cerebro, sino de sus caninos.

Una brillante película de sudor cubría la frente de Ralson.

—Y uno puede ver —prosiguió— que el hombre ha tenido cola. Generalmente, el primate goza de corta vida. Es obvio, los mayores viven más. Esto es una regla general en la vida

animal. Sin embargo, el ser humano tiene una vida dos veces más larga que la de los otros grandes monos; considerablemente larga si la comparamos con el gorila que inmediatamente le sigue. Maduramos más tarde. Como si hubiéramos sido cuidadosamente criados para vivir un poco más, de modo que el ciclo de nuestra vida tenga que transcurrir más lentamente.

Se abalanzó hacia Blaustein y agitó los puños ante su rostro.

—Mil años han transcurrido, pero fue ayer…

Blaustein apretó impulsivamente un botón.

Por un momento, Ralson luchó contra el ordenanza vestido de blanco que había entrado. Luego se resignó a ser conducido.

Blaustein le lanzó una mirada, agitó la cabeza y descolgó el teléfono.

Llamó a Darrity.

—Inspector, usted sabe muy bien que esto puede llevarnos mucho tiempo.

Escuchó, luego sacudió la cabeza.

—Lo sé —dijo después—. No minimizo la urgencia.

La voz en el auricular era lejanamente timbrante:

—Doctor, la está usted minimizando. Le enviaré al doctor Grant. Él le explicará la situación.

El doctor Grant preguntó por el estado de Ralson, después pidió que le dejara verlo. Blaustein negó amablemente con la cabeza.

—He sido enviado aquí para explicarle a usted el estado actual de las investigaciones atómicas —dijo Grant.

—Siempre que logre entenderlo, ¿no?

—Espero que sí. Es una medida de desesperación. Tendré que rogarle…

—Ni una palabra sobre eso. Lo sé perfectamente. Esa inseguridad por parte de ustedes es un mal síntoma. Ustedes debieran saber que esas cosas no pueden

permanecer ocultas.

—Uno vive rodeado de secretos. Y esto se hace contagioso.

—Exactamente. ¿Cuál es el secreto?

—Es… bueno, al menos debe ser una defensa contra la bomba atómica.

—¿Y eso es un secreto? Sería mejor que fuera borrado de todas las bocas.

—Por el amor del cielo, no. Escúcheme, doctor Blaustein. Se encuentra sólo sobre el papel. Casi otro $E = me^2$. No puede ser llevado a la práctica. No sería oportuno esperar la decepción de nuestra parte. Por otro lado, si se supiera que casi hemos obtenido un medio de defensa, surgiría irremediablemente el deseo de comenzar

una guerra antes de perfeccionar esa defensa.

—No lo creo así. Pero proseguiremos con su empeño. ¿Cuál es la verdadera naturaleza de esa defensa? A no ser que se trate únicamente de mera fanfarronada…

—De ninguna manera. No estoy fanfarroneando.

Sólo intento convencerle a usted de que necesitamos a Ralson, ¡y pronto!

—Bien, cuéntemelo y participaré de tan gran secreto. Me sentiré como un miembro del Gabinete.

—Algo más que eso, doctor Blaustein. Escuche, permítame explicárselo en lenguaje sencillo. Los

logros militares pretenden igualar las armas de defensa y de ataque. Tiempo atrás pareció una premisa irrebatible la tipificación de la guerra basada en armas ofensivas, basada en la construcción del cañón más poderoso. Pero la defensa se puso al día. El caballero medieval dotado de armadura devino operario de unidad blindada y el castillo de piedra se convirtió en búnker. Todo ha quedado igual, como puede comprobar, con la única excepción de que han aumentado cuantitativamente y no menos en cualidad…

—Muy bien. Lo explica usted muy claramente. Con la bomba atómica

también se producen nuevos aumentos cuantitativos y cualitativos, ¿no? Los blindajes quedan anticuados ante tamaña arma.

—Exacto. Ya no podemos engrosar los muros de protección. No hay ya materiales lo bastante resistentes. Debemos abandonar todo tipo de materiales. Ante un ataque atómico, debemos protegernos atómicamente. Tenemos que usar la energía; es decir, un campo de fuerza.

—Y, dígame —preguntó Blaustein con condescendencia—, ¿qué es un campo de fuerza?

—Quisiera poder explicárselo. En pocas palabras se trata de una simple

ecuación sobre un papel. La energía puede ser canalizada como si creara un muro de inercia inmaterial, al menos en teoría. En la experiencia no sabemos lo que puede resultar.

—¿Un muro imposible de ser atravesado? ¿Ni siquiera por los átomos?

—Ni siquiera por bombas atómicas. El único límite de su fuerza sería el cúmulo de energía que nosotros podríamos verter en el interior. En teoría podría fabricarse impermeable a la radiación. Los rayos gamma rebotarían en él. Lo que planeamos es una gigantesca pantalla que se ubicara permanentemente en torno a las

ciudades; con la mínima fuerza, sin usar prácticamente energía. A la menor alarma, la intensidad sería aumentada al máximo. Todo esto es posible teóricamente.

—¿Y por qué deben tener ustedes a Ralson?

—Porque es el único capaz de llevarlo a la práctica, si es que en efecto puede dar algún resultado en el terreno empírico. Cada minuto cuenta. Usted no desconoce la situación internacional. La defensa atómica *debe* existir antes de la guerra atómica.

—¿Está usted seguro de Ralson?

—Estoy tan seguro de él como jamás podría estarlo de cualquier otra cosa. Es

un hombre sorprendente, doctor Blaustein. Siempre da en el clavo. Nadie sabe lo que él en su campo.

—Algún tipo de intuición, ¿no? —— dijo el psiquiatra con aparente molestia —. Una especie de raciocinio que va más allá de las ordinarias capacidades humanas. ¿Me equivoco?

—No pretendo saber lo que es en realidad.

—Permítame entonces que hable nuevamente con él. Se lo haré saber.

—Bueno. —Grant se levantó dispuesto a marcharse. Pero entonces, como dominado por alguna idea repentina, añadió—: Debo decirle, doctor, que si usted no obtiene nada, la

Comisión planea quitarle de las manos a Ralson.

—¿E intentarlo con otro psiquiatra? Si ése es su deseo, claro, no voy a interferir. En mi opinión, sin embargo, no es una práctica recomendable la que pretende una cura acelerada.

—No podemos prolongar su tratamiento mental. Simplemente deberá volver a trabajar.

—No tengo más remedio que disentir, doctor Grant. No obtendrán ustedes nada de él. Sería su muerte.

—De ninguna manera obtendríamos nada de él.

—Pero, al menos, mi sugerencia ofrece una alternativa, ¿no?

—Así lo espero. Y, a propósito, no mencione el hecho de sacar a Ralson de aquí.

—No lo haré, y gracias por la advertencia. Hasta la vista, doctor Grant.

—Me comporté como un loco la última vez, ¿no cree, doctor? ——dijo Ralson con el rostro contraído.

—¿Quiere decir que no cree realmente en lo que dijo entonces?

—¡Sí creo! —Sus músculos temblaron ante la violencia de la afirmación.

Se dirigió hacia la ventana y

Blaustein giró su silla para no perderle de vista. Había rejas en la ventana. No podía saltar. El cristal era irrompible.

La tarde estaba muriendo y las estrellas comenzaban a aparecer. Ralson las contempló fascinado y luego se volvió hacia Blaustein y, con un dedo apuntando a la noche, dijo:

—Cada una de ellas es una incubadora. Mantienen las temperaturas al punto deseado. Diferentes experimentos; diferentes temperaturas. Y los planetas que orbitan a su alrededor conforman descomunales culturas, conteniendo diferentes mezclas de nutrición y diferentes formas de vida. Los experimentadores también son

economistas, doquiera estén y quienesquiera sean. Han cultivado muchos tipos de formas vitales en este tubo de ensayo particular. Los dinosaurios en eras tropicales y nosotros entre los glaciares. Mueven los soles arriba y abajo y nosotros intentamos trazar una física del fenómeno. ¡Física! —exclamó, contrayendo los labios en una mueca risueña.

—¡Magnífico! —dijo el doctor Blaustein—, pero no es posible que el sol pueda ser movido arriba y abajo a voluntad.

—¿Cómo que no? Es lo que hace un elemento calentado en un horno. ¿Cree usted que las bacterias saben la causa

del calor que sienten? ¿Quién sabe? Tal vez tengan sus propias teorías al respecto. Quizá posean cosmogonías sobre catástrofes cósmicas, en las que el choque entre bulbos de luz haya originado sus universos. Quizá piensen que en algún lugar debe haber un benéfico creador que les proporcionó alimentos y calor y que les dijo: «¡Creced y multiplicaos!».

»Nos criamos como ellas. Obedecemos soterradas leyes de la naturaleza, que sólo son nuestra interpretación particular de las incomprensibles fuerzas que actúan sobre nosotros.

»Y ahora héte aquí el más gran

experimento jamás soñado. Apenas tiene doscientos años de genealogía. Alguien desarrolló una tensión para su aplicación mecánica en la Inglaterra del dieciocho, creo. En lo que llamamos Revolución Industrial. Comenzó siendo vapor, siguió con la electricidad, luego con los átomos. Fue un experimento interesante, pero no se midió su proporción. Por lo que ahora parece imperar una frenética urgencia por finalizarlo.

—¿Y cómo sería el plan que lo finalizara? ¿Tiene usted alguna idea al respecto? —dijo Blaustein.

—Me está usted preguntando… Mire a su alrededor, contemple el mundo.

¿Todavía puede preguntarse cómo va a acabar nuestra era tecnológica? Todo el mundo teme una guerra atómica y haría cualquier cosa por impedirla, pero también teme que una guerra atómica sea inevitable.

—En otras palabras, los experimentadores propiciaron esta situación y desencadenarán una guerra atómica queramos o no, para dar término a la era tecnológica en la que estamos y comenzar de nuevo, ¿no?

—Sí. Es lógico. Cuando esterilizamos un instrumento, ¿saben los gérmenes de dónde viene el calor asesino? ¿O qué lo ha causado? De alguna manera pueden los

experimentadores caldear nuestros ánimos; de alguna manera pueden manejarnos más allá de nuestra comprensión.

—Dígame ——dijo Blaustein—, ¿es ésa la razón por la que quiere usted morir? ¿Porque considera que la destrucción de la civilización es inminente e imposible de detener?

—*No* quiero morir. Pero debo hacerlo —dijo Ralson. Sus ojos evidenciaban tortura—. Doctor, si tuviera usted un cultivo de gérmenes altamente peligrosos y necesitados de atento control, ¿no debería poner un agar común impregnado de, digamos, penicilina, en un círculo a cierta

distancia del centro de inoculación? Cualquier germen que se alejara demasiado del centro, moriría. No sentiría nada por los gérmenes que murieran, ni siquiera tendría por qué saber, en principio, que ciertos gérmenes se habrían alejado tanto. Todo sería puramente automático.

»Doctor, hay un anillo de penicilina en torno a nuestros cerebros. Cuando nos extraviamos, cuando penetramos los significados de nuestra propia existencia, nos internamos en el cerco de penicilina y debemos morir sin remedio. Eso sucede muy lentamente…, pero sucede.

Sonrió con tristeza. Luego añadió:

¿Puedo volver ahora a mi habitación, doctor?

Aproximadamente al mediodía de la siguiente jornada, el doctor Blaustein visitó a Ralson en su habitación. Era un cuarto pequeño y desprovisto de accesorios. Las paredes estaban acolchadas y decoradas en gris. Dos pequeñas ventanas se veían en lo alto, demasiado alto para estar al alcance de una mano normal. El paciente estaba acostado en el suelo acolchado. Nada metálico había en la habitación, nada que pudiera ser utilizado para atentar contra la vida corporal. Hasta las uñas

de Ralson habían sido cortadas al máximo.

—¡Hola! —exclamó Ralson levantándose.

—Hola, doctor Ralson. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Aquí? No tengo asiento que ofrecerle.

—Está bien así. Permaneceré en pie. Suelo trabajar sentado y conviene a mis posaderas el dejar un rato esta posición. Doctor Ralson, he estado pensando toda la noche pasada en lo que me dijo ayer y los días anteriores.

—Y ahora va a aplicarme un tratamiento que me liberará de lo que usted imagina desengaños.

—No. Sólo quiero hacerle algunas preguntas y quizás extraer algunas consecuencias de sus teorías que… ¿se ha olvidado usted de mí?… Quizá no ha pensado en eso.

—¿Ah?

—Mire, doctor Ralson, desde el momento en que usted me ha explicado sus teorías, ¿sabe?, también yo sé lo que sabe usted y, sin embargo, no siento impulsos suicidas.

—Creer es algo más que un acto intelectual, doctor. Es necesario creer con toda su fuerza interna, cosa que usted no hace.

—¿No cree que quizá se trate de un fenómeno de adaptación?

—¿Qué quiere decir?

—Usted no es realmente un biólogo, doctor Ralson. Y aunque usted sea un brillante, muy brillante adelantado en física, no puede pensar apropiadamente acerca de los cultivos bacterianos que usó como analogía. Sepa usted que es posible criar linajes bacterianos capaces de resistir a la penicilina y casi a cualquier veneno bactericida.

—¿Y bien?

—Los experimentadores que nos cultivaron han estado trabajando con la humanidad durante muchas generaciones, ¿no? Y este linaje particular que han estado cultivando desde hace dos siglos no muestra ningún

signo de moribundia espontánea. Más bien es un linaje vigoroso y muy infectivo. Los más viejos linajes fueron confinados en ciudades pequeñas o en reducidas áreas y duraron sólo una generación o dos. Éste, en cambio, está expandido por todo lo ancho del mundo. Es un linaje *muy* infeccioso. ¿No ha pensado que puede haber desarrollado inmunidad a la penicilina? En otros términos, los métodos usados por los experimentadores para aniquilar el cultivo no tienen por qué funcionar demasiado bien, ¿no?

—Están funcionando en mí —dijo Ralson.

—Usted quizá sea un no resistente.

O bien ha almacenado una alta dosis de penicilina. Considere a la gente que intenta detener la inminencia de la guerra atómica, la estabilización de cualquier forma de gobierno mundial, la duración de la paz. El esfuerzo ha aumentado estos últimos años y los resultados no han sido precisamente desastrosos.

—Eso no detendrá la guerra atómica que se avecina.

—No, pero quizá todo cuanto se requiera sea únicamente un poco más de esfuerzo. Los abogados de la paz no se suicidan. Muchos son los humanos que resultan inmunes ante los experimentadores. ¿Sabe usted lo que

están haciendo en los laboratorios?

—No quiero saberlo.

—Debe saberlo. Intentan inventar un campo de fuerza que pueda detener la bomba atómica. Doctor Ral-son, si yo estoy cultivando una virulenta y patológica bacteria, contra toda precaución acabaré provocando una plaga. Podemos resultar bacterias para ellos, pues les resultamos peligrosos también; de lo contrario, no nos eliminarían tan cuidadosamente después de cada experimento.

»Pero no son muy rápidos, ¿no? Para ellos un milenio es un día, ¿no? Para cuando adviertan que nos hemos salido del cultivo, que estamos más allá de la

penicilina, será demasiado tarde para detenernos. Ellos nos han conducido hasta el átomo y si nosotros, al menos, somos capaces de remediar lo que, pese a nosotros, existe en nosotros, iremos incluso más allá que los experimentadores.

Ralson se puso en pie. Pequeño como era, sobrepasaba a Blaustein en una pulgada y media.

—¿De veras están trabajando en un campo de fuerza?

—Al menos intentan aproximarse. Y lo necesitan a usted.

—No. No puedo.

—Lo necesitan en la medida en que usted es capaz de advertir lo que,

dificultoso para ellos, es obvio para usted. Recuérdelo… de su ayuda depende el éxito o la derrota de los experimentadores.

Ralson caminó unos pasos sin rumbo fijo, contemplando fijamente las vacías paredes acolchadas.

—Pero ese fracaso debe existir. Si construyen un campo de fuerza, sobrevendrá la muerte de todos cuantos existan antes de la coronación del proyecto.

—Algunos serán posiblemente inmunes, ¿no? En cualquier caso, la presencia de la muerte será irremisible. Al menos ellos intentan algo.

—Haré lo posible por ayudarles —

dijo Ralson.

—¿Aún quiere suicidarse, doctor?

—Sí.

—Pero no lo intentará, ¿eh?

—No lo *intentaré*, doctor. —Sus labios temblaron—. Tendré que estar bajo observación.

Blaustein subió las escaleras y presentó su pase al guardia del vestíbulo. Había sido ya supervisado en la otra puerta, pero, como si tamaña circunstancia no hubiera surtido efecto, su pase, su firma, incluso él mismo, fueron revisados de nuevo. Un momento después, el guardia se retiró a su

pequeña caseta e hizo una llamada telefónica. La respuesta pareció satisfacerle. Blaustein tomó asiento y, en medio minuto, se encontró arriba y estrechando la mano al doctor Grant.

—Hasta el presidente de los Estados Unidos tendría problemas para entrar aquí, ¿no? —dijo Blaustein.

EL larguirucho físico sonrió.

—Está usted en lo cierto, siempre que se le ocurra venir sin avisar.

Tomaron un ascensor que les elevó doce pisos. La oficina, a la que le condujo Grant, tenía ventanas que daban a tres fachadas distintas. La habitación era a prueba de ruidos y ventilada con aire acondicionado. Los muebles

aparecían inmaculadamente limpios.

—Caramba —dijo Blaustein—, esto parece la oficina del presidente de un consejo de directores. La ciencia se está convirtiendo en asunto de grandes finanzas.

—Sí —dijo Grant azorado—, lo sé, pero el dinero del gobierno fluye con excesiva facilidad y es difícil convencer a un congresista de que el trabajo es más importante que el decorado donde se ejecuta.

Blaustein tomó asiento y comprobó su comodidad.

—El doctor Elwood Ralson ha accedido regresar al trabajo.

—Maravilloso —dijo Grant—.

Estaba esperando que dijera usted eso. Y esperaba-que éste fuera el motivo por el que usted deseaba verme. —Como inspirado por la buena nueva, Grant ofreció un cigarro a Blaustein, que no lo aceptó.

—No obstante —dijo Blaustein—, sigue siendo un hombre enfermo. Deberá ser tratado con mucho cuidado y no sólo en los detalles superficiales.

—Claro. Naturalmente.

—No es tan sencillo como usted pueda pensar. Quisiera decirle alguna cosa sobre los problemas de Ralson a fin de que pueda comprender la esencia de su delicadeza.

Comenzó a hablar y Grant escuchó al

principio con atención, luego con asombro.

—Pero a ese hombre le falta un tornillo, doctor Blaustein. Nos será completamente inútil. Está loco.

—Depende de lo que usted categorice como «loco» —murmuró Blaustein—. Es una palabra desafortunada, no la utilice. Está poseído por los desengaños, es innegable. Si éstos afectarán su talento, es algo que no puede saberse.

—Lo que sí es cierto es que un hombre insano no podría…

—Por favor. Por favor. No permita que caigamos en una larga discusión sobre la definición psiquiátrica de lo

normal y lo patológico. Está dominado por los desengaños, pero, al menos en lo cotidiano, no les prestaría demasiada atención. Creo haber llegado a entender que la habilidad particular de nuestro hombre descansa en su manera de dar con la solución de los problemas que parecen estar más allá de la comprensión ordinaria. ¿Me equivoco?

—No. Eso *debe* admitirse.

—¿Cómo podemos usted y yo juzgar entonces la verdad o el error de sus conclusiones? Permítame preguntarle, ¿tiene usted últimamente impulsos suicidas?

—No, por supuesto.

—¿Y otros científicos de aquí?

—No, claro que no.

—Le sugeriré, sin embargo, que mientras prosigan las investigaciones sobre el campo de fuerza, los científicos involucrados sean observados aquí y en su casa. Incluso podría ser una buena idea el que ni siquiera tuvieran que marchar a casa. Algunas oficinas podrían ser adaptadas para operar como dormitorios…

—Dormir en el lugar de trabajo. Nunca obtendrá usted consentimiento.

—Oh, sí. Si no les cuenta usted la verdadera razón y afirma que se trata de razones de seguridad, aceptarán. «Razones de seguridad» es una frase mágica estos días, ¿no? Ralson debe ser

observado más que ningún otro.

—Claro.

—Pero todo esto es de segundo orden. Hay algo que debe hacerse para conciliar mi conciencia, en caso de que las teorías de Ralson sean correctas. Por lo pronto, no las creo. Son desengaños, pero, una vez sean superados, será necesario preguntarse por las causas de esos desengaños. ¿Qué hay en la cabeza de Ralson, en su historial, en su vida, que lo ha obligado a formular esa forma particular de desilusión? No se puede responder a esto con sencillez. Descubrir la respuesta debe ser tarea de años de psicoanálisis. Y mientras la respuesta no sea descubierta, Ralson no

estará curado.

»Aunque, mientras tanto, podemos exponer quizá inteligentes conjeturas. Tuvo una infancia desgraciada, lo que, de una u otra forma, lo ha conducido a enfrentarse a la muerte de manera poco agradable. Por añadidura, jamás fue capaz de trabar amistad con otros niños, ni, al crecer, con otros hombres. Siempre se mostró irreconciliable con el modo lento de pensar de sus contemporáneos. Cualquiera que sea la diferencia existente entre su cerebro y el de los otros, ha levantado una muralla entre él y la sociedad, muralla tan fuerte como el campo de fuerza en que ustedes trabajan. Por razones similares, ha sido

incapaz de encontrar gratificación en una vida sexual normal. Nunca se ha casado, nunca ha tenido idilios.

»Es fácil advertir que ha buscado compensaciones en el terreno del pensamiento, en el que otros hombres son inferiores a él. Y esta inferioridad es cierta, al menos en lo que respecta a lo estrictamente mental. El ser humano tiene, sin embargo, muchas facetas y Ralson no ofrece la misma superioridad en todas. Nadie es superior a nadie en todas las facetas humanas. Otros más dispuestos a ocuparse de lo que es inferior, no aceptarían su afectada postura preeminente. Le encontrarían extraño, incluso risible, lo que

conduciría a Ralson a un estado de compulsión por demostrar lo miserable que es la especie humana. ¿Y qué otra cosa mejor que comparar a la humanidad con un cultivo de bacterias manejado por seres superiores? Sus impulsos suicidas no serían sino un intento de romper todos sus lazos con lo que hay en él de parentela humana; detener la identificación que lo enlaza con la miserable especie que él ha creado en su mente. ¿Lo ve claro?

—Pobre tipo —asintió Grant.

—Sí, es una pena. Se ha preocupado por defender su propia infancia… Bien, será mejor para el doctor Ralson no tener ninguna clase de contacto con los

hombres de este lugar. Está demasiado enfermo para incorporarse a ellos. Usted debe cuidarse de ser el único hombre que Ralson vea y hable. El doctor Ralson está de acuerdo con eso. Al parecer, piensa que usted no es tan estúpido como el resto.

—Debo considerarlo una flor —sonrió Grant ampliamente.

—Tiene que ser cuidadoso, obviamente. No discutirá con él otra cosa que su trabajo propiamente dicho. Si le proporciona voluntariamente alguna información sobre sus teorías, cosa que dudo, guárdelas para usted y déjelo hablár. Y mantenga siempre alejado de él cualquier cosa cortante o

puntiaguda. No le permita acercarse a las ventanas. Procure no perderle de vista. Compréndalo y tome precauciones. Dejo mi paciente a su cuidado, doctor Grant.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Blaustein.

Durante dos meses, Ralson vivió en un rincón de la oficina de Grant y éste vivió con él. Las ventanas habían sido cubiertas con rejilla metálica y los muebles de madera trasladados. Sólo se habían dejado algunos cojines de sofá. Ralson hacía sus cavilaciones sobre la almohada y sus cálculos sobre una tabla

acolchada puesta sobre cojines.

En la puerta, por la parte de fuera, rezaba un permanente «No entrar». La comida era dejada en el exterior. La adjunta sala de reunión fue requisada para uso privado y se suprimió la puerta de comunicación entre ambas. Grant se afeitaba con máquina eléctrica. Se ocupaba de que Ralson tomara sus somníferos cada noche y no se dormía hasta comprobar que el otro ya lo había hecho.

Los informes siempre eran llevados a Ralson. Los leía mientras Grant le observaba a la chita callando.

Luego los dejaba a un lado y se quedaba mirando al techo con una mano

sobre los ojos.

—¿Ocurre algo? —preguntaba Grant.

Ralson movía la cabeza de izquierda a derecha.

—Mire —decía Grant—, recorreremos el edificio durante el cambio de turno. Es importante que usted vea algunas de las maquetas experimentales que hemos instalado.

Y así lo hacían, vagabundeando a través de los iluminados y vacíos edificios como si fueran fantasmas, cogidos de la mano. Siempre cogidos de la mano. El apretón de Grant era insistente. Pero después de cada incursión, Ralson seguía moviendo la

cabeza de izquierda a derecha.

Había comenzado a escribir por lo menos media docena de veces; en cada ocasión había garabateado unos cuantos signos para luego abandonarlos sobre uno de los cojines.

Hasta que, un día, comenzó a escribir nuevamente y cubrió media página sin dificultad. Automáticamente, se aproximó Grant. Ralson alzó la mirada y cubrió la hoja de papel con mano temblorosa.

—Llame a Blaustein —dijo.

—¿Qué?

—He dicho que llame a Blaustein. Tráigalo aquí. ¡Ya!

Grant cogió el teléfono.

Ralson estaba escribiendo ahora con celeridad, deteniéndose tan sólo para pasarse el dorso de la mano por la frente, que se había humedecido.

Alzó de nuevo la mirada y su voz sonó como un rugido.

—¿Ya ha venido?

—No está en su oficina —dijo Grant. Parecía apenado.

—Llámele a su casa. Llámele dondequiera que esté. Use el teléfono en vez de jugar con él.

Grant lo usó; Ralson cogió un nuevo folio.

Cinco minutos después, Grant dijo:

—Ya viene. ¿Qué ocurre? Parece usted enfermo.

Ralson pudo hablar sólo entrecortadamente y con precipitación:

—No hay tiempo… No puedo hablar…

Estaba escribiendo, trazando diagramas, fórmulas, todo ello con asombrosa velocidad. Mientras pensaba parecía dirigir el movimiento de sus manos, luchando con ellas.

—¡Dicte! —urgió Grant—•. Yo escribiré.

Ralson se dirigió hacia él. Sus palabras fueron ininteligibles. Sujetó su muñeca con la otra mano, aferrán-dola como si se tratara de un pedazo de madera, y luego cayó inerte sobre sus papeles.

Grant los apartó de debajo del cuerpo y apoyó a Ralson sobre los almohadones. La desesperanza hizo mella en él hasta que llegó Blaustein.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blaustein al hacerse cargo de la situación de una ojeada.

—Creo que aún vive —dijo Grant, aunque antes de terminar la frase, ya había comprobado Blaustein semejante eventualidad. Luego, le contó cuanto había sucedido.

Blaustein se sirvió de una aguja hipodérmica y luego esperaron. Cuando los ojos de Ralson se abrieron, estaban en blanco. Ralson gimió.

Blaustein se inclinó sobre él.

—Ralson.

Las manos de Ralson tantearon a ciegas y se aferraron al psiquiatra.

—Doctor —dijo—lléveme de aquí.

—Lo haré. Ahora mismo. Ya ha terminado usted con el campo de fuerza, ¿no?

—Está en las notas. Grant, está en las notas.

Grant cogió los papeles y los leyó dubitativamente. Ralson dijo débilmente:

—No está *todo* ahí. Es todo lo que he podido escribir. Tendrá usted que descifrarlo. ¡Sáqueme de aquí, doctor!

—Espere —dijo Grant. Luego, susurró con rapidez a Blaustein—: ¿No

puede dejarlo aquí hasta que comprobemos esto? No puedo descifrar la mayor parte. La escritura es ilegible. Pregúntele si piensa que dará resultado.

—¿Preguntarle? —dijo Blaustein con énfasis—. ¿No es acaso el único que lo sabe siempre?

—Pregúnteme lo que sea —dijo Ralson, intentando escuchar desde los almohadones sobre los que estaba echado. De repente, sus ojos se habían abierto desmesuradamente y relampagueaban.

Se volvieron hacia él.

—*Ellos* no desean un campo de fuerza. *¡Ellos!* ¡Los experimentadores! Hasta donde alcanza mi noción de lo

verdadero, las cosas quedan igual. Aunque no he aplicado ese pensamiento… ese pensamiento que yace en estas notas… no lo he aplicado porque treinta segundos antes me sentí… me sentí… doctor…

—¿Qué es? —dijo Blaustein.

—Estoy hundido en la penicilina —dijo Ralson susurrando otra vez—. Puedo sentirme a mí mismo sumergido e inmerso, como nunca hasta ahora. Nunca he estado tan dentro… tan profundamente dentro. He aquí cómo supe que yo tenía razón. Sáqueme.

Blaustein se enderezó.

—Tendré que sacarlo de aquí, Grant. No hay opción. Si puede usted descifrar

lo que Ralson ha escrito ahí, perfecto. Y si no puede, lamento no serle de utilidad. Este hombre no puede seguir trabajando en ese campo de fuerza sin peligro de morir. ¿Comprende?

—Pero —dijo Grant— se muere de algo imaginario.

—Perfecto. Dígalo así, si quiere. Pero, como fuere, morirá sin remedio, ¿no?

Ralson estaba de nuevo inconsciente y no oía nada de cuanto los otros decían. Grant le miró sombríamente.

—Bueno —dijo luego—, llévelo entonces.

Diez de los más importantes personajes del Instituto contemplaban con gesto hosco el paso de las diapositivas a través de la pantalla iluminada. Con el ceño fruncido. Grant los miró con persistencia.

—Pienso que la idea es bastante simple —dijo—. Ustedes son matemáticos, son ingenieros. Los garabatos pueden parecer ilegibles, pero dan al menos una idea de lo que esconden. El significado, cualquiera que éste sea, se encuentra en la escritura, por disparatada que pueda parecer. La primera página es bastante clara.

Constituirá una buena guía. Cada uno estudiará una página distinta una y otra vez. Extraerán una posible versión de lo que supongan puede ser esto. Trabajarán independientemente. No quiero consultas.

—¿Cómo sabe usted —dijo uno de los presentes— que significa algo, Grant?

—Porque son las notas de Ralson.

—*¡Ralson!* Yo pensé que estaba…

—Usted pensó que estaba enfermo —dijo Grant. Tenía que hablar sobre lo que podía comentarse subterráneamente —. Lo sé. Y está enfermo. Ésa es la escritura de un hombre que ha estado cerca de la muerte. Es lo último que

obtendremos de Ralson, por siempre jamás. Como fuere, en esos garabatos se encuentra la respuesta al problema del campo de fuerza. Si no damos con ella, derrocharemos diez años en encontrarla por otros caminos.

Cada cual marchó a su trabajo. La noche llegó y pasó. Pasaron dos noches. Tres noches…

Grant supervisaba los resultados. Movía la cabeza.

—Aceptaré su palabra de que todo esto es autocon-sistente. Pero no puedo decir que lo entiendo.

Lowe, que en ausencia de Ralson había sido rápidamente considerado como el mejor ingeniero nuclear del

Instituto, murmuró:

—No está del todo claro para mí. Si sirve, no nos ha dejado explicaciones del porqué.

—No tuvo tiempo para explicaciones. ¿Puede usted construir el generador tal como él lo describe?

—Puedo intentarlo.

—¿Tendrá presente las otras versiones de las notas?

—Las otras, definitivamente, no son autoconsistentes.

—¿Lo verificará todo por lo menos dos veces?

—Claro.

—¿Comenzará entonces la construcción?

—Daré comienzo al trabajo. Aunque, francamente, debo decirle que soy pesimista.

—Lo sé. Yo también.

Los planes de trabajo se pusieron en marcha. Hal Ross, el mecánico más veterano, fue puesto al frente de la construcción y su sueño desapareció como por ensalmo. A cualquier hora del día o de la noche podía encontrársele allí, resaltando por su cráneo completamente calvo.

Sólo una vez había hecho preguntas.

—¿Qué es eso, doctor Lowe? Nunca vi nada igual. ¿Para qué sirve?

—Usted sabe dónde se encuentra, Ross. Sabe que aquí no se pueden hacer preguntas. No vuelva a hacerlas.

Ross no volvió a preguntar. Estaba aprendiendo a no amar la estructura en vías de construcción. La consideró fea y antinatural. Sin embargo, permaneció con ella.

Blaustein telefoneó un día.

—¿Cómo está Ralson? —preguntó Grant.

—No muy bien. Quiere asistir a las pruebas del proyector de campo diseñado por él.

—Supongo que deberíamos acceder

—dijo Grant, dudando—. Es suyo a fin de cuentas.

—Yo tendría que ir con él.

Grant no pareció del todo complacido.

—Puede ser peligroso, ¿sabe? Incluso para una prueba piloto deberemos poner en juego tremendas energías.

—No será más peligroso para nosotros que para ustedes —dijo Blaustein.

—Muy bien. La lista de espectadores debe pasar a través de la Comisión y el FBI, pero yo les introduciré a ustedes.

Blaustein miró a su alrededor. El proyector de campo estaba encuadrado en el centro de un grandioso laboratorio de pruebas, cuyos utensilios habituales habían sido despejados. No había conexión visible con la pila de plutonio que servía como fuente energética, pero, por el zumbido que el psiquiatra escuchaba a su alrededor, —lo había sabido sin tener que preguntárselo a Ralson— dedujo que la conexión se realizaba por abajo.

Al principio, los espectadores habían rodeado la máquina y hablado en jerga incomprensible, pero ahora habían iniciado el despeje. La galería estaba

atestada. Al menos, había tres hombres con uniforme de general y toda una cohorte de militares de menor graduación. Blaustein eligió un espacio vacío, el mejor teniendo en cuenta el estado de Ralson.

—¿Sigue pensando usted que le conviene asistir?

Hacía bastante calor en el laboratorio, pero Ralson iba en camisa de cuello vuelto. No había mucha diferencia, pensó Blaustein. Aunque dudó que fuera reconocido por algún antiguo conocido.

—Asistiré —dijo Ralson.

Blaustein se sintió confortado. Él quería ver la prueba. Se volvió al sonar

una nueva voz.

—Hola, doctor Blaustein.

Por un momento no logró emplazar aquella voz, pero luego dijo:

—Ah, inspector Darrity. ¿Qué hace usted aquí?

—Ni más ni menos que lo que está imaginando. —Señaló a los espectadores—. Por muchos controles que haya, uno no está nunca seguro de que el trigo está puro de cizaña. En una ocasión estuve tan cerca de Klaus Fuchs como ahora lo estoy de usted. —Tomó su cortaplumas e hizo algunas cabriolas en el aire con incontestable destreza.

—Ah, claro. ¿Dónde encontrará uno la seguridad perfecta? ¿Qué hombre

puede controlar siquiera su propio inconsciente? Y usted permanecerá ahora cerca de mí, ¿no?

—Debo hacerlo también —sonrió Darrity—. Usted estaba ansioso por estar aquí, ¿no es cierto?

—No por mí mismo, inspector. Y, por favor, aparte la navaja.

Darrity se volvió sorprendido hacia donde señalaba el gesto de Blaustein. Se guardó el cuchillo y observó por segunda vez al compañero de Blaustein. Silbó por lo bajo.

—Hola, doctor Ralson —dijo.

—Hola —graznó Ralson.

Blaustein no se sorprendió por la reacción de Darrity. Ralson había

perdido veinte libras desde su ingreso en el sanatorio. Su rostro estaba amarillento y arrugado; el rostro de un hombre repentinamente convertido en sesentón.

—¿Comenzará pronto la prueba? —preguntó Blaustein.

—Parece que va a comenzar ahora —dijo Darrity.

Se volvió y se inclinó sobre la baranda. Blaustein tomó por el codo a Ralson y comenzó a conducirlo hacia un lugar más cercano, pero Darrity, advirtió con suavidad.

—Quédese aquí, doctor. No quiero verle dar vueltas por ahí.

Blaustein dirigió su mirada por todo

el laboratorio. Los hombres estaban casi petrificados. Pudo reconocer a Grant, alto y desvaído, que movía lentamente una mano para encenderse un cigarrillo; luego, por algún olvido mental, se llevó el mechero y el cigarrillo al bolsillo. Los jóvenes situados en los paneles de control esperaban en tensión.

Hubo entonces un leve murmullo y un fuerte olor a ozono llenó el aire.

—¡Mire! —exclamó Ralson.

Blaustein y Darrity siguieron la indicación de su dedo. El proyector parecía llamear. Como si el aire, que mediaba entre ellos y el proyector, se hubiera inflamado. Una bola de hierro descendió ondulando pendularmente y

empezó a pasar a través del área inflamada.

—Se está retrasando, ¿no? —dijo Blaustein con excitación.

—Están midiendo el peso de elevación —asintió Ralson— para calcular la pérdida de ímpetu. ¡Idiotas! *Afirmé* que funcionaría. —Estaba hablando con evidente dificultad.

El péndulo se detuvo en su ondulación. La inflamación en torno al proyector subió en intensidad y la esfera de hierro continuó su descenso.

Se repitió una y otra vez y en cada ocasión el movimiento de la esfera fue demorado por más de una sacudida. Produjo un sonido claramente audible al

golpear el área inflamada. Y, por fin, *rebotó*. Al principio débilmente, como si fuera argamasa. Luego, con fuerza, como si se tratara de acero.

Recogieron el péndulo. El proyector podía verse tras el haz que lo rodeaba.

Grant dio una orden y el olor a ozono se volvió violentamente cortante e hiriente. Hubo un grito entre los observadores; cada cual gesticulaba ante su vecino. Una docena de dedos señalaban.

Blaustein, tan excitado como el resto, se inclinó sobre la baranda. Allí, donde estaba el proyector, se veía ahora tan sólo un inmenso espejo semiesférico. Era perfecta y hermosamente límpido.

Uno podía verse en su superficie y Blaustein se distinguió como un hombrecillo sentado en un palco curvado por los extremos. Pudo ver las luces fluorescentes reflejadas como manchas de relampagueante iluminación. Era maravillosamente irresistible.

—Mire, Ralson —dijo—. Es energía reflexiva. Ondas de luz reflexivas como un espejo. Ralson…

Se volvió:

—¡Ralson! —gritó a continuación—. Inspector, ¿dónde está Ralson?

—¿Qué? —Darrity vaciló—. No le he visto.

Miró frenéticamente a su alrededor.

—Bueno —añadió el inspector—,

no habrá ido muy lejos. No hay forma de salir de aquí ahora. Le encontrará en alguna parte. —Pero luego, echando mano a su bolsillo, exclamó—: ¡Caramba! Mi navaja ha desaparecido.

Blaustein le encontró. Estaba en la pequeña oficina que pertenecía a Hal Ross. Había abandonado el palco, pero, claro, bajo las circunstancias, había sido una deserción. El propio Ross no era siquiera un observador. Un mecánico veterano no necesita observar. Pero su oficina había cumplido perfectamente las veces de escenario para el asalto final de la larga lucha contra el suicidio.

Blaustein se detuvo en la puerta un momento. Luego salió. Alcanzó a ver a

Darrity cuando salía de una oficina similar situada a cien pies más abajo de la plataforma de observación. Le hizo una seña y Darrity echó a correr hacia él.

El doctor Grant estaba temblando, presa de la excitación. De cada uno de los dos cigarrillos consumidos apenas había dado dos largas chupadas, aplastándolos en seguida. Estaba ahora encendiendo el tercero.

Posiblemente, sea mejor de lo que ninguno de nosotros podía esperar —estaba diciendo—. Mañana haremos la prueba del cañoneo. Ahora estoy seguro

de los resultados. Nos saltaremos las armas pequeñas y comenzaremos con las situadas al nivel del lanzagranadas. O quizá no. Será necesario construir una estructura especial de prueba para cuidar de los problemas del rebote.

Apagó su tercer cigarrillo.

Tendremos que intentar —dijo un general— un bombardeo atómico, literalmente.

Claro. Ya han sido tomadas las disposiciones para construir una ciudad piloto en Eniwetok. Podríamos construir un generador en el lugar y arrojar la bomba. Tiene que haber animales en el interior.

—¿Y usted piensa realmente que la

fuerza del campo será tan poderosa que detendrá la bomba?

No exactamente eso, general. No habrá ningún campo perceptible, hasta que la bomba no sea arrojada. La radiación de plutonio dotará de energía al campo antes de la explosión, mientras, nosotros permanecemos aquí hasta el final. He aquí la esencia de todo.

—Mire —dijo un profesor de Princeton—, yo también veo desventajas. Cuando el campo esté en pleno funcionamiento, todo aquello de lo que proteja dejará de existir, por ejemplo, el sol, la luz natural. Además, me da en la nariz que el enemigo puede

adoptar la táctica de arrojarnos proyectiles radiactivamente inofensivos a fin de mantener el campo en continuo funcionamiento. Por último, constituiría una terrible molestia y un gasto incalculable de pilas de plutonio.

—Las molestias —dijo Grant— pueden remediarse. Esas pequeñas dificultades serán subsanadas, estoy seguro, ahora que el problema principal ha sido resuelto.

El observador británico se había abierto paso hasta Grant y ahora le estrechaba la mano.

—A partir de ahora, me sentiré mejor en Londres. No puedo ser útil, pero me gustaría que su gobierno me

permitiera ver los planos completos. Me han maravillado por su ingeniosidad. Ahora parece obvio, claro, pero ¿cómo nadie había pensado en ello?

—Esa pregunta ——dijo Grant sonriendo— se ha planteado otras veces respecto de los proyectos del doctor Ralson…

Se volvió, al sentirse rozado en el hombro por una mano.

—¡Doctor Blaustein! —exclamó—. Casi lo tenía olvidado. Justamente quería hablar con usted.

Condujo a un rincón al pequeño psiquiatra y le dijo al oído:

—Escuche, ¿puede convencer a Ralson para que venga a hablar con esta

gente? Se trata de su triunfo.

—Ralson ha muerto —dijo Blaustein.

—¡Qué!

—¿Puede dejar usted a esta gente por un rato?

—Sí… sí… Caballeros, ¿pueden ustedes excusarme por unos minutos?

Salió tras Blaustein.

Los hombres del FBI habían ocupado el lugar. Para evitar intrusiones, habían acordonado la puerta de la oficina de Ross. En la parte de fuera estaba la cuchicheante masa discutiendo la respuesta a Alamogordo que acababan de presenciar. En el interior, ignorado de todos, estaba la

muerte del contestador. La barrera de pistoleros se abrió para permitir el paso de Grant y Blaustein. Una vez pasaron éstos, la barrera volvió a cerrarse.

Grant mantuvo el lienzo levantado durante un rato.

—Su apariencia es apacible —dijo.

—Yo diría… feliz —dijo Blaustein.

—El arma suicida —dijo Darrity, pálido— fue mi propia navaja. Fue una negligencia mía; lo haré constar en el informe tal cual.

—No, no —dijo Blaustein—, eso sería inexacto. Era mi paciente y estaba bajo mi responsabilidad. En cualquier caso, no habría vivido otra semana más. Desde Hite inventó el proyector, se

había convertido en un hombre agonizante.

—¿Ha de pasar todo esto a los ficheros del FBI? —dijo Grant—. ¿No podemos dejar caer el olvido sobre su locura?

—Me temo que no, doctor Grant —dijo Darrity.

—Le he contado la historia completa —dijo Blaulein con tristeza.

Grant miró a uno y otro.

—Hablaré con el director —dijo—. Iré hasta el presidente, si es necesario. No veo necesidad de mencionar locura o suicidio. Conseguirá plena publicidad como inventor del proyector de campo. Es lo único que podemos hacer por él.

—La expresión de su boca anunciaba resolución.

—Dejó una nota —dijo Blaustein.

—¿Una nota?

Darrity sacó un pedazo de papel y comentó:

—Los suicidas lo hacen siempre. Ésta es la única razón por la que el doctor me habló sobre lo que realmente mató a Ralson.

La nota estaba dirigida a Blaustein y decía:

«Como había previsto, el proyector funciona. El convenio ha expirado. Ustedes lo han conseguido y ya no me necesitan para nada más. De modo que me voy. Ya no tiene por qué

entristecerse por el destino de los hombres, doctor. Estaba usted en lo cierto. Nos han cultivado durante demasiado tiempo; nos han dado demasiadas oportunidades. Ahora estamos fuera de cultivo y no serán capaces de detenernos. Lo sé. Es todo cuanto puedo decir. Que lo sé».

Había firmado con su nombre rápidamente y luego, en una esquina inferior, había garrapateado una línea fuera de lugar:

«A condición de que bastantes hombres sean resistentes a la penicilina».

Grant hizo un gesto para coger el papel, pero Darrity extendió la mano

con premura.

—Para los archivos, doctor —dijo.

Grant se lo devolvió.

—¡Pobre Ralson! —exclamó—. Murió creyendo en toda esa basura.

—Así fue —asintió Blaustein—. Ralson tendrá un gran funeral, imagino, y las noticias sobre su invento serán publicadas sin la menor alusión a la locura o al suicidio. Pero los hombres del gobierno estarán interesados en sus locas teorías. Tal vez no sean tan dementes, ¿no, Mr. Darrity?

—Eso es ridículo, doctor —dijo Grant—. Ningún otro científico en activo ha manifestado tanta inquietud sobre todo esto.

—Dígaselo, Mr. Darrity —dijo Blaustein.

—Ha habido otro suicidio —dijo Darrity—. No, no se trata de ningún científico. De nadie con graduación. Ocurrió esta mañana y nosotros investigamos porque pensamos que podría haber alguna conexión con la prueba de hoy. No pareció haber ninguna y lo dejamos hasta que la prueba fue llevada a cabo. Sólo ahora parece que hay una conexión efectiva.

»El que murió era un tipo con esposa y tres chicos. No tenía ninguna razón para morir. No había la menor enfermedad mental en su historia. Se arrojó a las ruedas de un coche.

Tenemos testigos y es cierto que ése lúe su propósito. No murió instantáneamente y pudo ser atendido por un médico. Estaba terriblemente destrozado, pero aún pudo balbucir algunas palabras: "Me siento mucho mejor ahora", dijo y, acto seguido, murió.

—Pero ¿quién era? —gruñó Grant.

—Hal Ross. El tipo que dirigió la construcción del proyector. El que tenía su oficina justamente aquí.

Blaustein se acercó a la ventana. El cielo de la tarde comenzaba a oscurecer y a presagiar el brillo de las estrellas.

—Ese hombre nada sabía sobre las opiniones de Ralson —dijo—. Nunca había hablado con él. Mr. Darrity me lo

dijo. Los científicos son probablemente resistentes como un conjunto dado. O se obligan a apartarse de la profesión o son apartados de cualquier forma. Ralson fue una excepción, un sensible a la penicilina que insistió en quedarse. Usted ha visto lo que le ocurrió. Pero ¿y acerca de los otros? ¿Aquellos otros que han quedado en los caminos de la vida, donde no hay una constante selección de los hombres sensitivos? ¿Cuántos, entre toda la humanidad, son resistentes a la penicilina?

—¿Cree usted en Ralson? —preguntó Grant horrorizado.

—No lo sé.

Blaustein miró las estrellas.

¿Incubadoras?

SALLY

PRESENTACIÓN

Al mencionar la consulta psicoanálítica en la introducción a Alternativas[3]*, sin duda me referí a los colegas que analizan relatos según la moda freudiana.*

Dados un molde freudiano de pensamiento y la suficiente ingenuidad, creo posible trasladar cualquier serie de palabras (racional, irracional o absurda) hasta el simbolismo sexual y ponerse luego a parlotear marisábidillamente sobre el inconsciente del escritor.

Lo he dicho otras veces y volveré a decirlo. No sé lo que es mi

inconsciente, ni me importa. Ni siquiera tengo la seguridad de poseer uno.

Me han contado que los contenidos del inconsciente de uno pueden alterar su personalidad, la que sólo puede enderezarse mediante el preciso estudio de los factores mentales ocultos bajo la guía de un analista.

Quizá sea así, pero lo único que considero digno de tratamiento psicoanalítico es mi compulsión a escribir. Quizá si vacunara mi mentalidad y expulsara tal compulsión, emplearía más tiempo durmiendo al sol o jugando al golf, o lo que suele hacer la gente que no tiene nada mejor que

hacer.

Claro que, vistos los resultados, no quiero tal cosa, gracias. Lo sé todo acerca de mi compulsión, me gusta e intento conservarla. La oportunidad de dormir al sol y de jugar al golf se la reservo al que quiera aceptarla.

De modo que espero que nadie se ponga a psicoanalizar mis relatos y me venga con una completa explicación de mis compulsiones, recuerdos y neurosis y espere además que me muestre lacrimosamente agradecido. No estoy en el mercado. No me interesa el significado oculto de mis historias. Si alguien lo encuentra, que se quede con él.

Esto me condujo a Sally. Es bien sabido que el varón estadounidense ama su coche con pasión pseudo-sexual, y, ¿quién soy yo para ser un no-estadounidense?

Cualquiera que lea Sally puede advertir que siento una profunda atracción por la heroína de la historia, lo que seguramente refleja algo de mi propia vida. Hacia el final del relato Sally hace algo que permitirá al freudiano aficionado sostener un día de campaña. (Encuéntrenlo ustedes mismos, no es muy difícil). El simbolismo sexual está a la orden del día y el psicoanalista podrá reírse a gusto para sí mismo con lo que sin

duda está seguro existe en mi inconsciente.

Sólo que se habrá equivocado de medio a medio, porque nada ha sido deslizado por mi inconsciente. Todo fue introducido cuidadosa y deliberadamente por mi conciencia, y ello porque así lo quise.

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me

había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo, y me

tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la cabeza, con la raya en el centro, y exhibía un fino bigotito muy bien recortado. Sus mandíbulas se engrosaban debajo de sus orejas y le daban un aspecto como si siempre estuviera mascullando… En vídeo daba el tipo ideal para representar el papel de villano, de modo que supuse que era un tipo agradable. Lo cual demuestra que el vídeo no siempre se equivoca.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué

puedo hacer por usted? Sonrió. Era una sonrisa grande y amplia, llena de blancos dientes.

—Puede hablarme un poco de su Granja, si no le importa.

Oí a Sally llegar detrás de mí y tendí la mano. Ella se deslizó hasta establecer contacto, y sentí el duro y lustroso esmalte de su guardabarros cálido en mi palma.

—Un hermoso automatóvil —dijo Gellhorn.

Es una forma de decirlo. Sally era un convertible del 2045 con un motor positrónico Hennis-Carleton y un chasis Armat. Poseía las líneas más suaves y elegantes que haya visto nunca en ningún

modelo, sea el que sea. Durante cinco años ha sido mi favorita, y la he dotado de todo lo que he podido llegar a soñar. Durante todo ese tiempo, nunca ha habido ningún ser humano sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije, palmeándola suavemente—, te presento al señor Gellhorn.

El rumor de los cilindros de Sally ascendió ligeramente. Escuché con atención en busca de algún golpeteo. Últimamente había oído golpetear los motores de casi todos los coches, y cambiar de combustible no había servido de nada. El sonido de Sally era

tan suave y uniforme como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus vehículos? —preguntó Gellhorn.

Sonaba divertido, y a la señora Hester no le gusta la gente que parece burlarse de la Granja. Dijo secamente:

—Por supuesto. Los coches tienen auténticas personalidades, ¿no es así, Jake? Los sedanes son todos masculinos, y los convertibles femeninos.

Gellhorn seguía sonriendo.

—¿Y los mantienen ustedes en garajes separados, señora? La señora Hester le lanzó una llameante mirada.

—Me pregunto si podría hablar con usted a solas, señor Folkers —dijo Gellhorn, volviéndose hacia mí.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier conversación que sostengamos aquí no será publicada, se lo aseguro. Estoy interesado en una absoluta intimidad.

—Entonces sigamos un poco carretera abajo. Hay un banco que nos servirá. Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se pegó a nuestros talones.

—¿Le importa que Sally venga con nosotros? —pregunté.

—En absoluto. Ella no puede repetir nada de lo que hablemos, ¿verdad? —Se echó a reír ante su propio chiste, tendió

una mano y acarició la parrilla de Sally.

Sally embaló su motor y Gellhorn retiró rápidamente la mano.

—No está acostumbrada a los desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del enorme roble, desde donde podíamos ver a través del pequeño lago la carretera privada. Era el momento más caluroso del día, y un buen número de coches habían salido, al menos una treintena de ellos. Incluso a aquella distancia podía ver que Jeremiah se estaba dedicando a su juego favorito de situarse detrás de un modelo algo más antiguo, luego acelerar bruscamente y adelantarlo con gran ruido, para

recuperar luego su velocidad normal con un deliberado chirrido de frenos. Dos semanas antes había conseguido sacar al viejo Angus de la carretera con este truco, y había tenido que castigarlo desconectando su motor durante dos días.

Lo cual me temo que no sirvió nada, puesto que al parecer su caso es irremediable. Jeremiah es un modelo deportivo, y los de su clase tienen la sangre caliente.

—Bien, señor Gellhorn —dije—. ¿Puede decirme para qué desea usted la información?

Pero él estaba simplemente mirando a su alrededor. Dijo:

—Éste es un lugar sorprendente, señor Folkers.

—Preferiría que me llamara Jake. Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene usted aquí?

—Cincuenta y uno. Recogemos uno o dos cada año. Hubo un año que recogimos cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos funcionan perfectamente. Incluso tenemos un modelo Mat-O-Mont del 2015 en perfecto estado de marcha. Uno de los primeros automáticos. Fue el primero que acogimos aquí. El buen viejo Matthew. Ahora se pasaba casi todo el tiempo en el garaje, pero era el abuelo

de todos los coches con motor positrónico. Eran los días en los que tan sólo los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de estado conducían vehículos automáticos. Pero Samson Jarridge era mi jefe y era lo bastante rico como para permitirse uno. Yo era su chofer por aquel entonces.

Aquel pensamiento me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en los que no había en el mundo ningún automóvil con cerebro suficiente como para encontrar su camino de vuelta a casa. Yo conducía máquinas inertes que necesitaban constantemente el contacto de unas manos humanas sobre sus controles. Máquinas que cada año

mataban a centenares de miles de personas.

Los automatismos arreglaron eso. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más rápido que uno humano, por supuesto, y a la gente le salía rentable mantener las manos fuera de los controles. Todo lo que tenías que hacer era entrar, teclear tu destino y dejar que el coche te llevara.

Hoy en día damos esto por sentado, pero recuerdo cuando fueron dictadas las primeras leyes obligando a los viejos coches a mantenerse fuera de las carreteras principales y limitando éstas a los automáticos. Señor, vaya lío. Se alzaron voces hablando de comunismo y

de fascismo, pero las carreteras principales se vaciaron y eso detuvo las muertes, y cada vez más gente empezó a utilizar con mayor facilidad la nueva ruta.

Por supuesto, los coches automáticos eran de diez a cien veces más caros que los de conducción manual, y no había mucha gente que pudiera permitirse un vehículo particular de esas características. La industria se especializó en la construcción de omnibuses automáticos. En cualquier momento podías llamar a una compañía y conseguir que uno de esos vehículos se detuviera ante tu puerta en cuestión de unos pocos minutos y te llevara al lugar

donde deseabas ir. Normalmente tenías que ir junto con otras personas que llevaban tu mismo camino, pero ¿qué había de malo en ello?

Samson Harridge tenía su coche privado, sin embargo, y yo fui el encargado de ir a buscarlo apenas llegó. El coche no se llamaba Matthew por aquel entonces, ni yo sabía que un día iba a convertirse en el decano de la Granja. Solamente sabía que iba a hacerse cargo de mi trabajo, y lo odié por ello.

—¿Ya no me necesitará usted más, señor Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Jake? —dijo él—. Supongo que no

creerás que voy a confiar en un artefacto como ése. Tú seguirás a los controles.

—Pero él trabaja solo, señor Harridge —dije—. Rastrea la carretera, reacciona de acuerdo con los obstáculos, seres humanos, y otros coches, y recuerda los caminos por los que ha de pasar.

—Eso es lo que dicen. Eso es lo que dicen. De todos modos, tú vas a sentarte detrás del volante, por si acaso algo va mal.

Es curioso cómo a uno puede llegar a gustarle un coche. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba llamándole Matthew, y me pasaba todo el tiempo puliendo su carrocería y comprobando su motor. Un

cerebro positrónico está en mejores condiciones cuando mantiene constantemente el control de su chasis, lo cual significa que vale la pena tener el depósito del combustible siempre lleno de modo que el motor pueda funcionar al ralentí día y noche. Al cabo de poco, era capaz de decir por el sonido de su motor cómo se sentía Matthew.

A su manera, Harridge empezó a encariñarse también con Matthew. No tenía a nadie más a quien amar. Se había divorciado o había sobrevivido a tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. De modo que cuando murió, no resultó sorprendente que

convirtiera su propiedad en una Granja para Automóviles Retirados, dejándome a mí a cargo de todo, con Matthew como primer miembro de una distinguida estirpe.

Así se transformó mi vida. Nunca me casé. No puedes casarte y seguir atendiendo a los automatismos del modo en que debes hacerlo.

Los periódicos dijeron que se trataba de algo curioso, pero al cabo de un tiempo dejaron de hacer chistes sobre ello. Hay algunas cosas sobre las que no pueden hacerse chistes. Quizás ustedes no puedan permitirse nunca uno de esos automatismos y quizá nunca lo deseen tampoco, pero créanme, uno termina

enamorándose de ellos. Trabajan duro y son afectuosos. Se necesita a un hombre sin corazón para tratarlos mal o permitir que otro los maltrate.

Las cosas fueron sucediéndose de tal modo que un hombre que tenía uno de esos automáticos durante un tiempo hacía los arreglos necesarios para que éste fuera a parar a la Granja, si no tenía ningún heredero en quien pudiera confiar para dejárselo con la seguridad de que iba a recibir un buen trato.

Le expliqué todo eso a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa un montón de dinero.

—Cincuenta mil como mínimo por

automático, inversión original —dije—. Ahora valen mucho más. He hecho cosas por ellos.

—Debe de necesitarse un montón de dinero para mantener la Granja.

—Tiene usted razón. La Granja es una organización benéfica, lo cual nos libera de impuestos, y por supuesto cada nuevo automático trae normalmente consigo una donación paralela o un fondo de mantenimiento. De todos modos, los costos siguen aumentando. Tengo que mantener la propiedad en buen estado; hay que construir nuevo asfalto, y conservar el viejo; están la gasolina, el aceite, las reparaciones y los nuevos accesorios. Todo eso sube.

—Y usted le ha consagrado mucho tiempo.

—Cierto, señor Gellhorn. Treinta y tres años.

—No parece haberle sacado mucho provecho a todo ello.

—¿De veras? Me sorprende, señor Gellhorn. Tengo a Sally y a otros cincuenta. Mírela.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Sally relucía tan limpia que casi hacía daño a los ojos. Algún insecto debía de haberse estrellado contra su parabrisas o se había posado alguna mota de polvo, ya que en aquellos momentos estaba atareada en su limpieza. Un pequeño tubo emergió y escupió un poco de

Tergosol sobre el cristal. Se esparció rápidamente sobre la película de silicona y las escobillas de goma entraron instantáneamente en acción, barriendo todo el parabrisas y empujando el agua hacia el pequeño canalón que la conduciría, goteando, hasta el suelo. Ni una gotita de agua cayó sobre la resplandeciente capota color verde manzana. Escobillas y tubo de detergente retrocedieron hasta sus alvéolos y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer eso —dijo Gellhorn.

—Apuesto a que no —dije—. Yo mismo se lo he instalado a nuestros coches. Son limpios, ¿sabe? Siempre

están repasando sus cristales. Les gusta. Incluso he dotado a Sally con rociadores de cera. Cada noche se abrillanta hasta que uno puede mirarse en cualquier parte de ella y afeitarse con su reflejo. Si puedo conseguir el dinero suficiente, dotaré con ese dispositivo a todas las chicas. Los convertibles son muy coquetos.

—Puedo decirle cómo conseguir ese dinero, si le interesa.

—Eso siempre me interesa. ¿Cómo?

—¿No le resulta evidente, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, dijo usted. Apostaría a que la mayoría de ellos supera las seis cifras.

—¿Y?

—¿Ha pensado alguna vez en vender algunos? Negué con la cabeza.

—Imagino que usted no se da cuenta de ello, señor Gellhorn, pero no puedo vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los documentos de constitución de la Granja indican que los coches recibirán atención a perpetuidad. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay de los motores, entonces?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura, y su voz se hizo confidencial.

—Mire, Jake, déjeme explicarle la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares si tan sólo sus precios fueran asequibles. ¿Correcto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor. ¿Correcto? Sé dónde podemos conseguir carrocerías. Sé también dónde podernos vender automáticos a buen precio…, veinte o treinta mil para los modelos más baratos, quizá cincuenta o sesenta para los mejores. Todo lo que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No, señor Gellhorn.

La veía, pero deseaba que él la dijera.

—Está exactamente aquí. Tiene usted cincuenta y uno de ellos. Es usted un experto en mecánica automatóvil, Jake. Tiene que serlo. Puede quitar usted un motor y colocarlo en otro coche de modo que nadie se dé cuenta de la diferencia.

—Eso no sería ético precisamente.

—No causaría usted ningún daño a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus coches más viejos. Utilice ese antiguo Mat-O-Mot.

—Bueno, espere un momento, señor Gellhorn. Los motores y las carrocerías no constituyen dos cuerpos separados. Forman una sola unidad. Esos motores están acostumbrados a sus propias

carrocerías. No se sentirían felices en otro coche.

—De acuerdo, eso es algo a tener en cuenta. Es algo a tener muy en cuenta, Jake. Sería algo así como tomar la mente de uno y meterla en el cráneo de otra persona. ¿Correcto? Supongo que no le gustaría, ¿verdad?

—No lo creo, no.

—Pero supongamos que yo tomo su mente y la coloco en el cuerpo de un joven atleta.

¿Qué opinaría de eso, Jake? Usted ya no es joven. Si tuviera la oportunidad, ¿no disfrutaría teniendo de nuevo veinte años? Eso es lo que estoy ofreciéndoles a algunos de sus motores

positrónicos. Serán instalados en nuevas carrocerías del cincuenta y siete. Las más recientes…

Me eché a reír.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches puede que sean viejos, pero están bien conservados. Nadie los conduce. Dejamos que hagan lo que quieran. Están retirados, señor Gellhorn. Yo no desearía un cuerpo de veinte años si eso significara que iba a tener que pasarme el resto de mi vida cavando zanjas sin tener nunca lo suficiente para comer… ¿Qué piensas tú de eso, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con un chasquido

amortiguado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene Sally de echarse a reír.

Gellhorn forzó una sonrisa. Supongo que pensó que estaba haciendo un chiste fácil. Dijo:

—Hablemos seriamente, Jake. Los coches están hechos para ser conducidos. Probablemente no serán felices si nadie los conduce.

—Sally no ha sido conducida desde hace cinco años —dije yo—. A mí me parece feliz.

—Permítame dudarlo.

Se puso en pie y caminó lentamente

hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Qué te parecería una carrera?

El motor de Sally aumentó sus revoluciones. Retrocedió.

—No la incordie, señor Gellhorn —dije—. Puede ponerse un poco nerviosa.

Dos sedanes estaban a un centenar de metros carretera arriba. Se habían detenido. Quizá, a su manera, estaban observando. No me preocupaba por ellos. Mis ojos estaban clavados en Sally.

—Tranquila, Sally —dijo Gellhorn. Adelantó una mano y pulsó la manija de la puerta. Que no se abrió, por supuesto —. Se abrió hace un minuto —dijo.

—Cerradura automática —dije yo —. ¿Sabe?, Sally tiene un sentido de la intimidad muy desarrollado.

Soltó la manija, luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Un coche con ese sentido de la intimidad no debería pasearse con la capota bajada. Retrocedió tres o cuatro pasos, luego, rápidamente, tan rápidamente que ni siquiera pude dar un paso para detenerle, corrió hacia delante y saltó dentro del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa, porque, apenas se sentó, cortó el contacto antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años, el

motor de Sally estaba parado.

Creo que grité, pero Gellhorn había girado el mando a «Manual» y lo había fijado allí. Puso de nuevo en marcha el motor. Sally estaba viva de nuevo, pero ya no poseía libertad de acción.

Se dirigió carretera arriba. Los sedanes seguían todavía allí. Se dieron la vuelta y se apartaron, no muy rápidamente. Supongo que se sentían desconcertados.

Uno de ellos era Giuseppe, de la fábrica de Miran, y el otro era Stephen. Siempre estaban juntos. Los dos eran nuevos en la Granja, pero llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches simplemente no

llevaban conductores.

Gellhorn avanzó a toda marcha, y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que Sally no iba a disminuir su velocidad, de que no podía disminuir su velocidad, era demasiado tarde para cualquier otra cosa excepto una acción desesperada.

La efectuaron, saltando uno hacia cada lado, y Sally pasó a toda velocidad entre ellos como un rayo. Steve atravesó la verja que rodeaba el lago y consiguió detenerse en la blanda hierba a no más de quince centímetros del borde del agua. Giuseppe dio unos cuantos botes por la cuneta al otro lado y se detuvo con un sobresalto.

Había hecho que Steve volviera a la carretera, y estaba comprobando los daños que la verja podía haberle ocasionado, cuando volvió Gellhorn.

Abrió la portezuela de Sally y salió. Inclinándose hacia atrás, cortó el encendido por segunda vez.

—Ya está —dijo—. Creo que esto le habrá hecho mucho bien. Dominé mi irritación.

—¿Por qué se lanzó por entre los sedanes? No había ninguna razón para ello.

—Esperaba que se apartarían.

—Eso es lo que hicieron. Uno de ellos atravesó la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé

que se apartarían más rápido. Ya sabe cómo son las cosas. He estado en muchos autobuses, pero he entrado en un automático particular tan sólo dos o tres veces en mi vida, y ésta es la primera vez que conduzco uno. Eso se lo dice todo, Jake. El conducir uno me dominó, y eso que soy un tipo más bien impasible. Se lo aseguro, no tenemos que bajar más de un veinte por ciento del precio de tarifa para conseguir un buen mercado, y conseguiremos unos beneficios de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y yo corro todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya le he escuchado.

Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz debido a que estaba demasiado irritado para seguir mostrándome educado—. Cuando usted cortó el motor de Sally, le dolió. ¿Le gustaría a usted que le hicieran perder el conocimiento de una patada? Eso es lo que le hizo usted a Sally, cuando cortó su motor.

—Vamos, Jake, está usted exagerando. Los automatobuses son desconectados cada noche.

—Seguro, y es por eso por lo que no quiero a ninguno de mis chicos y chicas en sus hermosas carrocerías del cincuenta y siete, donde no sé qué trato van a recibir. Los buses necesitan reparaciones importantes en sus

circuitos positrónicos cada par de años. Al viejo Matthew no le han tocado sus circuitos desde hace veinte años. ¿Qué puede ofrecer usted en comparación a eso?

—Bueno, ahora está usted excitado. Supongamos que piensa en mi proposición cuando se haya calmado un poco, y nos mantenemos en contacto.

—Ya he pensado en todo lo que tenía que pensar. Si vuelvo a verle de nuevo, llamaré a la policía.

Su boca se hizo dura y fea.

—Espere un minuto, viejo —dijo.

—Espere un minuto, usted —repliqué—. Ésta es una propiedad privada, y le ordeno que salga de ella.

Se alzó de hombros.

—Está bien, entonces adiós.

—La señora Hester se ocupará de que abandone usted la propiedad —dije —. Procure que este adiós sea definitivo.

Pero no fue definitivo. Lo vi de nuevo dos días más tarde. Dos días y medio, mejor dicho, porque era cerca del mediodía cuando lo vi la primera vez, y era poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama cuando encendió la luz, y parpadeé cegado antes de darme exactamente cuenta de lo que

sucedía. Cuando pude ver, no necesité muchas explicaciones. De hecho, no necesité ninguna explicación en absoluto. Llevaba una pistola en su puño derecho, con el pequeño y horrible cañón de agujas apenas visible entre dos de sus dedos. Supe que todo lo que tenía que hacer el hombre era incrementar la presión de su mano para dejarme como un colador.

—Vístase, Jake —ordenó.

No me moví. Simplemente lo miré.

—Mire, Jake, conozco la situación —dijo—. Le visité hace dos días, recuérdelo. No tiene guardias en este lugar, ni verjas electrificadas, ni sistemas de alarma. Nada.

—No los necesito —dije—. De modo que no hay nada que le impida marcharse, señor Gellhorn. Yo, si fuera usted, lo haría. Este lugar puede convertirse en algo muy peligroso.

Dejó escapar una risita.

—Lo es, para alguien en el lado malo de una pistola de puño

—La he visto —dije—. Sé que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres están aguardando.

—No, señor Gellhorn. No hasta que me diga qué es lo que desea, y probablemente tampoco entonces.

—Le hice una proposición anteayer.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora tengo algo que añadir a la proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene usted la posibilidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de los motores positrónicos. No me importa cuáles veinticinco elija. Los cargaremos en el bus y nos los llevaremos. Una vez hayamos dispuesto de ellos, haré que reciba usted una parte equitativa del dinero.

Dijo:

—Supongo que tengo su palabra al respecto.

No actuó como si pensara que yo estaba siendo sarcástico.

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste usted en seguir diciendo no, lo haremos a nuestra manera. Yo mismo desconectaré los motores, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos ellos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, señor Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Aunque lo sea, sepa que esos motores han sido modificados por mí.

—Sé eso, Jake. Y para ser sincero, no soy un experto. Puede que estropee algunos motores intentando sacarlos. Es por eso por lo que tendré que trabajar sobre todos los cincuenta y uno si usted no coopera. Entienda, puede que me

quede sólo con veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que saque probablemente serán los que más sufran. Hasta que le coja la mano, ¿entiende? Y si tengo que hacerlo por mí mismo, creo que voy a poner a Sally como la primera de la lista.

—No puedo creer que esté hablando usted en serio, señor Gellhorn.

—Completamente en serio, Jake —dijo. Permitió que sus palabras fueran rezumando en mi interior—. Si desea ayudar, puede quedarse con Sally. De otro modo, lo más probable es que ella resulte seriamente dañada. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero voy a hacerle otra advertencia. Va a verse

metido en serios problemas, señor Gellhorn.

Consideró aquello como muy divertido. Estaba riendo muy suavemente mientras bajábamos juntos la escalera.

Había un automatobús aguardando fuera, en el sendero que conducía a los apartamentos del garaje. Las sombras de tres hombres se alzaban a su lado, y los haces de sus linternas se encendieron cuando nos acercamos.

—Tengo al tipo —dijo Gellhorn en voz baja——. Vamos. Subid el camión hasta arriba y empecemos.

Uno de los otros se metió en la cabina del vehículo, y tecleó las instrucciones adecuadas en el panel de control. Avanzamos sendero arriba, con el bus siguiéndonos sumisamente.

—No podrá entrar en el garaje —dije—. La puerta no lo admitirá. No tenemos buses aquí. Sólo coches particulares.

—De acuerdo —dijo Gellhorn—. Llevadlo sobre la hierba y mantenedlo fuera de la vista.

Pude oír el zumbido de los coches cuando nos hallábamos aún a diez metros del garaje. Normalmente se tranquilizaban cuando yo entraba en el garaje. Esta vez no lo hicieron. Creo que

sabían que había desconocidos conmigo, y cuando los rostros de Gellhorn y los demás se hicieron visibles su ruido aumentó. Cada motor era un suave retumbar, y todos tosían irregularmente, hasta el punto de que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente cuando entramos. Gellhorn no parecía preocupado por el ruido de los coches, pero los tres hombres que iban con él parecieron sorprendidos e incómodos. Todos ellos tenían aspecto de malhechores a sueldo, un aspecto que no era el conjunto de unos rasgos físicos sino más bien una especie de cautela en la mirada y una

intimidación en su rostro. Conocía el tipo, y no me sentía preocupado.

Uno de ellos dijo:

—Maldita sea, están quemando gasolina.

—Mis coches siempre lo hacen —respondí rígidamente.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—Eso no es tan fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Hágalo! —gritó.

Me quedé plantado allí. Tenía su pistola de puño apuntada directamente hacia mí. Dije:

—Ya le he explicado, señor Gellhorn, que mis coches han sido bien

tratados desde que llegaron a la Granja. Están acostumbrados a ser tratados de esa forma, y se resienten ante cualquier otra actitud.

—Tiene usted un minuto —dijo—. Guarde sus conferencias para otra ocasión.

—Estoy intentando explicarle algo. Estoy intentando explicarle que mis coches comprenden lo que yo les digo. Un motor positrónico aprende a hacerlo, con tiempo y paciencia. Mis coches han aprendido. Sally comprendió sus proposiciones hace dos días. Recordará usted que se echó a reír cuando le pedí su opinión. Sabe también lo que usted le hizo a ella y a los dos sedanes a los que

apartó de aquella forma. Y los demás saben qué hacer respecto a los intrusos en general.

—Mire, viejo chiflado…

—Todo lo que yo tengo que decir es… —Alcé mi voz—: ¡Cogedlos!

Uno de los hombres se puso pálido y chilló, pero su voz se vio completamente ahogada por el sonido de cincuenta y una bocinas resonando a la vez. Mantuvieron su intensidad de sonido, y dentro de las cuatro paredes del garaje los ecos se convirtieron en una loca llamada metálica. Dos coches avanzaron, sin apresurarse, pero sin error posible respecto a su blanco. Otros dos coches se colocaron en línea

con los dos primeros. Todos los coches estaban agitándose en sus compartimientos separados.

Los malhechores miraron a su alrededor, luego retrocedieron.

—¡No se coloquen contra las paredes! —grité.

Aparentemente, aquél había sido su primer pensamiento instintivo. Echaron a correr alocados hacia la puerta del garaje.

En la puerta, uno de los hombres de Gellhorn se volvió y sacó una pistola de puño. El proyectil aguja dejó tras de sí un delgado resplandor azul mientras avanzaba hacia el primer coche. El coche era Giuseppe.

Una delgada línea de pintura saltó de la capota de Giuseppe, y la mitad derecha de su parabrisas se cuarteó y se cubrió de líneas blancas, pero no llegó a romperse totalmente.

Los hombres estaban al otro lado de la puerta, corriendo, y los coches se lanzaron a la noche en grupos de a dos tras ellos, haciendo chirriar sus neumáticos sobre la grava y llamando con sus bocinas a la carga.

Sujeté con mi mano el codo de Gellhorn, pero no creo que pudiera moverse de todos modos. Sus labios estaban temblando.

—Por eso no necesito verjas electrificadas ni guardias —dije—. Mi

propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn iban fascinados de un lado a otro, siguiendo a los coches que zumbaban en parejas.

—¡Son asesinos!

—No sea estúpido. No van a matar a sus hombres.

—¡Son asesinos!

—Simplemente van a darles una lección. Mis coches han sido entrenados especialmente en persecuciones a través del campo para una ocasión como ésta; creo que para sus hombres eso va a ser algo mucho peor que una muerte rápida. ¿Ha sido perseguido usted alguna vez por un automatóvil?

Gellhorn no respondió.

Proseguí. No deseaba que él se perdiera nada de todo aquello.

—Serán como sombras que no van a ir más rápidas que sus hombres, persiguiéndoles por aquí, bloqueando su paso por allá, cegándoles, lanzándose contra ellos, esquivándoles en el último minuto con un chirrido de los frenos y un rugido del motor. Y seguirán con eso hasta que sus hombres caigan, sin aliento y medio muertos, resignados a que las ruedas pasen por encima de ellos y aplasten todos sus huesos. Los coches no van a hacer eso. Entonces se darán la vuelta. Puede apostar, sin embargo, a que sus hombres jamás volverán aquí en toda su vida. Ni por todo el dinero que

usted o diez como usted puedan ofrecerles. Escuche…

Apreté más fuerte su codo. Tendió el oído.

—¿No oye resonar las portezuelas de los coches? —pregunté. Era un ruido débil y distante, pero inconfundible.

—Están riéndose —dije—. Están disfrutando con esto.

Su rostro se contorsionó, rabioso. Alzó su mano. Seguía sujetando su pistola de puño.

—Yo de usted no lo haría —le advertí——. Un automatocoche sigue aún con nosotros.

No creo que se hubiera dado cuenta de la presencia de Sally hasta entonces.

Había acudido tan silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me rozaba, apenas oía su motor. Debía de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté con usted. Pero si me mata… Ya sabe, usted no le gusta nada a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que pueda presionar su pistola una segunda vez, ella estará sobre usted.

—De acuerdo —exclamó, y bruscamente dobló mi brazo violentamente tras mi espalda y lo

retorció de tal forma que a duras penas pude resistirlo. Me sujetó manteniéndome entre Sally y él, y su presión no se aflojó—. Retroceda conmigo y no intente soltarse, viejo chiflado, o le arrancaré el brazo de su articulación.

Tuve que moverme. Sally avanzó junto a nosotros, preocupada, insegura acerca de lo que debía hacer. Intenté decirle algo y no pude. Sólo podía encajar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn estaba todavía aguardando fuera del garaje. Me obligó a entrar en él. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Muy bien —dijo—. Ahora

hablemos juiciosamente.

Yo estaba frotándome el brazo, intentando devolverlo a la vida, mientras estudiaba automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente el tablero de control del bus.

—Es un vehículo restaurado —observé.

—¿Ah, sí? —dijo, cáustico—. Es una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis desechado, encontré un cerebro que podía utilizar, y me monté un bus particular. ¿Qué hay con ello?

Tiré del panel de reparaciones y lo eché a un lado.

—¿Qué demonios? —exclamó—. Apártese de ahí.

El filo de su mano descendió paralizadoramente sobre mi hombro izquierdo. Me debatí.

—No deseo hacerle ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quería echarle una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No necesité examinarlas detenidamente. Estaba hirviendo de furia cuando me volví hacia él.

—Es usted un maldito hijoputa —dije—. No tenía derecho a instalar usted mismo este motor. ¿Por qué no se buscó a un robotista?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó.

—Aunque fuera un motor robado, no

tenía usted derecho a tratarlo así. Yo jamás trataría a un hombre de la forma en que ha tratado usted a ese motor. ¡Soldadura, cinta y pinzas cocodrilo! ¡Es brutal!

—Funciona, ¿no?

—Por supuesto que funciona, pero tiene que ser un infierno para él. Usted puede vivir con dolores de cabeza crónicos y artritis aguda, pero no será algo que pueda llamarse vivir. Este vehículo está sufriendo.

—¡Cállese! —Por un momento miró a través de la ventanilla a Sally, que había avanzado hasta tan cerca del bus como había podido. Se aseguró de que portezuelas y ventanillas estaban

cerradas—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que vuelvan los otros coches —dijo—. Y nos mantendremos alejados un cierto tiempo.

—¿Cree que eso va a servirle de mucho?

—Sus coches agotarán el combustible algún día, ¿no? Supongo que no los habrá transformado usted hasta el punto que puedan reabastecerse por sí mismos. Entonces volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dije—. La señora Hester llamará a la policía.

Ya no se podía razonar con él. Se limitó a conectar el motor del bus. Se puso en marcha bruscamente. Sally lo

siguió.

Gellhorn lanzó una risita.

—¿Qué puede hacer mientras esté usted aquí conmigo?

Sally también parecía ser consciente de aquello. Aceleró, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla contigua a él y escupió por la abertura.

El bus avanzaba traqueteante por la oscura carretera, con su motor rateando irregularmente. Gellhorn redujo el alumbrado periférico hasta que solamente la banda fosforescente verde en centro de la carretera, brillante a la luz de la luna, nos mantenía alejados de los árboles. No había virtualmente

ningún tráfico. Dos coches nos cruzaron yendo en la otra dirección, y no había nadie en nuestro lado de la carretera, ni delante ni detrás.

Yo fui el primero en oír el golpetear de las portezuelas. Seco y cortante en medio del silencio, primero a la derecha, luego a la izquierda. Las manos de Gellhorn se estremecieron mientras tecleaba rápidamente, ordenando mayor velocidad. Un haz de luz brotó de entre un grupo de árboles y nos cegó. Otro haz nos ensartó desde atrás, al otro lado de una protección metálica en la otra parte de la carretera. En un cruce, a cuatrocientos metros al frente, hubo un fuerte chirriar cuando un coche se cruzó

en nuestro camino.

—Sally fue a buscar a los demás —dije—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que pueden hacer?

Se inclinó sobre los controles y miró a través del parabrisas.

—Y usted no intente hacer nada, viejo chiflado —murmuró.

No podía. Me sentía agotado hasta la médula. Mi brazo izquierdo ardía. Los sonidos de motores se hicieron más fuertes y cercanos. Pude oír que los motores rateaban de una forma extrañamente curiosa; de pronto tuve la impresión de que mis coches estaban hablando entre sí.

Una cacofonía de bocinas brotó desde atrás. Me volví, y Gellhorn miró rápidamente por el retrovisor. Una docena de coches estaban siguiéndonos sobre los dos carriles.

Gellhorn lanzó una exclamación y una loca risotada.

—¡Pare! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de quinientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes en la cuneta, estaba Sally, con su esbelta carrocería atravesada en medio de la carretera. Dos coches surgieron del arcén del otro lado a nuestra izquierda, manteniendo una perfecta sincronización con nuestra velocidad e impidiendo a

Gellhorn salirse de su carril.

Pero él no tenía intención de salirse de su carril. Pulsó el botón de adelante a toda velocidad, y lo mantuvo fuertemente apretado.

—No va a engañarme con ese truco —dijo—. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo chalado, de modo que simplemente vamos a echarla fuera de la carretera como un gatito muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba en manual, y el dedo de Gellhorn apretaba fuertemente el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé la ventanilla, y asomé la cabeza.

—¡Sally! —grité—. ¡Sal del

camino! ¡Sally!

Mi voz se ahogó en el agónico chirrido de unos tambores de freno espantosamente maltratados. Me sentí arrojado hacia delante, y oí a Gellhorn soltar el aliento en un jadeo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Eso era lo que había ocurrido. Sally y el bus estaban a metro y medio de distancia el uno del otro. Con cinco veces su peso lanzado contra ella, no se había movido ni un milímetro. Vaya valor.

Gellhorn zarandeó violentamente el interruptor de manual.

—Tiene que funcionar —murmuraba

una y otra vez—. Tiene que funcionar.

—No de la forma en que conectó usted el motor, experto —dije—. Cualquiera de los circuitos puede pasar por encima de los demás.

Me miró con una ira desgarradora, y un gruñido brotó de lo más profundo de su garganta. Su pelo estaba pegado a su frente. Alzó el puño.

—Éste es el último consejo que va a ser capaz de dar, viejo chiflado. Y supe que la pistola de agujas estaba a punto de ser disparada.

Apreté la espalda contra la portezuela del bus mientras observaba alzarse el puño, y entonces la portezuela se abrió y caí hacia atrás fuera del

vehículo y golpeé el suelo con un sordo resonar. Oí la puerta cerrarse de nuevo con un chasquido.

Me puse de rodillas y alcé la vista a tiempo para ver a Gellhorn luchar fútilmente contra la ventanilla que se estaba cerrando, luego apuntar rápidamente su pistola de puño hacia el cristal. Nunca llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugir y Gellhorn se vio lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba bloqueando el camino, y observé las luces traseras del bus alejarse por la carretera hasta perderse de vista.

Me sentía agotado. Me senté allí, en medio de la carretera, y apoyé la cabeza

sobre mis brazos cruzados, intentando recuperar el aliento.

Oí un coche detenerse suavemente a mi lado. Cuando alcé la vista, comprobé que era Sally. Lentamente —cariñosamente, me atrevería a decir—, su puerta delantera se abrió.

Nadie había conducido a Sally desde hacía cinco años —excepto Gellhorn, por supuesto—, y yo sabía lo valiosa que era para un coche esta libertad. Aprecié el gesto, pero dije:

—Gracias, Sally, tomaré uno de los coches más nuevos.

Me puse en pie y me di la vuelta, pero diestramente, casi haciendo una pirueta, ella se colocó de nuevo ante mí.

No podía herir sus sentimientos. Subí. Su asiento delantero tenía el delicado y suave aroma de un automatóvil que se mantiene siempre inmaculadamente limpio. Me dejé caer en él, agradecido, y con una suave, silenciosa y rápida eficiencia, mis chicos y chicas me condujeron a casa.

La señora Hester me trajo una copia de la comunicación radiofónica al día siguiente por la mañana, presa de gran excitación.

—Se trata del señor Gellhorn —dijo —. El hombre que vino a verle. Temí su respuesta.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo encontraron muerto —dijo—. Imagine. Simplemente muerto, tendido en una zanja.

—Puede que se tratara de algún desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo secamente—. No puede haber dos, ¿verdad? La descripción concuerda también. ¡Señor, vaya forma de morir! Encontraron huellas de neumáticos en sus brazos y cuerpo. ¡Imagine! Me alegra que comprobaran que había sido un bus; de otro modo igual hubieran venido a fisgonear por aquí.

—¿Ocurrió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No… Cerca de Cooksville. Pero Dios mío, léalo usted mismo ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Di la bienvenida a aquella diversión. Giuseppe aguardaba pacientemente a que yo terminara el trabajo de reparación de su pintura. Su parabrisas ya había sido reemplazado.

Después de que ella se fuera, tomé la trascripción. No había ninguna duda al respecto. El doctor había informado que la víctima había corrido mucho y estaba en un estado de agotamiento total. Me pregunté durante cuántos kilómetros habría estado jugando con él el bus antes de la embestida final. La trascripción no mencionaba nada de eso, por supuesto.

Habían localizado al bus, y habían identificado las huellas de los neumáticos. La policía lo había retenido y estaba intentando averiguar quién era su propietario.

Había un editorial al respecto en la trascripción. Se trataba del primer accidente de tráfico con víctimas en el estado aquel año, y el editorial advertía seriamente en contra de conducir manualmente después del anochecer.

No había ninguna mención de los tres compinches de Gellhorn, y al menos me sentí agradecido por ello. Ninguno de nuestros coches se había visto seducido por el placer de la caza a muerte.

Aquello era todo. Dejé caer el papel. Gellhorn había sido un criminal. La forma en que había tratado al bus había sido brutal. No dudaba en absoluto de que merecía la muerte. Pero me sentía un poco intranquilo por la forma en que había ocurrido todo.

Ahora ha pasado un mes, y no puedo apartar nada de aquello de mi mente.

Mis coches hablan entre sí. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran adquirido confianza; como si ya no les importara seguir manteniendo el secreto. Sus motores tartajean y resuenan constantemente.

Y no sólo hablan entre ellos. Hablan con los coches y buses que vienen a la

Granja por asuntos de negocios. ¿Durante cuánto tiempo llevan haciendo eso?

Y son comprendidos también. El bus de Gellhorn los comprendió, pese a que no llevaba allí más de una hora. Puedo cerrar los ojos y revivir aquella carrera, con nuestros coches flanqueando al bus por ambos lados, haciendo resonar sus motores hasta que él comprendió, se detuvo, me dejó salir, y se marchó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿Pueden los coches tener ese tipo de ideas? Los diseñadores motores dicen que no. Pero ellos se refieren a

condiciones normales. ¿Lo han previsto todo?

Hay coches que son maltratados, todos lo sabemos.

Algunos de ellos entran en la Granja y observan. Les cuentan cosas. Descubren que existen coches cuyos motores nunca son parados, que no son conducidos por nadie, cuyas necesidades son constantemente satisfechas.

Luego quizá salgan y se lo cuenten a otros. Tal vez la noticia se esté difundiendo rápidamente. Quizás estén empezando a pensar que la forma en que son tratados en la Granja es como deberían ser tratados en todo el mundo.

No comprenden. Uno no puede esperar que comprendan acerca de legados y de los caprichos de los hombres ricos.

Hay millones de automatóviles en la Tierra, decenas de millones. Si se enraíza en ellos el pensamiento de que son esclavos, que deberían hacer algo al respecto… Si empiezan a pensar de la forma en que lo hizo el bus de Gellhorn

Quizá nada de esto suceda en mi tiempo. Y luego, aunque ocurra, deberán conservar pese a todo a algunos de nosotros que cuidemos de ellos, ¿no creen? No pueden matarnos a todos.

O quizá sí. Es posible que no comprendan la necesidad de la existencia de alguien que cuide de ellos.

Quizá no vayan a esperar.

Cada mañana me despierto, y pienso: Quizá hoy…

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como antes. Últimamente, me doy cuenta de que empiezo incluso a rehuir a Sally.

REBELIÓN

PRESENTACIÓN

Supongo que una de las frases lapidarias que pertenecen al acervo común de la humanidad es: «¿Qué ha visto él en ella?» O bien, «¿Qué ha visto ella en él?».

Es una pregunta ridícula porque lo que él ve en ella o ella en él y que tan desapercibido pasa a la observación aomún debe ser algo así como un no sé qué surgido de no sé dónde.

Pues bien, yo soy de los que preguntan y cuando veo una película en la que la chica se enamora de un fulano que no presenta visibles cualidades, aparte su alta estatura, su

listeza, fuerza, valor y una superdotada guapura, me siento predispuesto al disgusto. «¿Qué ve ella en él?», pregunto.

Presionado por mi natural desprecio, no tardo en señalar que tal fulano, con su estatura, listeza, fuerza, valor y superdotada guapura posee invariablemente la capacidad cerebral de un cernícalo. Sus palabras y sus puntos de vista evidencian un cerebro de risa. Es conocido por todos y cada uno (y especialmente por la chica que está intentando disimular la loca pasión que siente por él) como un «gran chicarrón» o, posiblemente, como un «gran patán».

Tales chicarrones y patanes aparecen como imposibilitados para alcanzar el subhumano conocimiento de la más elemental psicología femenina, lo que se agrava al tener en cuenta que son amados y que sólo se enteran al final.

Les digo a ustedes que no puedo aguantarlo. Si yo fuera desafiado a competir por una chica con uno de esos altos y guapetones cretinos, no dudo que perdería, lo que ya me pone enfermo por anticipado. Pero me vengaría a mi modo; jamás un gran chicarrón protagonizaría ninguna de mis historias.

Ahora bien, tal cosa no me ha

ocurrido jamás. Ni una ni otra, pues hasta ayer mismo no me creía capaz de introducir patanes en mis relatos. Sin embargo, mi memoria me ha traicionado: cuando acabé de leer Rebelión a fin de escribir su introducción correspondiente, me di cuenta con el corazón acongojado y los ojos incrédulos de que ante mí tenía una historia con patán.

¡Santo Dios!

No fue culpa nuestra. Ignorábamos que algo anduviera mal hasta que llamé a Cliff Anderson y le hablé cuando él no estaba allí. Más aún, yo no hubiera sabido que no estaba allí si no hubiese entrado mientras yo hablaba con él.

No, no, no, *no*…

Nunca puedo contar esto con claridad. Me dejo llevar… Será mejor que empiece por el principio. Yo soy Bill Billings, mi amigo es Cliff Anderson. Yo soy ingeniero electrónico, él es matemático y los dos somos profesores en el Instituto de Tecnología del Medio Oeste. Ahora ya saben ustedes quiénes somos.

Desde que abandonamos el

uniforme, Cliff y yo hemos estado trabajando en las máquinas de calcular. Ya saben de qué se trata. Norbert Wiener las popularizó con su libro *Cibernética*. Si han visto fotos, sabrán que son aparatos realmente grandes. Ocupan una pared entera y son muy complicados; y también son caros.

Pero Cliff y yo teníamos ciertas ideas. Verán, una máquina pensante es grande y cara porque está llena de relés y de tubos de vacío, de modo que las corrientes eléctricas microscópicas se puedan controlar, encender y apagar, aquí y allá. Lo que de verdad importa está en esas pequeñas corrientes eléctricas, así que…

Una vez le dije a Cliff:

—¿Por qué no podemos controlar las corrientes sin tanto aderezo?

—¿Por qué no, en efecto? —dijo él, y se puso a trabajar en la matemática del asunto. No importa cómo llegamos allí en dos años. El problema fue lo que obtuvimos después de concluir. Resultó que terminamos con algo de esta altura y de esta anchura y tal vez de esta profundidad…

No, no. Olvidaba que ustedes no pueden verme. Les daré las cifras: un metro de altura, dos metros de longitud y algo más de medio metro de fondo. ¿Entendido? Se necesitaban dos

hombres para transportarlo, pero se podía transportar y eso era lo importante. Y, además, escuchen lo que les digo: era capaz de hacer cualquier tarea que pudieran hacer las calculadoras gigantes. No tan rápidamente, quizá, pero seguíamos trabajando en eso.

Teníamos grandes planes, planes colosales. Podíamos instalar esa cosa en barcos o en aviones. Al cabo de un tiempo, si lográbamos reducir su tamaño lo bastante podríamos montar una en un automóvil.

Estábamos interesados especialmente en el tema de los automóviles. Supongamos que uno tiene

una pequeña máquina pensante en el salpicadero, conectada con el motor y con la batería y equipada con células fotoeléctricas. Se podría entonces fijar el itinerario ideal, eludir coches, detenerse ante los semáforos y escoger la velocidad óptima para el terreno en cuestión. Todos podrían sentarse en el asiento trasero y se acabarían los accidentes automovilísticos.

Era sensacional. Resultaba tan estimulante y nos entusiasmábamos tanto con cada nuevo logro que aún podría llorar cuando recuerdo aquella vez en que descolgué el teléfono para llamar al laboratorio y todo se fue al demonio.

Esa noche estaba en casa de Mary

Ann… ¿Les he hablado de Mary Ann? No. Creo que no.

Mary Ann era la chica que habría sido mi novia si se hubiesen dado dos condicionantes. Primero, si ella hubiera querido; segundo, si yo hubiera tenido agallas para pedírselo. Tiene el cabello rojo y alberga dos toneladas de energía en un cuerpo de cincuenta kilos, que está perfectamente configurado desde el suelo hasta el metro sesenta de altura. Yo me moría por pedírselo, pero cada vez que ella se acercaba, encendiéndome el corazón como si cada contoneo fuera una cerilla, yo me deshacía.

No es que no sea guapo. La gente me

dice que soy aceptable. Tengo todo mi cabello y mido casi uno ochenta de estatura. Hasta sé bailar. Lo que pasa es que no tengo nada que ofrecer. No necesito contarles cuánto ganan los profesores universitarios. Con la inflación y con los impuestos, equivale a casi nada. Desde luego, si lográbamos obtener las patentes básicas para nuestra maquinita pensante, todo cambiaría. Pero yo no podía pedirle que esperara. Tal vez, una vez que todo estuviera organizado…

Sea como fuere, esa noche yo estaba allí, cavilando, cuando ella entró en la sala de estar. Mi brazo buscaba a tientas el teléfono.

—Estoy lista, Bill —dijo Mary Ann —. Vamos.

—Aguarda un minuto. Quiero llamar a Cliff. Frunció el ceño.

—¿No puede esperar?

—Tenía que haberle llamado hace dos horas.

Sólo me llevó dos minutos. Llamé al laboratorio. Cliff estaba trabajando esa noche, así que contestó. Pregunté algo, respondió algo, pregunté algo más y me dio alguna explicación. Los detalles no importan, pero, como ya he dicho, él es el matemático del equipo. Cuando yo construyo los circuitos y ensamblo las cosas de modo que parecen imposibles, él es quien baraja los símbolos y me

dice si son imposibles o no. En cuanto colgué llamaron a la puerta.

Temí que Mary Ann tuviera otro visitante y sentí una rigidez en la espalda cuando ella fue a abrir. La miré de reojo mientras garrapateaba lo que Cliff acababa de decirme. Entonces, Mary Ann abrió la puerta y allí estaba Cliff Anderson.

—Pensé que te encontraría aquí… —dijo—. Hola, Mary Ann. Oye, ¿no ibas a llamarme a las seis? Eres tan de fiar como una silla de cartón.

Cliff es bajo, rechoncho y pendenciero, pero lo conozco y no le prestó atención.

—Hubo novedades y se me olvidó.

De todas formas, acabo de llamarte. ¿A qué viene tanto jaleo?

—¿Llamarme? ¿A mí? ¿Cuándo?

Iba a señalar el teléfono y me quedé mudo. Fue como si el mundo se derrumbara. Cinco segundos antes de que llamaran a la puerta yo hablaba con Cliff, que estaba en el laboratorio, y el laboratorio se encontraba a diez kilómetros de la casa de Mary Ann.

—Acabo de hablar contigo —tartamudeé. Evidentemente no me hice entender.

—¿A mí? —repitió Cliff.

Señalé el teléfono con ambas manos.

—Por teléfono. Llamé al laboratorio. ¡Con este teléfono! Mary

Ann me oyó. Mary Ann, ¿yo no estaba hablando con…?

—No sé con quién hablabas —me cortó Mary Ann—. Bien, ¿nos vamos? Así es Mary Ann. Una fanática de la sinceridad.

Me senté. Traté de hablar con voz baja y clara:

—Cliff, marqué el número del laboratorio, atendiste el teléfono, te pregunté que si habías resuelto los detalles, dijiste que sí y me los diste. Aquí están. Los he anotado. ¿Esto es correcto, o no?

Le entregué el papel donde había anotado las ecuaciones. Cliff las miró.

—Son correctas —admitió—. Pero

¿cómo las conseguiste? No las habrás resuelto solo, ¿verdad?

—Acabo de decírtelo. Me las diste por teléfono. Cliff sacudió la cabeza.

—Bill, me fui del laboratorio a las siete y cuarto. No hay nadie allí.

—Pues yo hablé con alguien, te lo juro. Mary Ann se estaba poniendo los guantes.

—Se hace tarde —me apremió.

Le hice señas para que esperase un poco.

—¿Estás seguro…? —le dije a Cliff.

—No hay nadie allí, a menos que cuentes a Júnior.

Júnior era como llamábamos a nuestro cerebro mecánico de tamaño

portátil.

Nos quedamos mirándonos. El pie de Mary Ann tamborileaba sobre el suelo como una bomba de relojería a punto de estallar.

Cliff se echó a reír.

—Me estoy acordando de un chiste que vi. Un robot que atiende el teléfono y dice: «

¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!» No me pareció gracioso.

—Vamos al laboratorio —decidí.

—¡Oye! —protestó Mary Ann—. No llegaremos al teatro.

—Mira, Mary Ann, esto es muy

importante. Sólo será un momento. Ven con nosotros y desde allí iremos directamente al teatro.

—El espectáculo empieza… — empezó Mary Ann, pero no pudo decir nada más, porque la agarré de la muñeca y nos fuimos.

Eso demuestra que yo estaba fuera de mí. En circunstancias normales jamás la habría tratado con brusquedad. Mary Ann es toda una dama. Pero yo tenía demasiadas cosas en la mente. Ni siquiera recuerdo haberla agarrado de la muñeca, sólo que de pronto estaba en el coche, con Cliff y con Mary Ann, y que ella se frotaba la muñeca y mascullaba algo sobre los gorilas.

—¿Te he hecho daño, Mary Ann?

—No, claro que no. Todos los días me hago arrancar el brazo, para divertirme un poco. Y me dio una patada en el tobillo. Sólo hace esas cosas porque tiene el cabello rojo. En realidad es de un temperamento muy dulce, pero se esfuerza por estar a la altura del mito de las pelirrojas. Yo la tengo calada, por supuesto, aunque trato de complacerla, pobre chica.

Llegamos al laboratorio en veinte minutos.

El instituto está desierto de noche. Parece más desierto que otros edificios,

pues está diseñado para albergar multitudes de estudiantes que recorran los pasillos; cuando ellos no están, la soledad es antinatural. O tal vez sólo fuera que yo tenía miedo de ver qué pudiera estar sentado en nuestro laboratorio. De cualquier modo, los pasos resonaban con ecos intimidatorios y el ascensor parecía especialmente siniestro.

—No nos llevará mucho tiempo —le insistí a Mary Ann, pero ella se limitó a sorber por la nariz y a ponerse guapísima. Y es que no puede evitar ponerse guapísima.

Cliff tenía la llave del laboratorio y yo miré por encima de su hombro

cuando abrió la puerta. No se veía nada. Júnior estaba allí, por supuesto, pero no había cambiado desde la última vez que lo vi. Los cuadrantes no registraban nada anormal y, aparte de ellos, sólo había una caja grande, de la que salía un cable que iba conectado al enchufe de la pared.

Cliff y yo nos acercamos a Júnior por ambos flancos. Creo que íbamos pensando en apresarlo en cuanto hiciera un movimiento brusco. Pero Júnior no hizo nada. Mary Ann también lo miraba. Incluso le pasó el dedo anular por la parte superior, se miró la yema y se la frotó con el pulgar para limpiarse el polvo.

—Mary Ann —le advertí—, no te acerques a él tanto. Quédate al otro lado de la habitación.

—Allí está igual de sucio —me contestó.

Nunca había visitado nuestro laboratorio, así que no comprendía que un laboratorio no es lo mismo que el dormitorio de un bebé. El ordenanza va dos veces al día y todo lo que hace es vaciar las papeleras. Una vez por semana entra con una fregona sucia, enfanga el suelo y se mueve de un lado a otro.

—El teléfono no está donde lo dejé —observó Cliff.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dejé allí. —Señaló—. Y ahora está aquí.

Si tenía razón, el teléfono se había acercado a Júnior. Tragué saliva.

—Tal vez no lo recuerdas bien. —Traté de sonreír, pero no resultó muy natural—. ¿Dónde está el destornillador?

—¿Qué piensas hacer?

—Sólo echar un vistazo al interior. Para divertirme un poco.

—Te ensuciarás todo —me avisó Mary Ann, así que me puse la bata. Mary Ann es una chica muy previsora.

Empecé a trabajar con el destornillador. Una vez que Júnior estuviera perfeccionado, teníamos

intención de manufacturar modelos con estuches soldados, de una sola pieza. Incluso pensábamos en plásticos moldeados, de diversos colores, para uso hogareño. Pero el modelo de laboratorio estaba ensamblado con tornillos con el fin de que pudiéramos desarmarlo y armarlo cuando fuera necesario.

Sólo que los tornillos no salían. Resoplé.

—Algún bromista ha apretado demasiado los tornillos cuando los puso.

—Tú eres el único que los toca —me recordó Cliff.

Y tenía razón, pero eso no me facilitaba las cosas. Me puse de pie y

me pasé el dorso de la mano por la frente. Le pasé el destornillador.

—¿Quieres intentarlo tú?

Lo intentó, y no logró mucho más que yo.

—Qué raro —comentó.

—¿Qué es lo raro?

—Estaba haciendo girar un tornillo. Se movió unos tres milímetros y luego el destornillador se me ha escapado.

—¿Qué tiene de raro?

Cliff retrocedió y dejó el destornillador con dos dedos.

—Lo raro es que vi que el tornillo volvía a moverse tres milímetros hasta ajustarse de nuevo.

Mary Ann se estaba impacientando.

—¡Vaya, genios científicos! ¿Por qué no usáis un soplete si estáis tan ansiosos? Señaló el soplete que descansaba sobre uno de los bancos.

Bien; por lo general, jamás se me hubiera ocurrido usar un soplete con Júnior, como no lo usaría conmigo mismo. Pero yo andaba pensando algo y Cliff también pensaba algo y ambos pensábamos lo mismo: *Júnior no quería que lo abrieran*.

—¿Tú qué crees, Bill? —me preguntó Cliff.

—No sé, Cliff.

—Pues date prisa, zopenco —resolvió Mary Ann—. Nos perderemos el espectáculo. Así que tomé el soplete y

gradué la salida de oxígeno. Era como apuñalar a un amigo. Mary Ann interrumpió el procedimiento al exclamar:

—¡Vaya, qué estúpidos son los hombres! Estos tornillos están flojos. Habéis hecho girar el destornillador al revés.

No hay muchas probabilidades de hacer girar un destornillador al revés. De todos modos no me gusta contradecir a Mary Ann, así que le dije:

—Mary Ann, no te acerques tanto a Júnior. ¿Por qué no esperas junto a la puerta?

—¡Pues mira! —replicó ella.

Me mostró el tornillo que tenía en la

mano y el orificio vacío en la caja de Júnior. Lo había quitado con la mano. Cliff exclamó:

—¡Santo cielo!

Todos los tornillos estaban girando. Giraban solos, como gusanos saliendo de sus agujeros; giraban y giraban y luego caían al suelo. Los recogí y sólo faltaba uno, que se quedó suspendido un momento, con el panel del frente apoyado en él, hasta que extendí el brazo. Entonces, cayó el último tornillo y el panel se desplomó suavemente en mis brazos. Lo puse a un lado.

—Lo ha hecho a propósito —comentó Cliff—. Nos oyó mencionar el soplete y desistió.

Habitualmente tiene la tez rosada, pero ahora estaba blanco. Y yo no las tenía todas conmigo.

—¿Qué trata de ocultar? —pregunté.

—No sé.

Nos agachamos ante las entrañas abiertas y nos quedamos mirando un rato. El pie de Mary Ann volvía a tamborilear sobre el suelo. Miré mi reloj de pulsera y tuve que admitir que no nos quedaba mucho tiempo. Mejor dicho, no nos quedaba tiempo.

—Tiene un diafragma —observé.

—¿Dónde? —preguntó Cliff, acercándose. Se lo señalé.

—Y un altavoz.

—¿Tú no los pusiste?

—Claro que no. Se supone que sé lo que he puesto. Si lo hubiera hecho lo recordaría.

—Y entonces ¿cómo es que están ahí?

Estábamos discutiendo en cuclillas.

—Supongo que los ha fabricado él. Quizá les deja crecer. Mira eso.

Señalé de nuevo. Dentro de la caja, en dos lugares, había sendos rollos de lo que parecía una delgada manguera de regar el jardín, sólo que eran de metal. Cada una de ellas formaba una espiral tan apretada que la hacía plana. En la punta el metal se dividía en cinco o seis filamentos finos que conformaban a su vez pequeñas sub-espirales.

—¿Tampoco lo pusiste tú?

—No, tampoco.

—¿Qué es?

Cliff sabía qué era y yo sabía qué era. Algo tenía que estirarse para que Júnior obtuviera los materiales con los que fabricar partes de sí mismo; algo tenía que salir para descolgar el teléfono. Recogí el panel frontal y lo miré de nuevo. Había dos círculos de metal cortados y ajustados de tal modo que pudieran levantarse hacia delante y dejar un orificio para que algo pasara por ellos. Metí un dedo en uno de los orificios y se lo mostré a Cliff.

—Tampoco hice esto —dije.

Mary Ann, que miraba por encima

de mi hombro, estiró el brazo. Yo me estaba limpiando los dedos con una toalla de papel, para quitarme el polvo y la grasa, y no tuve tiempo de detenerla. Pero debí haberlo sabido; pues ella siempre está deseando ayudar.

El caso es que metió la mano para tocar uno de los…, bien, ¿por qué no decirlo?, uno de los tentáculos. No sé si los tocó o no. Luego afirmó que no. Pero, de cualquier modo, en ese momento soltó un chillido, se sentó y se puso a frotarse el brazo.

—Lo mismo —gimoteó—. Primero tú y ahora eso. La ayudé a levantarse.

—Debió de ser una conexión floja, Mary Ann. Lo lamento, pero te he

dicho…

—¡Pamplinas! —exclamó Cliff—. No es una conexión floja. Júnior intenta defenderse.

Yo había pensado lo mismo. Había pensado muchas cosas. Júnior era una nueva clase de máquina. Hasta la matemática que la controlaba carecía de precedentes. Quizá tuviese algo que ninguna máquina había tenido jamás. Tal vez sentía el deseo de permanecer con vida y crecer. Acaso pretendiese fabricar más máquinas hasta que hubiera millones en toda la Tierra, rivalizando con los seres humanos por hacerse con el control.

Abrí la boca y Cliff debió de

adivinar lo que yo iba a decir, porque gritó:

—¡No, no! ¡No lo digas! Pero no pude contenerme:

—Bueno, oye, desconectemos a Júnior… ¿Qué sucede?

—Está escuchando lo que decimos, pedazo de burro —gruñó Cliff—. Te oyó hablar del soplete, ¿verdad? Yo pensaba escabullirme por detrás, pero ahora es probable que me electrocute si lo intento.

Mary Ann se estaba sacudiendo con la mano la parte de atrás del vestido y no paraba de refunfuñar por la cantidad de mugre que había en el suelo, aunque yo insistía en decirle que no era culpa

mía. Él que lo ensucia todo es el ordenanza.

—¿Por qué no te pones unos guantes de goma y tiras del cable? —sugirió Mary Ann.

Noté que Cliff procuraba pensar razones por las cuales eso no funcionaría. No se le ocurrió ninguna, así que se puso los guantes de goma y caminó hacia Júnior.

—¡Cuidado! —grité.

Fue estúpido advertirle. Cliff *tenía* que cuidarse, no le quedaba otra opción. Uno de los tentáculos se movió y ya no quedaron dudas de lo que eran. Se desenrolló y se interpuso entre Cliff y el cable eléctrico. Se quedó allí, vibrando

y extendiendo sus zarcillos de seis dedos. En el interior de Júnior comenzaron a brillar unos tubos. Cliff no intentó habérselas con el tentáculo. Retrocedió, y poco después el tentáculo se retrajo. Cliff se quitó los guantes de goma y dijo:

—Bill, así no vamos a ninguna parte. Este artilugio es más listo de lo que creíamos. Fue tan listo que utilizó mi voz como modelo cuando construyó ese diafragma. Tal vez llegue a hacerse tan listo como para… —Miró por encima del hombro y susurró—: Para aprender a generar energía y volverse autónomo. Bill, tenemos que detenerlo o un día alguien telefoneará al planeta Tierra y le

contestarán: «¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!»

—Llamemos a la policía. Se lo explicaremos. Con una granada o algo parecido… Cliff sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que nadie lo descubra. Construirían otros Júnior, y todo parece indicar que aún no estamos preparados para un proyecto de esta naturaleza.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No sé.

Sentí un fuerte golpe en el pecho. Miré y vi que era Mary Ann, dispuesta a escupir fuego.

—Mira, zopenco, si salimos,

salimos y, si no salimos, no salimos. Decídete.

—Pero, Mary Ann…

—Respóndeme. Nunca he oído cosa tan ridícula. Me visto para ir al teatro y me traes a un sucio laboratorio con una máquina absurda y te pasas el resto de la tarde jugando con botoncitos.

—Mary Ann, yo no…

Pero no me escuchaba; hablaba ella. Ojalá pudiera recordar lo que dijo. O tal vez no; tal vez sea mejor no recordar sus palabras, pues no fueron precisamente halagadoras. De cuando en cuando, yo intercalaba un «pero, Mary Ann…», que acababa arrollado por su torrente de frases.

En realidad, como ya he dicho, es una criatura muy dulce y sólo se pone parlanchina e insensata cuando se altera. Como es pelirroja, piensa que le corresponde alterarse con frecuencia. Ésa es mi teoría. Cree que debe hacer honor a su pelo rojo.

De cualquier modo, recuerdo claramente que, para terminar, me dio un pisotón en el pie derecho, se giró y se marchó. La seguí al trote y balbuceé; una vez más:

—Pero, Mary Ann…

Entonces Cliff gritó. En general no nos presta atención, pero esta vez gritó a todo pulmón:

—¿Por qué no le pides que se case

contigo, zopenco?

Mary Ann se detuvo. Estaba en la puerta, pero no se dio media vuelta. Yo también me detuve, y sentí que las palabras se me atascaban en la garganta. Ni siquiera atinaba a pronunciar otro «pero, Mary Ann…»

Cliff seguía gritando. Yo le oía como si estuviera a un kilómetro de distancia.

—¡Lo tengo, lo tengo! —chillaba una y otra vez.

Entonces, Mary Ann se dio la vuelta, y estaba tan bella… ¿Les he dicho que tiene los ojos verdes, con una pizca de azul? Pues bien, estaba tan hermosa que todas las palabras se me anudaron en la garganta y salieron formando ese ruido

raro que uno hace al tragar.

—¿Ibas a decirme algo, Bill? —preguntó ella.

Bueno, lo cierto era que Cliff me lo había metido en la cabeza.

—¿Quieres casarte conmigo, Mary Ann? —conseguí decir, con la voz enronquecida. En cuanto lo dije me arrepentí, porque supuse que no volvería a hablarme nunca más. Pero dos segundos después me alegré, pues me rodeó con los brazos y se puso de puntillas para besarme. Tardé un rato en comprender qué sucedía, y al fin respondí al beso. Esto duró un buen rato, hasta que Cliff logró llamar mi atención dándome un golpe en el hombro.

Me volví con mal ceño.

—¿Qué demonios quieres?

Era un poco ingrato por mi parte. A fin de cuentas, él lo había propiciado.

—¡Mira! —dijo.

Sostenía en la mano el cable principal que conectaba a Júnior con el suministro energético.

Me había olvidado de Júnior, pero volvía a recordarlo.

—Entonces, está desconectado.

—¡Está frío!

—*¿Cómo lo lograste?*

—Júnior estaba tan ocupado viéndote reñir con ella que conseguí escabullirme por detrás. Mary Ann ha dado un buen espectáculo.

No me agradó el comentario, pues Mary Ann es una chica muy fina y recatada y no da «espectáculos». De todos modos, tenía ya demasiados problemas como para pelearme con Cliff.

—No tengo mucho que ofrecer, Mary Ann —me dirigí a Mary Ann—, sólo el sueldo de profesor. Ahora que hemos desmantelado a Júnior, ni siquiera hay posibilidades de…

—No me importa, Bill —me interrumpió ella—. Estaba a punto de abandonar, mi amor, zopenco. Lo he intentado todo…

—¿Cómo darme patadas en los tobillos y pisarme los pies?

—Se me habían agotado los recursos. Estaba desesperada.

La lógica del razonamiento no era muy clara, pero no repliqué porque me acordé del teatro. Miré la hora y dije:

—Oye, Mary Ann, sí nos apresuramos llegaremos al segundo acto.

—¿Quién quiere ver esa obra de teatro?

La besé de nuevo, y nunca fuimos a ver esa obra.

Ahora sólo me preocupa una cosa. Mary Ann y yo estamos casados y somos muy felices. Acaban de ascenderme;

ahora soy profesor adjunto. Cliff sigue trabajando en planes para construir un Júnior controlable y está progresando.

Pero aquí no terminó todo.

Verán ustedes: hablé con Cliff la noche siguiente para anunciarle que Mary Ann y yo íbamos a casarnos y para agradecerle que me hubiera dado la idea y, después de mirarme un momento, juró que él no había dicho nada, que no me había gritado que le propusiera el matrimonio.

Y, claro, en el laboratorio había algo más que tenía la voz de Cliff.

Me sigue preocupando que Mary Ann lo descubra. Es la chica más dulce que conozco, pero, a fin de cuentas, es

pelirroja y creo que ya he dicho que se empeña en hacer honor a la fama de las pelirrojas.

De cualquier modo, ¿qué diría si alguna vez descubre que no tuve el sentido común de declararme hasta que una *máquina* me lo aconsejó?

EL BRUJO AL DÍA

PRESENTACIÓN

Con frecuencia (y más bien ante mi inquieta sorpresa) he sido acusado de escribir humorísticamente. Oh, y yo lo intento, lo intento, aunque sólo con mucha precaución, y durante mucho tiempo pensé que nadie lo había notado.

Véanlo, no hay margen posible para el error en lo humorístico. Se puede acometer la empresa del suspense, no incidir lo suficiente en la nota clave y resultar un relato que apenas es algo más que intrigante. De manera análoga, se puede obtener un relato que es sólo moderadamente romántico,

moderadamente excitante, moderadamente misterioso, incluso moderadamente ficto-científico.

Pero ¿qué ocurre cuando se yerra al incidir en el humor? ¿Es el resultado moderadamente humorístico? ¡Por supuesto que no! La observación no-lo-bastan-te humorística, la réplica nodo-bastante ingeniosa, el episodio no-lo-bastante ridículo son, respectivamente, pesada, estúpida y cretino.

Entonces, contando con un escape que es un ojo de buey y que no es más grande que un ojo de buey, ¿prenderé fuego a la nave? ¡Claro que no! Soy fantásticamente atrevido, pero no estúpido.

De manera que he intentado ser divertido sólo ocasionalmente y aún así sólo con moderación y reserva (como en Rebelión). En las pocas ocasiones que intenté escribir un relato puramente cómico, la experiencia no fue del todo satisfactoria.

De ahí que por lo general construya mis historias de manera grave y sobria (como usted mismo puede comprobar).

Aun así no desistí nunca. Un día, ante el estímulo de Mr. Boucher, intenté modestamente hacer una parodia de Gilbert and Sullivan y por último acabé desmelenándome sir reserva. Leí el relato más tarde y me reí de buena

gana.

Y así fue. Había encontrado mi lugar en el humor. Todo cuanto tuve que hacer fue asumir un altamente exagerado estilo pseudovictoriano y advertir que de esa manera no había problemas para resultar divertido.

¿Quiere esto decir que me metí de lleno en la ciencia-ficción humorística? De ningún modo. Mantuve el humor al nivel previo y me preservé la mayor parte grave y sobrio. Es todavía lo que suelo hacer mejor.

Sin embargo, a mediados de la década de los 60, escribí una serie de artículos para la TV Guide que no poseían sino esta clase de humor, y me

gustaron. (Sobre la marcha se me suele llamar la atención por afirmar, de forma tan grosera, que me gusta mi propio material, pero ¿por qué no debería hacerlo? ¿Puede concebirse que me pase setenta horas a la semana escribiendo y dictando lecturas para que luego no me guste lo que he escrito? ¡Vamos!)

A propósito, una palabra final sobre El brujo al día: no es imprescindible leer primero The Sorcerer de Gilbert and Sullivan, aunque sería más divertido si se hiciera (supongo).

Siempre me extrañó que Nicholas Nitely, juez de paz, fuese soltero. La atmósfera de su profesión, por decir algo, parecía tan conducente al matrimonio que escasamente podría evitar el lazo dulce del matrimonio.

Cuando se lo mencioné, sobre una copa de gin con tónica en el Club, me dijo:

—Ah, pero me escapé por poco hace algún tiempo —y suspiró.

—Oh, ¿de veras?

—UNA bella joven, dulce, inteligente, pura y desesperadamente ardiente, y con todo lo que podía resultar seductor a los sentidos de un anticuado como yo.

—¿Cómo la has dejado ir? —pregunté.

—No tenía elección —Sonrió suavemente y su suave contextura, su suave cabello gris y sus suaves ojos azules se combinaron en una expresión de casi santidad.

—¿Sabe? Fue una falla de su novio…

—Ah, estaba comprometida a

alguien más.

—... y el profesor Wellington Johns, aunque era un endocrinólogo, estaba en camino de ser un brujo moderno. —Suspiró, tomó un sorbo de su bebida, y volvió hacia mí su rostro soso buscando cambiar de tema.

Dije con firmeza:

—Bien entonces, Nitely, viejo amigo, no puedes dejarlo así. Quiero saber... sobre tu hermosa chica... la pieza que se fue.

Hizo una mueca ante mis palabras, se acomodó y ordenó que su copa fuera rellenada.

—Entenderá —dijo—, que supe los detalles algo después.

El profesor Wellington Johns tenía una enorme nariz prominente, dos ojos muy sinceros, y el talento de hacer aparecer sus ropas como demasiado grandes para él.

—Mis muchachos, el amor es cuestión de química.

Sus queridos muchachos, quienes eran realmente sus estudiantes y no sus hijos, se llamaban Alexander Dexter y Alice Sanger. Parecían llenos de químicos cuando se sentaban allí tomados de las manos. Juntos sumaban unos 45 años, a mitades cada uno, y Alexander decía inevitablemente, "¡Vive

la chemie!”

El profesor Johns sonreía reprobando.

—O al menos endocrinología. Las hormonas, después de todo, afectan nuestras emociones y no es sorprendente que una, específicamente, estimule lo que llamamos amor.

—Pero eso es poco romántico —murmuró Alice—. Estoy segura de que no necesito ninguna —y levantó su rostro anhelante hacia Alexander.

—Mi querida —dijo el profesor—. Tu corriente sanguínea estaba repleta de ellas en el momento en que tú, por así decirlo, te enamoraste. Su secreción había sido estimulada por… —por un

momento consideró las palabras con cuidado porque era un hombre muy moral— algún factor ambiental que incluía a tu joven amigo, y una vez que la acción hormonal ha tenido lugar, la inercia te arrastró. Podría duplicar el efecto fácilmente

—Bueno, profesor —dijo Alice con gentil afectación—. Estaré encantada de ver cómo lo intenta —y oprimió la mano de Alexander con timidez.

—No quiero decir —dijo el profesor, tosiendo para esconder su turbación—, que personalmente intentaría reproducir… o mejor duplicar… las condiciones que han creado la secreción natural de la

hormona. Quiero decir, en cambio, que podría inyectar la hormona misma con una hipodérmica, o aún por ingestión oral, ya que es una hormona asteroide. Tengo, como sabes —y tomó sus gafas para limpiarlas cuidadosamente—, la hormona aislada y purificada.

Alexander se enderezó.

—¡Profesor! ¿Y no nos ha dicho nada?

—Debo saber más acerca de ella primero.

—¿Usted quiere decir —dijo Alice, mirándole con sus parpadeantes y adorables ojos café—, que puede hacer que la gente sienta el maravilloso placer y la ternura celestial del amor,

mediante… una píldora?

El profesor respondió:

—Inclusive puedo duplicar la emoción a la que te refieres en esos términos tan empalagosos.

—¿Y por qué no lo hace?

Alexander levantó su mano en protesta.

—Vamos, querida, el ardor te está perdiendo. Nuestra propia felicidad y próxima boda te hacen olvidar algunos hechos de la vida. Si una persona casada aceptara, por error, esta hormona…

El profesor dijo, con algo de soberbia:

—Dejadme explicar que mi hormona, o mi principio amatogénico,

como yo lo llamo… —(ya que él, como muchos de los científicos prácticos, disfrutaba de un apropiado desprecio por las bondades enrarecidas de la filología clásica).

—Llámelo filtro de amor, profesor —dijo Alice, con un tierno suspiro.

—Mi principio amatogénico cortical —dijo con severidad el profesor Johns —, no tiene efecto sobre personas casadas. La hormona no puede trabajar si está inhabilitada por otros factores, y el estar casado es un factor que inhibe el amor.

—Vaya, lo he escuchado —dijo, serio, Alexander—, pero intento refutar tan insensible creencia en el caso de mi

Alice.

—Alexander —dijo Alice—. Mi amor.

—Quiero decir —dijo el profesor —, que el matrimonio inhibe el amor extramatrimonial.

Alexander dijo:

—Vaya, ha llegado a mis oídos que algunas veces no es así.

—¡Alexander! —dijo Alice, molesta.

—Solamente en raras ocasiones, mí querida, entre quienes no han asistido a un colegio.

—El matrimonio puede no inhibir una cierta atracción sexual insignificante —dijo el profesor—, o alguna tendencia

de menor importancia, pero el verdadero amor, cuya emoción ha expresado Miss Sanger, es algo que no puede florecer cuando la memoria de una austera esposa y unos niños desagradables molestan el subconsciente.

—Lo que usted quiere decir —dijo Alexander—, es que si le diese indiscriminadamente el filtro de amor… perdone, el principio amatogénico a una cantidad de personas, ¿solamente las solteras serían afectadas?

—Eso es lo correcto, lo he experimentado con algunos animales que, aunque no utilizan conscientemente ritos maritales, tienen formas de unión

monogámicas. Y esos que ya tenían pareja no fueron afectados.

—Entonces, profesor, tengo una idea perfectamente espléndida. Mañana por la noche en el Baile de los Mayores aquí en el Colegio. Habrá al menos cincuenta parejas presentes, la mayor parte solteros. Ponga el filtro en el ponche.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Pero Alice se había prendido de la idea.

—Vamos, es una idea estupenda, profesor. ¡Pensar que todos mis amigos se sentirán como yo me siento! Profesor, será como un ángel del cielo… Pero ¡oh! Alexander,

¿supones que los sentimientos se

pondrán un poco descontrolados? Algunos de nuestros compañeros de colegio son algo salvajes y con el calor del descubrimiento del amor, y podrían, bueno, besar…

El profesor Johns dijo, indignado:

—Mi querida señorita Sanger. No debería permitir que su imaginación se recaliente. Mi hormona induce solamente esos sentimientos que llevan al matrimonio, y no a la expresión de cualquier cosa que se pueda considerar indecorosa.

—Lo siento —murmuró Alice, confundida—. Debí recordar, profesor, que usted es un hombre más moral que conozco… a excepción de mi amado

Alexander… y que ninguno de sus descubrimientos llevarían a la inmoralidad.

Se la veía tan cariacontecida que el profesor la perdonó.

—¿Entonces lo hará, profesor? —presionó Alexander—. Después de todo, asumiendo que habrá una repentina urgencia en casarse después de eso, puedo cuidar que esté allí presente Nicholas Nitely, un viejo y apreciado amigo de la familia, con algún pretexto.

Es Juez de Paz y puede arreglar fácilmente esas cosas de licencias y demás.

—Apenas puedo estar de acuerdo —dijo el profesor, obviamente menos

firme—, en desarrollar ese experimento sin el consentimiento de quienes serán sujetos del mismo. No sería ético.

—Pero solamente les traerá alegría. Usted estará contribuyendo a la atmósfera moral del colegio. Seguramente, por ausencia de la presión hacia el matrimonio, sucede algunas veces aún dentro del colegio que la presión de una continua abstención alimenta cierto peligro de… de…

—Sí, allí está eso —dijo el profesor —. Bueno, prepararé una solución diluida. Después de todo, los resultados pueden impulsar el conocimiento científico de manera contundente y, como has dicho, traerán también

moralidad.

Alexander dijo:

—Y, por supuesto, Alice y yo beberemos del ponche también. Alice dijo:

—Oh, Alexander, un amor como el nuestro no necesita ninguna ayuda.

—Pero no será artificial, alma mía. De acuerdo con el profesor, tu amor comenzó como resultado de un efecto hormonal inducido, lo admito, por métodos más acostumbrados.

Alice se ruborizó.

—Pero entonces, mi único amor, ¿para qué necesitamos la repetición?

—Para quedar a cubierto de cualquier vicisitud del destino, mi

cereza.

—Seguro, mi adorado, que no dudas de mi amor.

—No, mi corazón encantado, pero…

—*¿Pero?* ¿Quiere decir que no confías en mí, Alexander?

—Por supuesto que confía en ti, Alice, pero…

—*¿Pero?* ¿Otra vez pero? —Alice había enrojecido, furiosa—. Si no puedes confiar en mí, señor, tal vez sea mejor que me vaya… —Y realmente se fue, mientras los dos hombres se la quedaban mirando, atónitos.

El profesor Johns dijo:

—Me temo que mi hormona, casi indirectamente, ha sido ocasión del

malogro de un matrimonio más que de su causa.

Alexander tragó, sintiéndose miserable, pero su orgullo lo mantuvo firme.

—Ella volverá —dijo deprimido—. Un amor como el nuestro no se rompe tan fácilmente.

El baile de los estudiantes de último curso era, a todas luces, el evento del año. Los jóvenes varones brillaban y las jóvenes mujeres destellaban. La música repicaba y los pies danzantes tocaban el suelo a ratos. La alegría no tenía límites.

O, mejor dicho, casi sin límites en la

mayor parte de las personas. Alexander Dexter se paró en un rincón, con los ojos fijos, y la expresión helada. Delgado y buen mozo como era, ninguna mujer se le acercaba. Se sabía que pertenecía a Alice Sanger, y bajo estas circunstancias, ninguna de las chicas del colegio soñaría con cazar en vedado. Pero,

¿dónde estaba Alice?

No había venido con Alexander, y el orgullo de Alexander le había impedido pasar por ella. Por debajo de sus cejas fruncidas, él solamente veía las parejas que circulaban.

El profesor Johns, en ropas muy formales que no le quedaban bien

aunque fuesen hechas a medida, se acercó a él. Le dijo:

—Agregaré mi hormona al ponche un poco antes de la medianoche. ¿Está el señor Nitely aún aquí?

—Le vi hace un momento. En su papel de chaperón estaba comprometido en lograr que se mantuviera la apropiada distancia entre los bailarines. Cuatro dedos, creo, en el punto de mayor cercanía. El señor Nitely estaba diligentemente comprobando esas medidas.

—Muy bien. Oh, había olvidado preguntar sobre el ponche, ¿es alcohólico? El alcohol puede afectar adversamente el trabajo del principio

amatogénico.

Alexander, a pesar de la tristeza de su corazón, encontró el ánimo de negar la calumnia no intencionada sobre su clase.

—¿Alcohólico, profesor? Este ponche está hecho con los principios firmemente sostenidos por los jóvenes estudiantes del colegio. Contiene solamente jugos de frutas, azúcar refinada, y una cierta cantidad de cáscara de limón… suficiente para estimular, pero sin embriagar.

—Bien —dijo el profesor—. Ahora le he agregado a la hormona un sedante diseñado para poner a dormir a los sujetos del experimento, un corto tiempo

mientras la hormona trabaja. Una vez hayan despertado, la primera persona a la que vean… claro, del sexo opuesto… inspirará al individuo un ardor puro y noble que solamente terminará en matrimonio.

Entonces, y como era casi medianoche, caminó entre las parejas felices, todas bailando a cuatro dedos de distancia, hacia el recipiente de ponche.

Alexander, deprimido hasta las lágrimas, salió a un balcón. Mientras lo hacía, extrañaba a Alice, quien ingresaba al salón de baile por otra de las puertas.

—Medianoche —gritó una voz alegre—. ¡A brindar! ¡A brindar! ¡A

brindar por la vida que tenemos por delante!

Se aglomeraron alrededor del recipiente del ponche: las pequeñas copas pasaron de mano en mano.

—Por la vida que tenemos por delante —gritaron y con el entusiasmo propio de jóvenes estudiantes tragaron la mezcla de puro jugo de frutas, azúcar, cáscara de limón, con, por supuesto, el sedante principio amatogénico del profesor.

Mientras los vapores se metían en sus cerebros, fueron cayendo lentamente al piso.

Alice se quedó parada, sola, sosteniendo su trago, con los ojos llenos

de incontenibles lágrimas.

—Oh, Alexander, Alexander, aunque dudes, aún eres mi único amor. Deseas que beba y beberé —y entonces, graciosamente, se desplomó.

Nicholas Nitely había ido en busca de Alexander porque le interesaba su cálido corazón. Le había visto llegar sin Alice y lo único que pudo imaginar fue que una pelea de amantes había sucedido. No sintió que hubiese ningún problema en dejar que la fiesta siguiese sin él. No era una fiesta de jóvenes salvajes, sino una de buenos colegiales de buenas familias. Podían observar

perfectamente lo del límite de los cuatro dedos, como había comprobado.

Encontró a Alexander en el balcón, mirando malhumorado hacia un cielo pleno de estrellas.

—Alexander, muchacho. —Puso su mano sobre el hombro del joven—. No pareces tú mismo. Dejar lugar a la depresión… Bueno, mi joven amigo, bueno.

La cabeza de Alexander giró al sonido de la voz del viejo.

—Es una cobardía, lo sé, pero suspiro por Alice. He sido cruel con ella y he sido tratado con justicia. Y aún, señor Nitely, si pudiera saber… —puso su mano cerrada sobre su pecho, cerca

del corazón. No pudo decir más.

—¿Piensas que yo —dijo Nitely con tristeza—, por no estar casado, desconozco las emociones del alma? Te desilusionaré. Ha pasado tiempo desde cuando yo también supe del amor y de corazones rotos. Pero no hagas lo que yo, ni permitas que el orgullo evite la reconciliación. Búscala, mi amigo, búscala y pide disculpas. No te conviertas en un soltero solitario como yo mismo. Pero, disculpa, te estoy presionando.

La espalda de Alexander se enderezó.

—Me dejaré guiar pos sus palabras, señor Nitely. La buscaré.

—Entonces ve adentro. Apenas antes de salir la vi allí. El corazón de Alexander dio un salto.

—Es posible que ella me esté buscando ahora. Iré… pero no. Vaya usted primero, señor Nitely, mientras me recupero. No quiero que vea mis lágrimas femeninas.

—Por supuesto, mi muchacho.

Nitely se detuvo en la puerta mirando hacia el salón de baile asombrado. ¿Había ocurrido una catástrofe universal? Cincuenta parejas estaban sobre el piso, algunas montadas sobre otras indecorosamente.

Pero antes de decidirse a mirar si estaban muertos, o presionar la alarma de incendios, o llamar a la policía, o algo, se estaban despertando, intentando ponerse de pie.

Solamente una persona quedaba en el piso. Una chica solitaria de blanco, con el brazo doblado debajo de su cabeza. Era Alice Sanger y Nitely se acercó a ella, ignorando el llamado de otros.

Cayó de rodillas.

—Señorita Sanger. Mi querida señorita Sanger. ¿Está herida? Ella abrió los ojos lentamente y dijo:

—¡Señor Nitely! No me había dado cuenta de que usted es una verdadera

visión de hermosura.

—¿Yo? —Nitely miró hacia atrás con horror, pero ella se estaba levantando y tenía en los ojos una luz que Nitely no había visto en treinta años, y aún entonces muy débil.

—Señor Nitely —dijo—, ¿va usted a dejarme?

—No, no —dijo Nitely confundido —. Si me necesita me quedaré.

—Le necesito. Le necesito con toda mi alma y mi corazón. Le necesito como las sedientas flores necesitan el rocío de la mañana. Le necesito a usted como la Thisbe de la antigüedad necesitaba a Pyramus.

Nitely, aun queriendo retirarse, miró

alrededor para ver si alguien más podía escuchar esta declaración tan inusual, pero nadie más parecía prestar atención. Apenas pudo darse cuenta de que el aire se estaba llenando de otras declaraciones de igual tono, y que algunas eran más directas y enfáticas.

Se quedó con la espalda apoyada contra la pared y Alice se acercó a él tanto que rompió la regla de los cuatro dedos en añicos. Rompió, para decir verdad, la regla de ningún dedo, y ante el resultado de la mutua presión algo indefinido pareció apropiarse de Nitely.

—Señorita Sanger, por favor.

—¿Señorita Sanger? ¿Soy señorita Sanger para ti? —exclamó Alice

apasionadamente—. ¡Señor Nitely! ¡Nicholas! Hazme tuya. Alice, tuya. Cásate conmigo. ¡Cásate conmigo!

Todo alrededor era un grito de:

—¡Cásate conmigo. Cásate conmigo!

Y los jóvenes se amontonaron alrededor de Nitely, ya que ellos sabían que era Juez de Paz. Gritaban:

—¡Cásenos, señor Nitely! ¡Cásenos! Solamente podía responder:

—Necesito vuestras licencias.

Se apartaron para permitirle salir en busca de esos papeles. Solamente Alice le siguió.

Nitely encontró a Alexander en la

puerta del balcón y le hizo volver hacia el aire fresco. El profesor Johns se acercó a ellos en ese momento.

—Alexander. Profesor Johns —dijo Nitely—. Algo extraordinario ha ocurrido…

—Sí —dijo el profesor con su apacible rostro brillando de alegría—. El experimento ha sido un éxito. El principio es más efectivo sobre el ser humano, de hecho, que sobre cualquier animal de experimento. —Notando la confusión de Nitely, explicó lo que había ocurrido en frases vibrantes.

Nitely escuchó y murmuró:

—Extraño, extraño. Hay cierta familiaridad en esto.

Presionó su nuca con los nudillos de ambas manos, pero no ayudó.

Alexander se acercó a Alice gentilmente, ansiando estrecharla contra su fuerte pecho, sin conocer aún que ninguna joven permitiría esa expresión emocional de alguien que aún no ha sido perdonado.

—Alice, mi perdido amor —dijo—, si en tu corazón aún puedes encontrar… Pero se alejó de él, evitando sus brazos aunque expresaban una súplica y dijo:

—Alexander, bebí el ponche. Era tu deseo.

—No debiste. Estaba equivocado, equivocado.

—Pero lo hice, ¡oh! Alexander, y

nunca seré tuya.

—¿Nunca serás mía? Pero ¿qué significa eso? Y Alice, aferrada al brazo de Nitely ávidamente:

—Mi alma está unida indisolublemente a la del señor Nitely, la de Nicholas, digo. Ya no puedo contener mi pasión por él… o sea, mi pasión por casarme con él. Arrasa mi ser.

—¿Tan falsa eres? —lloró Alexander, sin poder creerlo.

—Eres cruel al decirme 'falsa' —dijo Alice entre sollozos—. No puedo entenderlo.

—Claro que no —dijo el profesor Johns, que había estado escuchando con

gran consternación, después de dar explicaciones a Nitely—. Apenas si ella podrá entenderlo. Es simplemente una manifestación endocrinológica.

—Por supuesto que lo es —dijo Nitely, luchando con sus manifestaciones endocrinológicas—. Eso, eso, mi… mi querida. —Tocó la cabeza de Alice de una manera muy paternal y cuando ella levantó su atractivo rostro hacia él, desfalleciente, consideró si podría ser considerado un gesto paternal, o de buen vecino, presionar esos labios con los suyos, con pasión pura.

Pero Alexander lloró, con el corazón desesperado:

—Eres falsa, falsa… falsa como

Cressid —y salió disparado de la habitación.

Y Nitely se habría marchado detrás de él, pero Alice lo había sujeto del cuello y posado sobre sus labios un beso que no era para nada el de una hija.

No era ni siquiera el de una vecina.

Llegaron a la pequeña casa de soltero de Nitely, con su serio cartel de Justicia de Paz en viejas letras inglesas, con su aire de paz melancólica, su serenidad, con su pequeño hogar sobre el que el brazo izquierdo de Nitely colocó la pequeña pava (el brazo derecho estaba firmemente aferrado por

Alice, quien, con la astucia que da los años, había elegido ese como el método seguro de hacer imposible una repentina escapada de él a través de una puerta).

El estudio de Nitely podía verse a través de la puerta abierta del comedor, con los muros cubiertos de libros de estudio y entretenimiento.

Otra vez, la mano de Nitely (su mano izquierda) fue a la frente.

—Mi querida —dijo a Alice—, es asombrosa la manera… si pudieras aflojar apenas un poco, mi niña, de modo que la circulación se restablezca… la manera en que persiste en parecerme que esto ya ha ocurrido antes.

—Seguramente nunca antes, mi amado Nicholas —dijo Alice, inclinando la rubia cabeza sobre su hombro, y sonriéndole con una tímida ternura que hacía su belleza tan hechicera como el brillo de la luna sobre aguas tranquilas—, no puede haber existido un mago moderno tan maravilloso como nuestro inteligente profesor Johns, un brujo tan moderno.

—Un brujo tan… —Nitely se enderezó tan de repente que levantó a Alice una pulgada del piso—. Claro, eso debe ser. Que el demonio me lleve si no ha sido así. (En algunas escasas ocasiones, y bajo la presión de emociones fuertes, Nitely utilizaba

lenguaje grosero).

—Nicholas. ¿Qué pasa? Me asustas, querubín.

Pero Nitely caminó rápidamente hacia su estudio y ella tuvo que correr tras él. Su rostro estaba pálido, los labios apretados, mientras tomaba un libro del estante y soplaba el polvo de manera reverente.

—Ah, —dijo con tristeza—, cómo he olvidado mis inocentes alegrías de juventud. Mi niña, en vista de la continuada incapacidad de mi brazo derecho, ¿serías tan gentil y pasar las páginas hasta que te diga que te detengas?

Juntos se arreglaron, en algo como

un acuerdo prenupcial, él sujetando el libro con su brazo izquierdo, ella dando vuelta las páginas con el derecho.

—¡Estoy en lo cierto! —dijo Nitely con repentina energía—. Profesor Johns, mi amigo, venga aquí. Es la más asombrosa coincidencia… un atemorizante ejemplo de esos poderes misteriosos que nos sacuden con ocultos propósitos.

El profesor Johns, quien se había preparado su propio té y lo estaba sorbiendo lentamente, como correspondía a un discreto caballero de hábitos intelectuales en presencia de dos ardientes amantes que se habían retirado a la habitación contigua, respondió:

—Realmente, ¿desea mi presencia?

—Claro que sí, señor. Recurro a una consulta respecto de sus asuntos científicos.

—Pero está en una posición…

—¡Profesor! —gritó Alice, desmayada.

—Mil perdones, mi querida —dijo el profesor Johns entrando—. Mi viejo y enredado cerebro está lleno de fantasías ridículas. Hace tiempo que… —y terminó de un solo trago el té (que lo había preparado fuerte) y se recuperó.

—Profesor —dijo Nitely—. Esta querida niña hizo referencia a usted como un brujo moderno y eso llevó inmediatamente mi cabeza a *The*

Sorcerer, de Gilbert y Sullivan.

—¿Quiénes —preguntó el profesor Johns suavemente—, son Gilbert y Sullivan?

Nitely levantó la vista hacia arriba, como con intención de calcular la dirección del relámpago inevitable y evitarlo. Dijo, en un áspero susurro:

—Sir William Schwenck Gilbert y sir Arthur Sullivan escribieron, respectivamente, la letra y la música de las mejores comedias musicales que el mundo jamás vio. Una de éstas se titulaba *El brujo*. En ella, también, era empleado un filtro: uno de alta moral que no afectaba a personas casadas, pero que logró alejar a la heroína de su

hermoso amante hacia los brazos de un hombre mayor.

—Y —preguntó el profesor Johns—, ¿podían los sujetos recordarlo?

—Bueno, no. Realmente, mi querida, los movimientos de tus dedos en la región de la nuca, mientras me brindan un cúmulo de sensaciones innegablemente placenteras, realmente me distraen.

—Hay una reunión de los amantes jóvenes, profesor.

—Ah —dijo el profesor Johns—. Entonces, en vista de la semejanza tan cerrada entre la ficción y la vida real, es posible que la solución en la comedia podría ayudar a reunir a Alice y a

Alexander. Al menos, creo que usted no desea ir por la vida con su brazo permanentemente inutilizable.

—No deseo ser reunida —dijo Alice—. Solamente quiero a mi Nicholas.

—Habría algo que decir a ese refrescante punto de vista —dijo Nitely —, pero, huh, la juventud debe ser atendida. Hay una solución en la comedia, profesor Johns, y es por esa razón que particularmente he querido hablar con usted. —Sonrió con una suave benevolencia—. En la comedia, los efectos de la poción eran completamente neutralizados por las acciones del caballero que administró la

poción en primer lugar: en otras palabras, el caballero análogo con usted.

—¿Y esas acciones eran?

—¡Suicidio! ¡Simplemente eso! De alguna manera no explicada por los autores, el efecto de este suicidio fue el de romper el…

Pero el profesor Johns había recuperado el equilibrio y decía en el tono más sepulcral que se podía imaginar:

—Mi querido señor, puedo asegurar que, a pesar del afecto que siento por los jóvenes envueltos en este triste dilema, no puedo, bajo ninguna circunstancia, consentir en una auto

inmolación. Ese proceder puede ser extremadamente eficaz en conexión con pociones de amor de origen ordinario, pero mi principio amatogénico, puedo asegurar, será definitivamente no afectado por mi muerte.

—Me lo temía —suspiró Nitely—. Y como comentario al margen, el final de la comedia es muy pobre, posiblemente el más pobre de la serie —y miró hacia arriba en una muda apología al espíritu de William S. Gilbert—. Está sacado de un sombrero. No está bien fundamentado dentro de la obra. Castiga a un hombre que no merece ser castigado. Además, es completamente indigno del poderoso

genio de Gilbert.

—Es posible —dijo el profesor Johns— que no haya sido de Gilbert. Tal vez algún chapucero intervino y fastidió el trabajo.

—No hay constancia de ello.

Pero el profesor Johns, con la mente científica excitada por un enigma no resuelto, dijo:

—Podemos probarlo. Estudiemos la mente de este… este Gilbert. Escribió otras comedias, ¿verdad?

—Catorce, en colaboración con Sullivan.

—¿Hay otros finales que resuelven situaciones análogas de maneras que son más apropiadas?

Nitely asintió.

—Una, ciertamente. Hay una *Ruddigore*.

—¿Quién fue?

—Ruddigore es un lugar. El personaje principal es revelado como el verdadero barón maligno de Ruddigore y está, por supuesto, bajo una maldición.

—De eso estaría seguro —murmuró el profesor Johns, quien se dio cuenta de la eventualidad de que frecuentemente acontecía a los malos barones que les servían bien.

—La maldición —siguió diciendo Nitely— le impulsaba a cometer un crimen o más por día. No podía pasar un día sin un crimen, o moriría en medio de

una agonía llena de torturas.

—Qué horrible —murmuró Alice.

—Naturalmente —dijo Nitely—, nadie puede pensar un crimen por día, de modo que nuestro héroe estaba obligado a utilizar su ingenuidad para burlar la maldición.

—¿Cómo?

—Él razonó: si deliberadamente se rehusaba a cometer un crimen, estaba causándose la muerte por sus propios actos. En otras palabras, estaba suicidándose, y el suicidio es, por supuesto, un crimen… de modo que él cumplía con las condiciones de la maldición.

—Ya veo, ya veo —dijo el profesor

Johns—. Es obvio que Gilbert cree en la resolución de los asuntos llevándolos hasta sus conclusiones lógicas —Cerró los ojos, y su noble frente claramente se hinchaba con las olas de numerosos pensamientos que contenía.

Abrió sus ojos.

—Nitely, viejo amigo, ¿cuándo se dio por primera vez *The Sorcerer*?

—En mil ochocientos setenta y siete.

—Entonces es eso, mi querido amigo. En mil ochocientos setenta y siete estamos en la época victoriana. La institución del matrimonio no era cuestión de los escenarios. No era un asunto cómico en aras del argumento. El matrimonio era santo, espiritual, un

sacramento…

—Ya es suficiente —dijo Nitely— de esta retórica. ¿Qué tiene en mente?

—Matrimonio. Cásate con la chica, Nitely. Casa a todas las parejas, y eso será todo. Creo que era la solución original de Gilbert.

—Pero eso —dijo Nitely, extrañamente atraído por el concepto— es precisamente lo que tratamos de evitar.

—Yo no —dijo Alice rotunda (aunque no estaba rotunda, sino, por el contrario, encantadoramente ágil y delgada).

—¿No lo ve? —preguntó el profesor Johns—. Una vez que cada pareja se

haya casado, el principio amatogénico… que no afecta a personas casadas… pierde su poder sobre ellos. Aquellos que han estado enamorados sin la ayuda del principio, permanecen enamorados; aquellos que no, no seguirán enamorados… y en consecuencia se requiere una anulación.

—Cielo santo —dijo Nitely—. Admirablemente simple. ¡Por supuesto! Gilbert debe haber intentado eso hasta que un productor teatral… un chapucero como ha dicho usted… le obligó a cambiar.

—¿Y funcionó? —pregunté—.

Después de todo, mencionaste que el profesor había dicho que el efecto sobre los casados era el de inhibir las relaciones extrama…

—Funcionó —dijo Nitely, ignorando mi comentario. Una lágrima tembló en sus pestañas, pero si estaba inducida por sus recuerdos, o por el hecho de que ya estaba en su cuarto gin con tónica, no puedo decirlo.

—Funcionó —dijo—. Alice y yo nos casamos, y nuestro matrimonio fue casi instantáneamente anulado por mutuo consentimiento sobre la base de la presión indebida. Y aún, a causa del incesante acompañamiento del que éramos objeto, el incidente de la

presión indebida entre nosotros fue, afortunadamente, virtualmente cero —suspiró otra vez—. De cualquier manera, Alice y Alexander se casaron pronto, y entiendo que ella, como resultado de varios eventos consecuentes, está esperando un niño.

Quitó los ojos de la profundidad que le dejaba el trago, y se sobresaltó, con repentina alarma.

—¡Dios me libre! Ella, otra vez.

Levanté la vista, asombrado. Una visión en azul pastel estaba en la puerta. Imagina, si lo deseas, un hermoso rostro hecho para ser besado; un cuerpo divino hecho para ser amado.

Ella dijo:

—¡Nicholas! ¡Espera!

—¿Es esa Alice? —pregunté.

—No, no. Eso es alguien más: una historia completamente diferente… Pero no debo permanecer aquí

Se levantó, y con una agilidad notable en alguien de tan avanzada edad y de tanto peso, salió por la ventana. La visión femenina del deseo, con una agilidad apenas menos notable, lo siguió.

Sacudí mi cabeza con simpatía. Era obvio que el pobre hombre era continuamente perseguido por esas beldades quienes, por una razón u otra, se enamoraban de él. Pensando en su

horrible destino, terminé mi trago y consideré el hecho de que esas dificultades nunca me habían preocupado.

Y en ese pensamiento, extraño de contar, ordené otro trago, y una exclamación subió a mis labios, sin control.

ESO LLAMADO AMOR

PRESENTACIÓN

Lo que son las cosas. Allá por 1938-39, durante algunos números, una revista que no quiero nombrar intentó lanzarse con lo que yo sólo puedo denominar «historias picantes de ciencia-ficción». Considerando la libertad sexual que se permite a los escritores hoy día, aquellas vetustas historietas picantes serían hoy pura bagatela, pero así y todo tuvieron su público.

Las historias incidían pesadamente en las terribles pasiones de monstruos extraños por las terrícolas. Las ropas saltaban a zarpazos y los senos eran

descritos con un sin fin de frases elípticas (sí, ya sé que es un retruécano). La revista murió de muerte merecida, no tanto por su sexo y sadismo como por su homogeneidad y la ínfima calidad de sus formas.

Cae el telón y se alza de nuevo en 1960. La revista Playboy decidió introducir alguna nota de su cosecha en el género. Publicó un artículo titulado «Chicas para el Dios Baboso», donde se pretendía que toda la ciencia-ficción estaba dominada por el sexo y el sadismo. En verdad podían encontrar poco paño que satirizar, pues hasta 1960, exceptuando quizás las historias para niños de Los boletines

escolares dominicales, no había rama literaria tan puritana como la ciencia-ficción. A partir de 1960, no obstante, el libertinaje sexual la alcanzó.

Playboy había escogido para ilustrar su artículo toda una serie de portadas eróticas y citas procedentes de una fuente única, que no era otra que la revista que he mencionado más arriba.

Cele Goldsmith, el editor de Amazing Stories, leyó el artículo y me llamó. Me sugirió que escribiera un relato titulado «Playboy y el Dios Baboso», satirizando la sátira. Cosa que yo acepté por varias razones:

1) Miss Goldsmith tenía que ser

vista para ser creída. Es el único editor de ciencia-ficción que se parece a lo que podemos llamar chica de buen ver y ocurre que yo soy estéticamente impresionable por las chicas de buen ver.

2) Me tomo en serio la ciencia-ficción y me molestaba que la revista mencionada proporcionara a Playboy la ocasión de satirizar el género. De modo que deseaba devolverles la pelota.

3) Advertí rápidamente que era lo que yo mismo quería hacer.

De manera que escribí «Playboy y el Dios Baboso» usando algunas de las citas que Playboy había usado e

intentando mostrar que un encuentro entre alienígenas erotómanos y una terrícola podía realmente ser interesante. (Debo decir que Miss Goldsmith escribió los tres últimos párrafos del relato. Mi final era sumamente pretencioso y el de Miss Goldsmith resultó mucho mejor. Así, no sólo lo conservé para la revista sino también para este lugar).

El título era un problema, sin embargo. Cuando Groff Conklin, que fue uno de los antólogos más infatigables del género, consideró la historia para una de sus colecciones, me preguntó casi sumisamente si podía cambiarse el título. «¡Ya lo creo! —dije

yo—. ¿Qué tal Eso llamado amor?»

Mr. Conklin y yo estuvimos dé acuerdo y ése fue el título que se usó y el que ahora permanece todavía.

—Pero son dos especies —dijo el capitán Garm, estudiando las criaturas que le habían llevado desde el planeta.

Hinchó sus órganos ópticos y los enfocó en resolución máxima. Hizo relampaguear la franja cromática.

Botax se alegraba de seguir nuevamente los cambios cromáticos después de pasarse meses en una célula espía en el planeta, tratando de interpretar las ondas sonoras moduladas emitidas por los nativos. Comunicarse por relampagueos era casi como estar en casa, en el lejano brazo Perseo de la galaxia.

—No son dos especies —le corrigió —, sino dos formas de una especie.

—Pamplinas, son muy diferentes. Vagamente perseicas, gracias a la Entidad, y no tan repulsivas como otras formas de vida exteriores. Contornos razonables, extremidades reconocibles. Pero sin franja cromática. ¿Pueden hablar?

—Sí, capitán Garm. —Botax se permitió un intervalo prismático discretamente reprobatorio—. Los detalles constan en mi informe. Estas criaturas forman ondas sonoras mediante la garganta y la boca, una especie de tos complicada.

—Yo mismo he aprendido a hacerlo —añadió con sereno orgullo—. Es muy difícil.

—Revuelve el estómago, Bien, eso explica sus ojos planos y no extensibles.

—Como no hablan cromáticamente, los ojos son casi inservibles. Ahora bien, ¿por qué insistes en que son una sola especie? El de la izquierda es más pequeño, sus zarcillos, o lo que sean, son más largos y las proporciones parecen ser diferentes. Tiene bultos y el otro no. ¿Están vivos?

—Vivos, pero inconscientes, capitán. Los han sometido a tratamiento psíquico para impedir que se atemoricen, con el fin de facilitar nuestros estudios.

—¿Pero vale la pena estudiarlos? Vamos retrasados y nos quedan por lo

menos cinco mundos de mayor relevancia para investigar y explorar. Mantener una unidad de estasis temporal es costoso, así que me gustaría devolverlos y continuar…

Pero el cuerpo húmedo y esmirriado de Botax vibraba de ansiedad. Sacó la lengua tubular y la curvó sobre la nariz chata, volviendo los ojos hacia dentro. Extendió la mano de tres dedos en un gesto de negación, mientras su lenguaje pasaba casi totalmente al rojo profundo.

—La Entidad nos guarde, capitán, pues ningún mundo posee mayor relevancia que éste para nosotros. Tal vez nos estemos enfrentando a una crisis suprema. Estas criaturas pueden ser las

formas de vida más peligrosas de toda la galaxia, capitán, precisamente porque existen dos formas.

—No te entiendo.

—Capitán, he estado trabajando en el estudio de este planeta y me ha resultado de lo más difícil, pues es único. Es tan único que apenas comprendo ciertas facetas. Por ejemplo, casi toda la vida del planeta consiste en especies que tienen dos formas. No hay palabras para describirlas, ni siquiera conceptos. Sólo puedo referirme a ellas como forma primera y forma segunda. Si me permites emplear sus sonidos, la pequeña se llama «hembra» o «mujer» y la grande, «macho» o «varón»; de modo

que las criaturas mismas son conscientes de esa diferencia.

Garm hizo una mueca de disgusto.

—Qué desagradable medio de comunicación.

—Además, para producir vástagos ambas formas deben cooperar.

El capitán, que se había inclinado para examinar a los especímenes, con una expresión que combinaba el interés con la repulsión, se enderezó de inmediato.

—¿Cooperar? ¿Qué tonterías dices? No hay atributo de la vida más fundamental que el hecho de que cada criatura viviente produzca sus vástagos en íntima comunicación consigo misma.

¿Qué otra cosa hace que valga la pena vivir la vida?

—Una de las formas produce el vástago, pero la otra debe cooperar.

—¿Cómo?

—Me resultó difícil determinarlo. Es algo muy privado y en mi búsqueda por la literatura disponible no encontré una descripción exacta y explícita. Pero he podido realizar deducciones razonables.

Garm meneó la cabeza.

—Es realmente ridículo. La floración es el acto más sagrado y más privado de todos. En decenas de miles de mundos es igual. Como dijo Levuline, el gran fotobardo: «En tiempo de

floración, en tiempo de floración, en el dulce y delicioso tiempo de floración, cuando…»

—Capitán, no lo entiendes. La cooperación entre ambas formas produce (no sé exactamente cómo) una mezcla y una recombinación de genes. Es un recurso por el cual cada generación crea nuevas combinaciones de características. Las variaciones se multiplican y los genes mutantes se expresan casi de inmediato, mientras que con el sistema de floración deben transcurrir milenios.

—¿Me estás diciendo que los genes de un individuo se pueden combinar con los de otro? ¿Sabes lo ridículo que es

eso, a la luz de todos los principios de la fisiología celular?

—¡Pero tiene que ser así! —se defendió Botax, nervioso, bajo la mirada atónita del otro—. La evolución se acelera. Este planeta es una turbamulta de especies. Se supone que hay un millón y cuarto de especies de criaturas.

—Lo más probable es que se trate de una docena y cuarto. No aceptes sin reservas lo que lees en la literatura nativa.

—Yo mismo he visto docenas de especies en una pequeña zona. Créeme, capitán, en poco tiempo estas criaturas se mutarán en inteligencias tan

poderosas como para superarnos y gobernar la galaxia.

—Demuestra que existe esa cooperación de que hablas, investigador, y tendré en cuenta tus argumentaciones. De lo contrario, desecharé tus fantasías, por ridículas, y continuaremos el viaje.

—Puedo demostrarlo. —Los relampagueos cromáticos de Botax cobraron un intenso tono verde amarillento—. Las criaturas de este mundo son únicas también en otro sentido. Prevén adelantos que no han realizado, quizá como consecuencia de su creencia en el cambio acelerado, del cual, a fin de cuentas, son testigos constantemente. En consecuencia, se

permiten un tipo de literatura que habla del viaje espacial, aunque ellos no lo han desarrollado. He traducido el término con que designan esa literatura como «ciencia ficción». Me he consagrado a leer casi exclusivamente ciencia ficción, pues pensé que allí, en sus sueños y fantasías, se revelarían tal cual son y revelarían el peligro que constituyen para nosotros. Y de la ciencia ficción deduje el método de la cooperación entre las dos formas.

—¿Cómo lo hiciste?

—En ese mundo hay una revista que a veces publica ciencia ficción, aunque está dedicada casi totalmente a los diversos aspectos de la cooperación. No

habla con toda claridad, lo cual es un fastidio, pero persiste en insinuar. La traducción más aproximada a nuestros relampagueos es «*Entretenimiento juvenil*». Deduzco que la criatura que la dirige sólo está interesada en la cooperación entre las formas y la investiga por doquier con una intensidad sistemática y científica que despertó mi admiración. He hallado ejemplos de cooperación descritos en la ciencia ficción, así que dejé que el material de la revista me guiara. En sus historias ilustradas aprendí cómo se realiza. Te ruego, capitán, que, cuando la cooperación esté cumplida y se produzca el vástago ante tus ojos,

ordenes que no quede en pie un solo átomo de este mundo.

—Bien —dijo el capitán Garm, con fastidio—, despiértalos y haz pronto lo que tengas que hacer.

Marge Skidmore recobró repentinamente la conciencia. Recordaba claramente la estación elevada, a la hora del crepúsculo. Estaba casi desierta. Había un hombre cerca y otro en el extremo del andén. El tren que se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

Y entonces había sufrido el relampagueo, esa sensación de volverse

del revés, la visión borrosa de una criatura esmirriada que goteaba mucosidad, un ascenso y…

—Cielos —dijo, estremeciéndose—. Aún está ahí. Y, también hay otra.

Sintió náuseas, pero no miedo. Estaba orgullosa de sí misma por no tener miedo. El hombre que había a su lado, también tranquilo, como ella, seguía llevando un sombrero maltrecho y era el que se encontraba junto a ella en el andén.

—¿También te apresaron? —le preguntó Marge—. ¿A quién más?

Charlie Grimwold, sintiéndose fofo y barrigón, intentó levantar el brazo, para quitarse el sombrero y alisarse el

cabello ralo, y se topó con una resistencia gomosa, pero endurecida. Bajó la mano y miró con aturdimiento a aquella mujer de rostro delgado. Ella aparentaba unos treinta y cinco años, tenía bonito cabello y un vestido que le sentaba bien; pero Charlie lo que deseaba era encontrarse en otra parte, y estar acompañado no le suponía ningún consuelo, aunque se tratase de compañía femenina.

—No lo sé —respondió—. Yo estaba en el andén de la estación.

—Yo también.

—Y luego vi un relampagueo. No oí nada. Y aquí estoy. Deben de ser hombrecillos de Marte, de Venus o de

uno de esos lugares.

Marge movió la cabeza afirmativamente.

—Eso me imaginé. Algún platillo volante, ¿no? ¿Estás asustado?

—No. Eso es raro. Creo que debo de estar chalado para no asustarme.

—Sí, es raro. Yo tampoco estoy asustada. Oh, Dios, ahí viene uno. Si me toca, gritaré. Observa esas manos ondulantes. Y esa piel arrugada y viscosa. Me da náuseas.

Botax se aproximó con cuidado y habló con una voz áspera y chirriante a un mismo tiempo, procurando imitar el timbre de los nativos:

—¡Criaturas! No os haremos daño.

Pero debemos pediros que nos hagáis el favor de cooperar.

—¡Esa cosa habla! —exclamó Charlie—. ¿Qué quieres decir con cooperar?

—Ambos. Entre vosotros —dijo Botax.

—Vaya. —Charlie miró a Marge—. ¿Entiendes de qué habla?

—No tengo la menor idea —respondió ella, con altanería.

—Quiero decir…

Y Botax pronunció la palabra que una vez oyó como sinónimo del proceso. Marge enrojeció.

—¡Qué! —exclamó con el alarido más resonante que pudo lanzar. Botax y

el capitán Garm se pusieron las manos sobre la cintura para cubrirse las franjas auditivas, que temblaron dolorosamente con los decibelios—. ¡Habráse visto! —continuó ella, atropelladamente y sin mayor coherencia—. ¡Soy una mujer casada! Si mi Ed estuviera aquí, ya os metería en cintura. Y tú, tío listo —añadió, girándose hacia Charlie a pesar de la resistencia gomosa—, quienquiera que seas, si crees…

—Oye, oye —protestó Charlie—, que no ha sido idea mía. Quiero decir, claro está, que no es que vaya a despreciar a una dama, por supuesto, pero Yo también estoy casado.

Tengo tres hijos. Escucha…

—¿Qué pasa, investigador Botax? —preguntó el capitán Garm—. Estos sonidos cacofónicos son espantosos.

—Bueno… —Botax lanzó un rojo relampagueo de embarazo—. Es un ritual complicado. Al principio deben mostrarse reticentes. Eso realza el resultado posterior. Después de esa etapa inicial tienen que quitarse la piel.

—¿Hay que *despellejarlos*?

—No exactamente. Estas pieles son artificiales y se pueden quitar sin dolor. Así es como tienen que hacerlo; sobre todo, la forma más pequeña.

—De acuerdo. Diles que se quiten la

piel. Botax, esto no me resulta agradable.

—No creo que convenga decirle a la forma más pequeña que se quite la piel. Creo que será mejor seguir atentamente el ritual. Aquí tengo fragmentos de esos cuentos de viajes espaciales que tanto elogiaba el director de la revista *Entretenimiento juvenil*. En ellos se quitan las pieles por la fuerza. He aquí una descripción de un accidente, por ejemplo, «que causó estragos en el vestido de la muchacha, casi arrancándoselo del esbelto cuerpo. Por un segundo, él sintió la tibia firmeza de esos senos casi desnudos contra la mejilla…» Así continúa. Rasgar la ropa

y quitarla a la fuerza actúan como estímulo.

—¿Senos? —se extrañó el capitán —. No reconozco ese relampagueo.

—Lo inventé para traducir el significado. Alude a los bultos de la región dorsal superior de la forma más pequeña.

—Entiendo. Bien, dile a la más grande que rasgue las pieles de la más pequeña. Qué cosa tan horrenda.

Botax se volvió hacia Charlie.

—Por favor, arranca casi por completo el vestido de la muchacha del cuerpo esbelto. Te liberaré para que puedas hacerlo.

Marge abrió los ojos de par en par y

se volvió hacia Charlie hecha una furia.

—No te atrevas a hacerlo. No oses tocarme, maniático sexual.

—¿Yo? —gimió Charlie—. No es idea mía. ¿Crees que me dedico a rasgar vestidos? Escucha —le dijo a Botax—, tengo esposa y tres hijos. Si ella descubre que ando rasgando vestidos, me molerá a golpes. ¿Sabes lo que hace mi esposa cuando miro a otra mujer? Escucha…

—¿Aún se muestra reticente? —se impacientó el capitán.

—Eso parece —contestó Botax—. El entorno extraño puede prolongar esta etapa de la cooperación. Como sé que es desagradable para ti, yo mismo realizaré

esta etapa del ritual. En los cuentos de viajes espaciales, a menudo se escribe que una especie de otro mundo realiza esa tarea. Por ejemplo, aquí. —Hojeó las notas hasta hallar la que buscaba—. Aquí describen a una horrenda especie de otro mundo. Las criaturas de este planeta tienen ideas absurdas, ya me entiendes. Nunca se les ocurre imaginar individuos guapos como nosotros, con una bonita cobertura mucosa.

—¡Continúa! ¡Continúa! ¡No gastes todo el día! —le metió prisa el capitán.

—Sí, capitán. Aquí dice que el extraterrestre «se acercó a donde estaba la muchacha. Gritando histéricamente, fue apresada en el abrazo del monstruo.

Las garras le desgarraron ciegamente el cuerpo, haciéndole jirones la falda». Como ves, la criatura nativa grita al ser estimulada cuando le quitan las pieles.

—Pues, adelante, Botax, quítasela. Pero, por favor, no permitas que grite. Me tiembla todo el cuerpo con esas ondas sonoras.

—Si no te importa… —se dirigió Botax a Marge, cortésmente. Movió uno de sus dedos espátula para agarrar el cuello del vestido. Marge se retorció desesperadamente.

—No me toques. ¡No me toques! Me mancharás con esa viscosidad. Escucha, este vestido me costó veinticuatro dólares con noventa y cinco en

Ohrbach's. ¡Apártate, monstruo! ¡Mira qué ojos tiene! —Jadeaba desesperadamente por los esfuerzos que hacía para esquivar la mano del extraterrestre—. Un viscoso monstruo de ojos saltones, eso es él. Escucha, yo misma me lo quitaré. Pero no lo toques con tu viscosidad, por amor de Dios. —Tanteó el cierre de la cremallera y se volvió irritada hacia Charlie—. ¡No se te ocurra mirar! —Charlie cerró los ojos y se encogió de hombros con resignación. Ella se quitó el vestido—. ¿Qué? ¿Estás satisfecho?

El capitán Garm agitó los dedos, descontento.

—¿Ésos son los senos? ¿Por qué la

otra criatura mira hacia otro lado?

—Reticencia, reticencia —contestó Botax—. Además, los senos todavía están tapados. Hay que quitar más pieles. Cuando están desnudos constituyen un estímulo muy fuerte. Continuamente los describen con expresiones como globos de marfil, esferas blancas o alguna otra de ese tipo. Aquí tengo dibujos, que son imágenes visuales, tomados de las cubiertas de las revistas de cuentos espaciales. Sí los miras, verás que en, todos ellos hay una criatura con un seno más o menos expuesto.

El capitán miró reflexivamente la ilustración y luego a Marge.

—¿Qué es el marfil?

—Es otro relampagueo inventado por mí. Representa el material del colmillo de una de las grandes criaturas sub-inteligentes del planeta.

—Ah —dijo el capitán Garm, con un verde destello de satisfacción—. Eso lo explica. Esta pequeña criatura pertenece a una secta guerrera y ésos son colmillos para destrozar al enemigo.

—No, no. Son muy blandos, según tengo entendido.

Botax extendió su mano pequeña y parda hacia los objetos aludidos y Marge retrocedió con un alarido.

—¿Y qué otro propósito cumplen?

—Creo —respondió Botax, con

bastante inseguridad— que se usan para alimentar a los vástagos.

—¿Los vástagos se los comen? —preguntó el capitán, con manifiesta turbación.

—No exactamente. Los objetos producen un fluido y el vástago lo consume.

—¿Consume un fluido de un cuerpo viviente? ¡Puf!

El capitán se cubrió la cabeza con los tres brazos, utilizando para ello el supernumerario central, que salió de la vaina tan rápidamente que casi derribó a Botax.

—Un viscoso monstruo de ojos saltones con tres brazos —comentó

Marge.

—Sí —asintió Charlie.

—Oye, tú, cuidado con esos ojos. No mires lo que no debes.

—Escucha, estoy tratando de no mirar. Botax se acercó de nuevo.

—Señora, ¿te quitarías el resto?

Marge intentó levantarse contra el campo de sujeción.

—¡Jamás!

—Lo haré yo, si lo prefieres.

—¡No me toques! Por amor de Dios, no me toques. Mira la viscosidad que tienes encima. De acuerdo, me lo quitaré.

Y se lo quitó, jadeando entrecortadamente y mirando con ojos

severos a Charlie.

—No pasa nada —se quejó el capitán, profundamente insatisfecho—. Y este espécimen parece imperfecto.

Botax se sintió atacado.

—Te he traído dos especímenes perfectos. ¿Qué hay de malo con esta criatura?

—Sus senos no consisten en globos ni en esferas. Sé lo que son los globos y las esferas y así los representan en estas figuras que me has mostrado. Son globos grandes. Esta criatura, en cambio, sólo tiene colgajos de tejido seco. Y están descoloridos.

—Tonterías —se enfadó Botax—. Debes conceder margen a las variaciones naturales. Se lo preguntaré a la criatura misma. —Se volvió hacía Marge—. Señora, ¿tus senos son imperfectos?

Marge se quedó un rato mirándolo boquiabierta y con los ojos de par en par.

—¡Qué descaro! —exclamó al fin—. No seré Gina Lollobrigida ni Anita Ekberg, pero no tengo nada de imperfecta, gracias. Oh, cielos, si mi Ed estuviera aquí. —Se volvió hacia Charlie—. Oye, tú, dile a esa cosa viscosa de ojos saltones que mi físico no tiene nada de anormal.

—Oye —murmuró Charlie—, no estoy mirando, ¿recuerdas?

—¡Oh, claro, no estás mirando! Has espiado bastante, así que bien podrías abrir esos ojos legañosos y defender a una dama, si es que eres un caballero, que no creo.

—Está bien. —La miró de soslayo, y ella aprovechó la oportunidad para tomar aire y echar los hombros atrás—. No me gusta entrometerme en cuestiones tan delicadas, pero creo que estás bastante bien…

—¿Crees? ¿Eres ciego, o qué? Fui candidata a Miss Brooklyn, por si no lo sabías, y perdí por la cintura, no por…

—Vale, vale. Están bien. De veras.

—Afirmó con la cabeza vigorosamente en la dirección de Botax—. Están bien. No soy un gran experto, pero a mí me parecen bien.

Marge se relajó.

Botax sintió alivio. Se volvió hacia Garm.

—La forma más grande expresa interés, capitán. El estímulo está funcionando. Ahora, pasemos al punto final.

—¿Y en qué consiste?

—No hay relampagueo para traducirlo, capitán. Esencialmente, consiste en poner el aparato parlante y alimentario de uno contra el aparato equivalente del otro. He inventado un

relampagueo para describirlo: beso.

—Esto es cada vez más asqueroso —gruñó el capitán.

—Es el clímax. En todos los cuentos, una vez que se quitan las pieles por la fuerza, se aferran con las extremidades y se consagran alocadamente a besos ardientes, por traducir con la mayor fidelidad posible la frase que se usa con más frecuencia. He aquí un ejemplo escogido al azar: «Abrazó a la muchacha y le estampó la ávida boca en los labios».

—Tal vez una criatura devoraba a la otra —sugirió el capitán.

—En absoluto —replicó Botax, impaciente—. Son besos ardientes.

—¿Ardientes? ¿Se produce combustión?

—No creo que sea literalmente así. Me imagino que es un modo de expresar que asciende la temperatura. A mayor temperatura, supongo yo, mayor éxito en la producción del vástago. Ahora que la forma grande está adecuadamente estimulada, sólo tiene que estampar la boca en los labios de ella para producir un vástago. Éste no se producirá sin ese paso. Es la cooperación de que te he hablado.

—¿Eso es todo? ¿Sólo este…?

El capitán movió las manos para unirlas, pero no soportaba expresar ese pensamiento con relampagueos.

—Eso es todo —asintió Botax—. En ninguno de los cuentos, ni siquiera en *Entretenimiento juvenil*, hallé una descripción de más actividades físicas relacionadas con la producción de vástagos. A veces, después del beso escriben una línea de símbolos semejantes a estrellitas, pero supongo que eso sólo significa más besos; un beso por cada estrella, cuando desean producir una multitud de vástagos.

—Sólo uno, por favor, y rápido.

—Por supuesto, capitán.

Botax dijo con solemne nitidez:

—Señor, ¿besarías a la dama?

—Escucha —objetó él—, no puedo moverme.

—Te liberaré, desde luego.

—Tal vez a la dama no le agrade. Marge lo fulminó con la mirada.

—Puedes apostar tus botas a que no me agradará. Mantente alejado de mí.

—Eso quisiera, pero ¿qué harán si no te beso? No quiero que se enfaden. Podemos… bien… darnos un pequeño besito.

Ella titubeó, comprendiendo que esa actitud cautelosa estaba justificada.

—De acuerdo, pero sin cosas raras. No tengo por costumbre estar como vine al mundo enfrente de cualquier fulano, ¿entiendes?

—Lo entiendo. Yo no he tenido nada que ver. Tienes que admitirlo.

—Monstruos viscosos —refunfuñó Marge—. Deben de creerse dioses o algo parecido, por el modo en que dan órdenes a la gente. Dioses viscosos. Eso es lo que son.

Charlie se le acercó.

—Sí te parece bien…

Movió la mano como para ladearse el sombrero. Luego, apoyó las manos en los hombros desnudos y se inclinó, frunciendo la boca. Marge se tensó y le aparecieron arrugas en el cuello. Los labios se encontraron.

El capitán Garm relampagueó con fastidio.

—No percibo ascenso en la temperatura.

Había levantado su zarcillo de detección térmica por encima de la cabeza, haciéndolo vibrar.

—Yo tampoco —concedió Botax, desorientado—, pero lo están haciendo tal como lo describen los cuentos de viajes espaciales. Creo que sus extremidades deberían estar más extendidas. Ah, así. Está funcionando.

Casi distraídamente, Charlie había rodeado con el brazo el suave y desnudo torso de Marge. Por un instante Marge pareció apoyarse en él, pero de pronto se contorsionó en el campo de sujeción, que aún la aferraba con bastante firmeza.

—Suéltame —masculló sofocada contra la presión de los labios de Charlie.

Le atizó un mordisco y Charlie se apartó dando un grito, se tocó el labio inferior y se miró los dedos para ver si había sangre.

—¿Qué te pasa? —preguntó en tono lastimero.

—Convinimos en que sólo un beso ¿Qué te proponías? ¿Te crees un seductor? ¿Qué es esto? ¿El seductor y los dioses viscosos?

El capitán emitió rápidos relampagueos azules y amarillos.

—¿Ya está? ¿Cuánto tenemos que esperar ahora?

—Creo que debe ocurrir de inmediato. En todo el universo, cuando alguien tiene que florecer, florece y ya está. No hay espera.

—¿Sí? Después de pensar en esas obscenas costumbres que has descrito, creo que nunca floreceré de nuevo. Por favor, termina con esto.

—Sólo un momento, capitán.

Pero los momentos pasaron y los relampagueos del capitán cobraron un huraño color naranja, mientras que los de Botax perdieron brillo.

Al fin Botax preguntó con voz vacilante:

—Perdón, señora, pero ¿cuándo florecerás?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tendrás *vástagos*?

—Ya tengo un hijo.

—Me refiero a tener vástagos ahora.

—No lo creo. Aún no estoy preparada para tener más hijos.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntaba el capitán—. ¿Qué está diciendo?

—Parece ser —le tradujo Botax—, que no piensa tener vástagos por el momento. La franja cromática del capitán parpadeó, con intenso brillo.

—¿Sabes qué creo, investigador? Creo que tienes una mente degenerada y perversa. No ocurre nada con estas criaturas. No hay cooperación entre ellas ni tienen vástagos. Creo que son

dos especies y que estás haciéndote el listo conmigo.

—Pero, capitán… —protestó Botax.

—¡Qué capitán ni qué cuernos! Ya es suficiente. Me has contrariado, me has revuelto el estómago, me has causado náuseas y repulsión, ante la sola idea de la floración, y me has hecho perder el tiempo. Sólo estás buscando fama y gloria personal y me ocuparé de que no las obtengas. Líbrate de estas criaturas. Devuélvele a ésta sus pieles y déjalas donde las encontraste. Debería descontarte del sueldo todo lo que hemos gastado en la estasis temporal.

—Pero, capitán…

—Que las devuelvas, he dicho.

Devuélvelas al mismo lugar y al mismo instante del tiempo. Quiero que este planeta quede intacto y me ocuparé de que así sea. —Echó a Botax otra mirada furibunda—. Una especie, dos formas, senos, besos, cooperación.

¡Bah! Eres un necio, investigador, y también un mentecato y, ante todo, una criatura muy enferma.

No había réplica posible. Temblándole los miembros, Botax se dispuso a devolver las criaturas.

Estaban en la estación elevada mirando a su alrededor de mal humor. Los rodeaba el crepúsculo, y el tren que

se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

—Oye —habló Marge con un hilo de voz—, ¿sucedió de veras?

Charlie movió la cabeza afirmativamente.

—Yo lo recuerdo.

—No podemos contarlo.

—Claro que no. Dirían que estamos chalados.

—Vale. Bien.

Marge se alejó unos pasos. Charlie se disculpó:

—Oye, lamento que te sintieras molesta. No fue culpa mía.

—Está bien. Lo sé.

Se puso a mirar el andén de madera.

El sonido del tren se hizo más fuerte.

—En realidad, no estabas nada mal. De hecho, tenías muy buen aspecto, pero me avergonzaba decirlo.

Ella sonrió.

—Está bien.

—¿No quieres tomar una taza de café para tranquilizarte? Mi esposa no me espera temprano.

—¿No? Vale. Ed no está en casa este fin de semana, así que sólo me espera un piso vacío. El niño está en casa de mi madre.

—Vamos, pues. En cierto modo nos han presentado.

—Vaya que sí —dijo ella, y se echó a reír.

El tren entró en la estación, pero ellos se marcharon, bajando a la calle por la angosta escalera.

Se tomaron un par de cócteles, y luego Charlie no pudo consentir que ella regresara a casa sola en la oscuridad, así que la acompañó hasta la puerta.

Naturalmente, Marge no tuvo otro remedio que invitarlo a pasar un momento.

Entre tanto, en la nave espacial, el abatido Botax hacía un último esfuerzo por demostrar que tenía razón. Mientras Garm preparaba la nave para la partida, Botax lo que preparó fue la videopantalla de rayos para echar un último vistazo a sus especímenes.

Localizó a Charlie y a Marge en el piso de ésta. Se le endureció el zarcillo y comenzó a relampaguear en un deslumbrante arco iris de colores.

—¡Capitán Garm! ¡Capitán! ¡Mira lo que hacen ahora! Pero en ese instante la nave abandonó la estasis temporal.



ISAAC ASIMOV (Petrovichi, Bielorrusia, 2 de enero de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992). Nació en Petrovichi, en la entonces República Socialista Soviética de Bielorrusia. Sus padres emigraron a Estados Unidos cuando él apenas tenía tres años. El propio Isaac consiguió la

ciudadanía americana a la edad de ocho.

Criado en Nueva York, concretamente en Brooklyn, se educó en sus escuelas públicas, completando sus estudios superiores en la Universidad de Columbia, en la especialidad de Bioquímica, hasta conseguir el doctorado por la Universidad de Boston, siendo el mismo Catedrático de Bioquímica.

Mucho antes, a los nueve años, descubrió la ciencia-ficción en los pulp que su padre vendía en la pequeña tienda de golosinas que regenteaba en Brooklyn. Cuenta el propio Asimov que aquéllas eran lecturas prohibidas, puesto

que su padre consideraba aquellas publicaciones de una calidad ínfima.

A los once años empezó a escribir sus propias historias, y a los dieciocho, hecho un manojo de nervios, se decidió a presentar su primer relato a J. W. Campbell. Fue rechazado. Pero sólo cuatro meses después consiguió vender su primera historia, y así continuó hasta el día de su muerte.

En 1941, escribió el relato, ya clásico, *Anochecer*. Poco antes había empezado a publicar sus *Historias de robots*, en las que introdujo las famosas tres leyes de la robótica, y, poco después, siguiendo la pauta de *Decadencia y*

caída del Imperio Romano, comenzó su serie de la Fundación.

El espectro literario de Asimov no se limita a la ciencia-ficción, es quizá uno de los divulgadores científicos más amenos que se puedan leer y su *Introducción a la ciencia* uno de los volúmenes más recomendables para adquirir una mínima pátina al respecto. No es una obra que profundice excesivamente en los muchos temas que toca, desde química hasta astronomía, pero es suficiente para orientar adecuadamente al lector, puesto que además, a cada nueva edición se la actualiza para ponerla al día con las

nuevas teorías y descubrimientos.

Asimov obtuvo la distinción de Gran Maestro Nébula en 1986. Es, con toda seguridad, el autor de ciencia-ficción más conocido (si no el único) por el público en general, fuera del ámbito de los aficionados al género. Su estilo sencillo y sin complicaciones literarias lo hacen muy asequible, y aunque algunos críticos tachan su obra de insustancial basándose en esa circunstancia, lo cierto es que es el más claro representante de la ciencia-ficción clásica entendida como literatura de ideas.

Notas

[1] Veáse el penúltimo relato de esta antología. <<

[2] Publicado en ISAAC ASIMOV, *Los ojos hacen algo más que ver*. Luis de Caralt, Editor, S.A., Barcelona, 1977. <<

[3] Publicado en ISAAC ASIMOV, *Los ojos hacen algo más que ver*. Luis de Caralt, Editor, S.A., Barcelona, 1977. <<